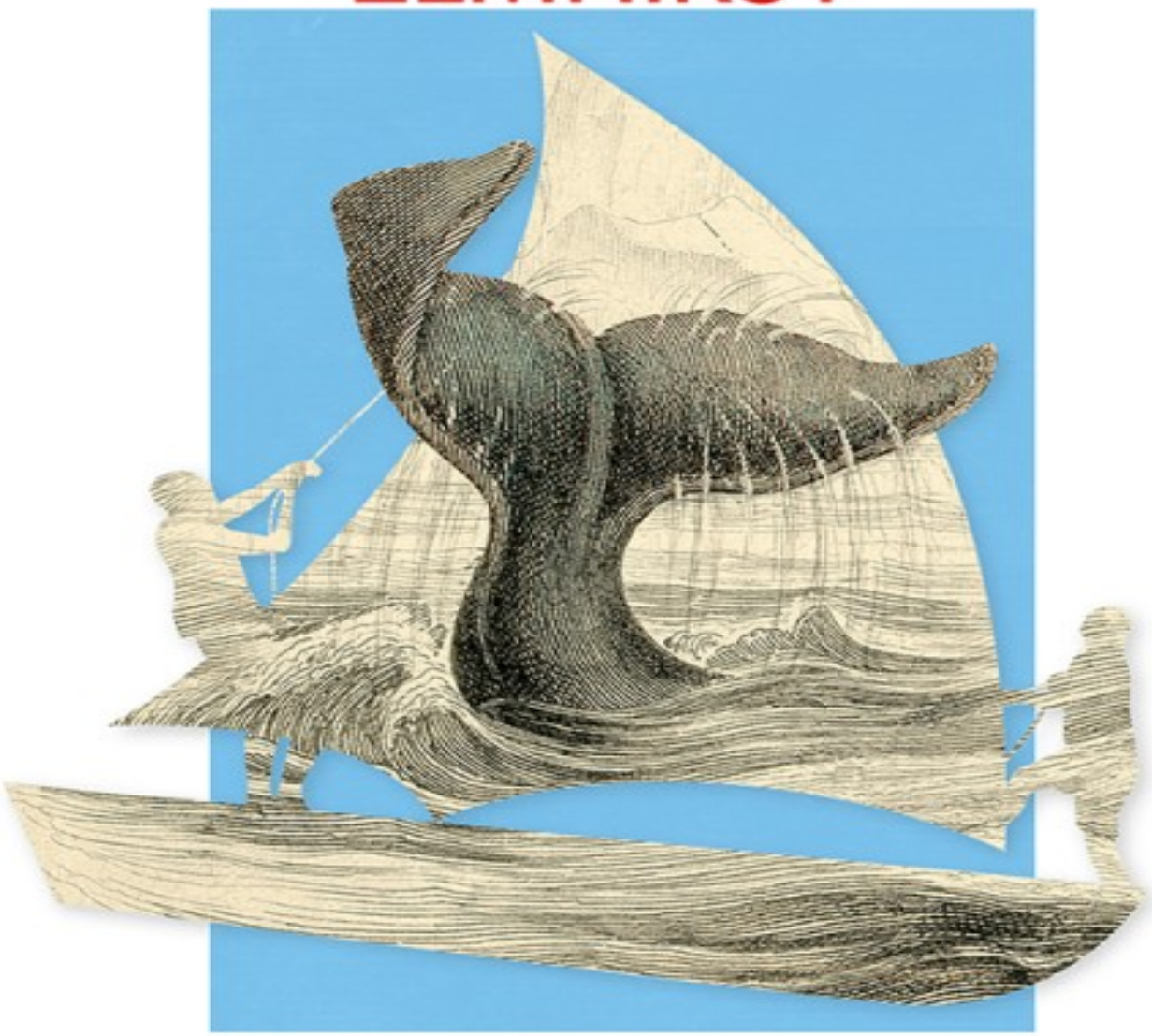
UN MATRIMONIO EN ALTA MAR

SOPHIE ELMHIRST



narrativa
salamandra

Sophie Elmhirst

UN MATRIMONIO EN ALTA MAR

Traducción del inglés de
Irene Oliva Luque

narrativa
salamandra

Para mi madre
y a la memoria de mi padre

PRIMERA PARTE

1

4 de marzo de 1973

Maralyn miró al vacío. Había poco que ver salvo el agua, que pasaba del negro al azul a medida que el sol iba saliendo. Un cielo despejado, el océano y ellos: un pequeño velero, navegando hacia el oeste.

A las siete en punto, Maralyn acabó su guardia en cubierta y bajó al camarote. Maurice aún dormía en su litera, moviéndose un poco. La mañana seguiría el ritmo ineludible de cada dos días: café y desayuno, y luego todas las comprobaciones y tareas que exige un barco. Una rutina que después de tantos meses en el mar se había vuelto tan natural como el paso del tiempo.

Pero esa mañana, en el preciso instante en que Maralyn puso la mano sobre Maurice para despertarlo, notaron un chasquido, una sacudida, el sonido de un arma al disparar, como si su contacto hubiera desatado la violencia.

El ruido rasgó el aire. Los libros saltaron de las estanterías. Volaron los cubiertos.

Para ellos su barco era como un hijo. Oír la madera partirse y astillarse era como oír el grito de dolor de una criatura.

Al subir a cubierta, descubrieron la causa. Una ballena flotaba junto a ellos en el océano, viva y gigantesca. El agua chorreaba por los oscuros acantilados de su cuerpo mientras se retorcía y se arqueaba. Cualquiera diría que intentaba salir trepando de las olas, elevando con esfuerzo su oscura mole para luego estrellarse contra ellas de nuevo, como un meteorito que aterriza en el océano y salpica espuma por todas partes. Su cola, unos tres metros de una punta a otra de la aleta caudal, golpeaba la superficie con furia. La sangre brotaba de su cuerpo al agua.

Maralyn no comprendía de dónde había salido. Acababa de estar allí arriba, esperando el alba, y desde que había relevado a Maurice a las tres, no había visto nada más que un barco pesquero. Una ballena no la pasas por alto.

Aunque tal vez sí. Debía de haber ascendido de las profundidades mientras ella bajaba la escalera, para luego aflorar a la superficie justo donde ellos estaban. No soportaba la idea de que, de algún modo, le hubieran hecho daño a aquella criatura. Parecía asombroso que, en toda la inmensidad del Pacífico, aquél fuera el punto exacto que hubiera elegido.

¿Qué más daba? Estaba allí. Un cachalote, Maurice lo distinguía por el bloque cuadrado y romo de su cabeza. Lo sabía todo sobre ballenas. Calculaba que mediría unos doce metros de largo, tres holgados metros más que su barco.

Tan de cerca, era difícil abarcarla entera. A las ballenas se las aprecia mejor desde cierta distancia, como determinados estilos de pintura. Podía identificar sus partes, el orificio nasal, la mandíbula inferior, la aleta pectoral, pero si las sumaba daba la impresión de que el total no fuese coherente. Era una criatura desproporcionada,

de un tamaño antinatural. Un simple coletazo fuera de control los habría partido en dos. Era monstruosa, pensó. Al menos comparada con ellos.

La ballena seguía dando sacudidas, como si intentara desembarazarse de algo, o escapar de su propio cuerpo. Maurice se percató de que estaba muriéndose. Eran sus últimos estertores.

Y en un instante desapareció, absorbida hacia las ignotas tinieblas del océano. Probablemente moriría allí abajo, con la sangre fluyendo en el agua, alertando a las demás criaturas de su presencia. Los grandes tiburones blancos y los azules se congregarían a su alrededor, la despedazarían y se darían un festín con su grasa.

Se quedaron mirando el lugar en el que había estado, la superficie marcada por regueros de sangre que se disolvían.

Cuánta quietud, tras un espectáculo como aquél.

Espera. El chasquido. Qué más da la ballena.

Abajo, en el camarote, el agua ya estaba entrando por los tablones del suelo. ¡Cuánto tiempo habían perdido en cubierta, ensimismados con la ballena! Maralyn accionaba la bomba de achique mientras Maurice chapoteaba de un lado a otro en busca del desperfecto. Allí estaba: un agujero por debajo de la línea de flotación, cerca de la cocina, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por treinta de ancho, del tamaño de un maletín.

Maurice gritaba. Coge la escota del foque de repuesto. Fíjala a la esquina de la vela de proa. Bájala por encima de la proa y arrástrala hasta tapar el agujero, luego átala por los dos extremos para sujetarla. La presión del océano debería introducir el foque a la

fuerza en el agujero y taponarlo. Ajustó las velas para que el barco siguiera moviéndose a unos dos o tres nudos y volvieron corriendo bajo la cubierta. Maralyn no paraba de bombear, con la esperanza de que ahora el nivel de agua bajara. Pero el plan no estaba funcionando; el agua no paraba de subir. Tenían que encontrar una manera de taponar la vía de agua desde dentro. Maralyn buscó ropa, cojines y mantas y los embutió en el agujero. Tampoco funcionó. Quizá hubiera otra grieta que no habían visto. Algún daño oculto por el que el agua se estaba filtrando. Ya era demasiado tarde para buscarlo. El agua les llegaba a las rodillas y los pañoles, que empezaban a abrirse de par en par, arrojaban su contenido. Huevos y latas se mecían flotando a su alrededor.

Se miraron.

Maurice fue en busca de la balsa salvavidas y el bote inflable; luego juntó todos los contenedores de agua dulce que encontró. Maralyn chapoteaba en la cocina mientras metía sus cosas en dos bolsas para velas. Dos cuencos de plástico, un cubo, su botiquín de primeros auxilios, los pasaportes, una cámara, una linterna, sus chubasqueros, su diario, dos libros, dos diccionarios y los instrumentos de navegación de Maurice: su *Almanaque náutico* y las tablas náuticas, su carta, el sextante, la brújula y el cuaderno de bitácora.

Trabajaron rápido y en silencio, extrañamente serenos mientras el agua subía. No es fácil salvar las posesiones de una embarcación que se inunda de océano. Tardaron diez minutos en reunir lo indispensable. Luego saltaron al bote inflable por la borda del barco.

A su alrededor el Pacífico se movía con suavidad. Maralyn observó cómo los cojines que había pasado horas bordando se alejaban

flotando sobre las olas. Su barco fue adentrándose en el océano, hacia abajo, cada vez más bajo.

Maralyn encontró su cámara y sacó una foto de Maurice, sentado delante de ella, descamisado. Él se volvió para mirarla, con todos los músculos de la espalda perfilados bajo el hostil resplandor del sol, con una expresión no de miedo, aún no, sino con una especie de mirada vacía y tirante, como si no acabara de comprender lo que estaba viendo. Su barco escorándose mientras se hundía en medio del océano.

Con qué elegancia se hundió. La sólida mole de su casco, la cubierta, el puente de mando, las velas y los cabos, todo se lo tragó el agua, calladamente. Maralyn sacó otra foto mientras el último triángulo de vela y la punta del mástil desaparecían bajo la superficie. Congelado en la fotografía, daba la impresión de que el mástil quizá saldría por el otro lado, emergiendo del agua como un brazo delgado pidiendo auxilio.

2

Maurice Bailey, en 1962, trabajaba de cajista en la imprenta Bemrose de Derby, un antiguo y prestigioso taller que en su apogeo había imprimido los grandes horarios de trenes que se exponían en los tablones de anuncios de las estaciones de toda Inglaterra. Maurice ordenaba sobre la pizarra las planchas de texto en imagen especular, una tarea técnica que exigía mucha preparación, un ojo preciso y la capacidad de leer del revés.

Por las tardes regresaba a casa, a su exiguo pisito de Rose Hill Street, una calle estrecha de achaparradas casas de ladrillo rojo cerca del centro de la ciudad. A media calle se alzaba un recordatorio de cómo había vivido antaño una clase distinta de Derby: una espléndida casa solariega, con verjas verde manzana y chimeneas cuadradas, dominaba el Arboretum de Derby, un obsequio a la ciudad de Joseph Strutt, dueño de una fábrica del siglo XIX, en agradecimiento a los trabajadores del lugar por hacer su fortuna.

Como gran parte de Inglaterra, Derby se encontraba en pleno *boom* de la construcción. Los bloques y barrios de viviendas de protección oficial se extendían sin cesar por su periferia. Una secuencia serpenteante de circunvalaciones y rotondas acabaría rodeando su viejo corazón tudoriano.

Maurice no se encontraba a gusto en aquel lugar. Decía que Derby era un páramo, una ciudad donde nunca pasaba nada. Sus habitantes le parecían burdos; críticos con lo que consideraban una amenaza. En una carta a un amigo, hacía hincapié en el racismo salvaje que sufrían las familias de migrantes caribeños recién llegadas al vecindario. Siempre que podía se escapaba en coche hasta las colinas del Peak District, donde practicaba la escalada en roca o pilotaba pequeñas avionetas. También jugaba al tenis y, para mejorar su técnica, hacía pesas en un gimnasio de la zona. Y navegaba.

Los hobbies de Maurice no eran una simple distracción. Le proporcionaban una sensación de libertad, de una vida más allá de los límites de la suya. Aparte del trabajo, tenía poco más. Llevaba años solo, con esa especie de terquedad que se apodera de la gente cuando ya no es capaz de imaginar una vida compartida con otra persona. «Era el típico soltero desapegado», en sus propias palabras. Jamás veía a su familia, que vivía a pocos kilómetros de allí, en la última vivienda de una hilera de casas adosadas de Spondon, un pueblecito tranquilo al este de Derby.

El padre de Maurice se llamaba Charles, pero todo el mundo lo conocía como Jack. Cuando no estaba trabajando en la fábrica de Rolls-Royce de su misma calle, se dedicaba a la jardinería, a su huerto del patio y a tocar las campanas los fines de semana. La madre de Maurice, Annie, había trabajado de sirvienta en la gran mansión de Spondon. Lo dejó para criar a los cuatro hijos que tuvo a lo largo de dos décadas: Reg, el mayor, después Maurice, Joan, y el último, Bob. Sus nacimientos jalonaban la Segunda Guerra Mundial: Maurice nació en 1933 y Bob en 1947, en un mundo distinto.

Cuatro hijos, a pesar de tener los mismos padres, nunca crecen igual. Maurice no tuvo suerte. Tartamudeaba y tenía chepa; por si fuera poco, contrajo la tuberculosis antes de que existiera un tratamiento eficaz. La melena pelirroja de Annie encaneció de la noche a la mañana, ella siempre lo decía. Para recuperarse, Maurice tuvo que guardar cama durante meses, solo en su habitación. Un periodo como ése puede dejarte marcado para siempre: integras la soledad, la haces parte de ti.

Maurice se convirtió en un problema que solucionar. Había perdido tantos días de colegio por estar enfermo que necesitó semanas para ponerse al día. De mayor, les contaba a sus amigos que Annie le hacía copiar el diccionario, vigilándolo con una regla en la mano para atizarle si se equivocaba. En aquella época no era tan raro que los padres no besaran ni abrazaran a sus hijos, aunque eso no hacía que la falta de cariño fuera más fácil de sobrellevar.

El cuarto en silencio, el tartamudeo, la regla: todo cumplió su misión. Maurice, de adolescente, no se soportaba a sí mismo. Su aspecto y su forma de ser le daban muchísima vergüenza. Se volvió torpe entre la gente, cojeaba por timidez. A los catorce años, en su fotografía del instituto de secundaria, Spondon House, le sacaba una cabeza a casi toda la clase. Con sus párpados caídos y su semblante formal, parecía un cuarentón hastiado, en comparación con las chicas y chicos de piernas esbeltas y rostros luminosos que lo rodeaban.

Lo único que quería era huir. Su primera tentativa fue intelectual.

Annie se había criado en un hogar estrictamente cristiano (se lo habían inculcado a machamartillo, decía), y aunque ella ya no pisaba la iglesia, obligaba a ir a sus hijos, por si acaso, como medida

preventiva. La fe no era tanto una cuestión de creencias como de comportamiento. Catequesis y lectura de la Biblia: era lo que había y era bueno para ti.

Maurice, por llevar la contraria, descubrió la ciencia. Después de leer sobre los orígenes del universo y la selección natural, decidió que la teoría de la evolución tenía mucho más sentido que la teología cristiana. Expresó sus reservas; sus padres pusieron pegas. Era como si intentase desmontar la moralidad.

Así que se marchó. Tras dos años de servicio militar en Egipto, se licenció de sargento. Luego volvió a casa para asistir a clases nocturnas. Sólo entraba en la sala de estar para comer. El resto del tiempo lo pasaba todo lo apartado de su familia que podía. Tenía un Morris Minor, muy práctico para las escapadas, y se llevaba a su hermano pequeño Bob a pasear por el Peak District. Subían hasta Kinder Scout. Maurice martirizaba a Bob, algo que Bob odiaba, pero aquello no era más que el orden natural de las cosas, el modo en que las familias transmiten el dolor, como si se tratara de una herencia.

En cuanto Maurice consiguió su trabajo y su piso en Derby, se fue para siempre. A Bob le daba la impresión de que quería empezar de cero, fingir que su niñez jamás había existido. Después de aquello, rara vez lo vieron. Él nunca hablaba de ellos. Años más tarde, se presentó en la incineración de su padre. En el funeral de su madre, ni siquiera apareció.

Un domingo al mes se organizaba en Derby una carrera automovilística. Mike, un conocido de Maurice del gimnasio, le

preguntó si le gustaría participar en su lugar. Mike solía ir con una compañera suya de la oficina de Hacienda de Derby, pero esa semana él no podría ir, y ella buscaba un acompañante.

Maurice entró en pánico. Se ponía nervioso en compañía de gente nueva y no sabía nada de coches. Por lo general, le gustaba hacer cosas que ya hubiera hecho antes. Era el tipo de situación que él estropearía, simplemente siendo él mismo.

Mike lo tranquilizó. Te irá bien, le dijo, sin conocer muy bien a Maurice.

El domingo por la mañana, Maurice esperó en el lugar acordado, la plaza del mercado del centro de Derby, presidida por la vieja torre del reloj, mientras las campanas daban la hora. Los coches pasaban sin cesar y aminoraban la marcha. Cuando proseguían su camino, él los miraba con alivio. Tal vez ella no se presentara. Entonces se detuvo ante él un voluminoso Vauxhall Cresta con una joven de pelo largo y oscuro al volante. Llevaba vaqueros y un jersey azul, y le sonreía. Maralyn.

¿Qué fue? El desenfado con el que ella se inclinó sobre el asiento para abrirle la puerta del copiloto. La tranquilidad con la que sonreía. El brío con el que condujo hasta la línea de salida de la carrera. Parecía saber por instinto cómo hacer las cosas, y esa forma de ser chocaba con su idea de cómo era, en general, la gente, o al menos él. Maralyn podía hablar, hablar sin más, hasta cuando conducía. Y el Cresta de por sí ya era increíble. Un salón enmoquetado de cuatro puertas, asientos corridos y calefacción de serie, inspirado en el Buick americano, con aletas traseras y neumáticos de banda blanca. Pura frescura. Hacía que el Morris Minor pareciera pueblerino.

Maurice se derrumbó. Si crees que eres un desastre antes incluso de empezar, la cosa suele ir en esa dirección. Todo lo que decía estaba mal. Se suponía que él debía ejercer de copiloto mientras ella conducía, pero no paraba de confundir la derecha con la izquierda. Cada vez que intentaba enmendar sus errores, aquello empeoraba. Al final del día, se ofreció a pagar la gasolina del coche, pero al meterse la mano en el bolsillo lo único que encontró fueron diez chelines y una moneda de cuatro peniques. Tuvo que pagar Maralyn.

¿Cómo es que no llevaba dinero? Parecía absurdo y, aun así, en cierto modo, inevitable. Como todo consumado autosaboteador, cualquier cosa que hiciera sólo parecía confirmar la abyecta opinión que tenía de sí mismo. «Allí acababa todo. Mi primer contacto con aquella chica maravillosa sería inevitablemente el último», escribió más tarde.

La situación exigía una disculpa formal. Le escribió a Maralyn una carta y le envió el ramo de flores más grande que podía permitirse. Días más tarde, para su sorpresa, ella le respondió para darle las gracias. Mike, tras un sutil interrogatorio, le reveló que Maralyn era sólo una compañera, nada más. Maurice le escribió de nuevo para invitarla a salir. Maralyn respondió, pero no a vuelta de correo, sino llamando a la imprenta. ¡Menudo atrevimiento! Telefonearlo así sin más a la imprenta, como si fuera algo normal o estuviera bien visto. Maurice tuvo que fingir que era una llamada de trabajo.

En su primera cita, Maurice la llevó a cenar a un restaurante chino. Tomaron vino, luego fueron al teatro. Era la primera vez que Maralyn hacía cualquiera de esas cosas. Sólo tenía veintiún años y todavía

vivía con sus padres, Fred y Ada, en su casa de Normanton, al sur del centro de Derby. Fred y Ada en realidad eran los tíos de Maralyn. La habían adoptado después de que su madre, Mary, la hermana de Ada, se divorciara. Maralyn se convirtió en su única hija. La sobreprotegían, y la niña había crecido en una burbuja. A Maurice le gustaba descubrirle cosas.

Más tarde, volvieron en coche a casa y ella lo invitó a entrar. Susurraron durante horas mientras los padres de Maralyn dormían. Ella le contó la versión abreviada de su vida: el exclusivo instituto femenino Parkfield Cedars, luego la escuela de magisterio, la breve temporada en un colegio privado de Shrewsbury y su empleo en la oficina de Hacienda de Derby. Más allá del trabajo, su vida giraba básicamente en torno a sus padres: aprendía repostería con Ada y asistía a los conciertos de Fred, que tocaba la trompeta en un grupo del pueblo. Su madre biológica, Mary, se casó de nuevo y tuvo dos hijos más: Pat y Brian. Pat y Maralyn estrecharon lazos. Los fines de semana, Pat solía pasar por casa de Maralyn: de niñas jugaban en el jardín, ya de más mayores escuchaban música y Radio Luxemburgo. Pat intentaba convencerla para que fueran a los bailes que se organizaban en los barracones de la zona, pero Maralyn siempre se negaba. No parecían interesarle las cosas con que se divertían sus coetáneos. No era por timidez, sino más bien porque prefería estar al aire libre, salir a pasear. Nunca se maquillaba, ni le daba importancia a la ropa que vestía. Pat le regalaba lo que ya no se ponía, y ésas sería las únicas prendas a la moda que Maralyn tendría en toda su vida.

Por la mañana temprano, con el cielo todavía oscuro y las calles vacías y en silencio, Maurice y Maralyn salieron de la casa a

hurtadillas y durmieron juntos en el amplio asiento corrido del Cresta. Un asiento, Maurice observaría más adelante, que lo convertía en un «excelente vehículo para el cortejo». Mientras el cielo se iluminaba, abandonaron en coche la ciudad. Ya en campo abierto, pararon junto a la carretera y pasearon por un terreno de hierba alta, con el rocío empapándoles los pies.

Maralyn le mostró a Maurice dónde encontrar setas que acabaran de brotar y le explicó su ciclo vital, cómo su micelio filamentoso forma una red que conecta todo lo que crece bajo el suelo. Maurice se maravillaba de que supiera aquellas cosas.

3

El amor, cuando funciona, puede parecer una tremenda casualidad. Dos personas tienen que elegir y ser elegidas y, lo más improbable de todo, esas elecciones deben ocurrir más o menos a la vez. Por qué Maurice eligió a Maralyn era evidente. «Necesitaba en mi vida a alguien como Maralyn para compensar mi inseguridad», escribió. Ella daba color a sus vacíos.

Por qué Maralyn eligió a Maurice resultaba más desconcertante, al menos al principio. Pat siempre creyó que Maralyn podría haber tenido a quien quisiera. Era desenvuelta y muy guapa, y se la veía muy a gusto consigo misma. Maurice estaba seguro de que tenía otros pretendientes. La vida de Maralyn acababa de empezar a abrirse. Maurice, en cambio, con casi treinta años, había reducido la suya a un piso oscuro, y tenía muy poca autoestima. La soledad le sentaba como un guante.

Pero Maralyn también estaba atrapada. A Fred y Ada, chapados a la antigua, les gustaban las cosas hechas como Dios manda. Fred trabajaba en los ferrocarriles; Ada, que había trabajado en el servicio doméstico, tenía sus principios. Cuando Pat iba de visita, Ada las ponía a trabajar, a ella y a Maralyn: desgranando guisantes, sacando brillo a la aldaba de latón de la puerta principal, frotando el escalón de la entrada con aquello que llamaban «piedras de burro». Con el

cambio de estación, sustituían las cortinas de invierno por las de verano. Maralyn no se iría de casa hasta que se casara.

¿Y luego qué? Cocinar, limpiar, tener hijos: la fórmula doméstica. Sin embargo, Maralyn no era Ada; el trabajo cíclico de una casa no le bastaba. Según Pat, le gustaba forzar los límites de las cosas. Antes de conocer a Maurice, Maralyn fumaba Stuyvesants, de los largos con boquilla, y prefería los coches grandes y llamativos. Era el tipo de persona que, al volante de su Cresta, participa en carreras los fines de semana y no tiene reparo en llamar por teléfono a la oficina de un hombre que le gusta. Más allá de los confines de la casa de sus padres y la oficina de Hacienda de Derby, Maralyn intuía la posibilidad de un estilo de vida distinto. Tenía ante ella a un hombre, nueve años mayor, que ya parecía estar llevando ese estilo de vida. Navegaba y escalaba. Pilotaba aviones.

En cuanto tuvo la oportunidad, Maurice llevó a Maralyn a la montaña. Quería que probara la escalada y se subiera a un avión, que le gustara lo que a él le gustaba, pero también era una especie de prueba. ¿Cómo se las arreglaría ella en lo alto de un monte? ¿Disfrutaría tanto como él? Sentía una gran satisfacción al mostrarle las cosas que se le daban bien.

Maralyn no le cogió el gusto a volar, pero resultó ser una andariega con mucho aguante y que no le temía al mal tiempo. Maurice la llevó al Distrito de los Lagos, donde acamparon en los terrenos de un agricultor. Era Pascua, pero hacía todavía tanto frío que nevó. A él le preocupó que aquello pudiera desalentarla, pero ella ni una sola vez se quejó o insinuó que recogieran y se

marcharan a casa. Después de un día de caminata, regresaron helados a su tienda de campaña. Maralyn anunció que se comería lo primero que encontrara en su caja de provisiones y calentó un cazo de natillas en su hornillo Primus. Ni siquiera le preguntó a Maurice qué le apetecía: daba la impresión de que ya lo sabía.

Demostraba la misma facilidad innata durante las ascensiones a las montañas. Un día de mucho calor, Maurice la llevó adrede por una ruta difícil para subir al Yr Wyddfa, y Maralyn, ni corta ni perezosa, se quitó la parte de arriba y siguió caminando en sujetador, sin importarle quién la viera. Cuando escalaron el Ben Nevis, insistió en llegar a la cima pese a que la niebla y el viento los envolvían. El camino de vuelta lo hicieron corriendo cogidos de la mano para huir de la tormenta, y luego pasaron despiertos toda la noche, aferrándose a las varillas de la tienda para que no saliera volando.

Durante aquel primer año juntos, Maralyn también sometió a Maurice a su propia prueba: una semana de vacaciones con sus padres en Cumbria. Para la ida, Maralyn llevó el volante del Cresta desde Derby, y para la vuelta le sugirió a Maurice que condujera él. Maurice de repente se puso a ciento sesenta kilómetros por hora por la A1. Fred y Ada iban en el asiento de atrás, petrificados, sumidos en lo que Maurice interpretó como un silencio disconforme. Si la finalidad del viaje era obtener su bendición, no creía haberla logrado. Pero a Maralyn le daba igual: seguro que era mejor un futuro junto a alguien que conducía a ciento sesenta kilómetros por hora que quedarse atrapada con sus padres en el asiento trasero.

De entre todas las nuevas actividades, Maurice quería que el primer viaje en barco de Maralyn fuera de maravilla. Ese verano,

alquiló un velero de ocho metros de eslora para disfrutar de una semana en los Broads de Norfolk, una red de ríos navegables. Maralyn no sabía nadar, pero ese detalle no parecía desanimarlos. Maurice le dio sus primeras nociones de navegación y, al cabo de unos días, consideró que ya estaba lista para manejar el timón ella sola. Todo fue bien hasta que, a toda velocidad, encallaron en una ribera. Maurice, autoflagelándose, había olvidado su «categoría de principiante», en sus propias palabras. Pasaron la tarde cavando con cuchillos y tenedores para desencallar el barco, ante las burlas de quienes pasaban.

Maurice supo que quería casarse con ella. Sin dudarlo. Durante mucho tiempo había vivido convencido de que sería un soltero empedernido. Maralyn había abierto una puerta. Pero había un problema: tendría que pedírselo. Maurice creía que diría que no, dando por hecho que era el último de una fila de hombres con la misma idea y claramente no el mejor de ellos. «Muy pocas veces en mi vida se ha dado un momento en que yo reuniera el arrojo suficiente para superar, con reticencia y vacilante timidez, mis castrantes inhibiciones sociales», escribió. Maurice siempre tenía que sortear muchos obstáculos antes de poder hacer cualquier cosa. Aun así, se lo pidió, y ella dijo sí. Y no cualquier sí, sino un sí alto y claro, rotundo, como si jamás lo hubiera dudado.

Su aceptación abrió una nueva veta de inquietud. ¿Qué implicaba exactamente el matrimonio? Cambio, eso seguro. Expectativas que tal vez difirieran, adaptarse al otro y a sus prioridades. Maurice había

vivido una década al compás de un ritmo preciso. Le costaba imaginarse cediendo ante otra persona.

También había cosas concretas que él sencillamente no toleraría. No quería una ceremonia religiosa, ni tampoco renunciar a sus aficiones. Por encima de todo, no quería hijos, convencido como estaba de que su línea genética debía acabar con él, como si no quisiera perpetuar un error.

En 1962 esto se veía como una postura rara y controvertida. Gran Bretaña seguía siendo un país ensombrecido por la guerra. El racionamiento había acabado hacía tan sólo ocho años. Las aspiraciones de un matrimonio joven se daban por sentadas: seguridad y prosperidad, una parejita de niños alegres y una casa ordenada.

«No es que no me gusten los niños», decía Maurice cuando le preguntaba la gente. Pero la verdad era que en realidad no le hacían mucha gracia. Los pequeñajos le resultaban ruidosos y egocéntricos; los adolescentes, impertinentes y arrogantes. Se sentía incómodo en su compañía. Además, ya le había costado lo suyo ser un niño; había peleado con uñas y dientes para salir de ese estado lo antes posible. ¿Por qué iba él a querer imponerle algo así a otra persona? No tenía madera de padre, argumentaba, por la misma razón que no la tenía para ser físico nuclear o astronauta. «Intento no hacer cosas que no se me dan bien.»

Para regocijo de Maurice, Maralyn accedió a todo. No tenía ningún interés en casarse por la Iglesia. En cuanto a sus aficiones, salvo volar, ella también quería practicarlas todas. Los paseos por el monte y las travesías náuticas habían despertado algo en ella. Había

probado el sabor de la aventura, había visto lo que el mundo podía ofrecerle.

Lo más milagroso de todo era que Maralyn tampoco quería hijos. Sabían que la gente presuponía que tenían un problema físico, algo demasiado embarazoso para ser admitido, o que los consideraba egoístas. Sin embargo, reafirmado por Maralyn, a Maurice ya no le importaba lo que pensara la gente. Para enfrentarse a las preguntas indiscretas de los desconocidos, o de los desconcertados ante la idea de que no tener hijos fuera una opción, a Maralyn se le ocurrió responder con una broma: «No me hacen falta niños, bastante tengo ya con Maurice.»

Se casaron el 21 de diciembre de 1963. La ceremonia tuvo lugar en la oficina del Registro Civil de Derby, que daba a la plaza del mercado donde Maralyn lo había recogido con su Cresta por primera vez. Fue algo sencillo, con pocos invitados, sólo Fred, Ada y Mary. No invitaron a nadie de la familia de Maurice. Maralyn fue tal como estaba: no hubo vestido de novia.

A continuación, tomaron un refrigerio en su casa recién comprada, un chalecito de una sola planta en Allestree, un barrio residencial a las afueras de Derby. Pat los acompañó, pero no se quedó mucho. Maurice lo dejó claro: si los invitados querían tomar una copa, tendría que ser fuera. A menudo se comportaba así en compañía de Maralyn: eludía a la gente. Pat siempre creyó que la quería para él solo.

La nueva casita la habían comprado sobre plano unos meses antes con un préstamo de la Sociedad de Crédito Hipotecario de

Derbyshire. Formaba parte de una hilera de chalecitos idénticos, pequeños y de ladrillo rojo, con dos grandes ventanas a ambos lados de la puerta principal, como un rostro sin boca. Era una casa piloto, justo el tipo de vivienda a la que una pareja recién casada debía mudarse. Allestree reunía todos los elementos para las personas decentes y centradas en la familia: una iglesia, un colegio y un club de críquet. Había calles sin salida con nombres de árboles (fresno, roble, espino, alerce); jardines delanteros cercados por muretes; y garajes para casi todos.

Antes de la boda, Maralyn había pasado semanas reuniendo cositas de aquí y de allá, vajilla y cubertería, en un gran arcón en su dormitorio, igual que Ada había hecho antes de su propia boda. Ahora podían ordenarlo todo, colocar cada objeto en el lugar que le correspondía. Ciertas comodidades, novedosas para ellos, les facilitaron mucho la vida: calefacción central, lavadora, teléfono. Tenían muebles nuevos y también alfombras, escogidos en sus frecuentes excursiones a Nottingham. Cuidaban del jardín, y abrieron una cuenta de ahorros para comprarse su propio barco, reservando cada mes una parte del salario de Maurice. Después de la hipoteca, era poco lo que sobraba de ambos sueldos, pero menos daba una piedra.

Tal vez sólo fuera una sensación, un runrún de fondo. O tal vez fuera porque Allestree era un lugar en el que un tipo de calma muy concreto tensaba el aire y las vidas se desarrollaban detrás de puertas cerradas a cal y canto, en el que la seguridad no sólo era deseada, sino irremediable. O tal vez fuera porque el cambio

liberador de finales de los sesenta todavía quedaba lejos. Fuera por lo que fuese, a medida que pasaban los años, cada vez se sentían más inquietos.

A Maurice, Derby le seguía pareciendo un lugar anquilosado. Su hogar, con todos sus nuevos aparatos, representaba la «fórmula del estrés doméstico aburguesado», escribió. Su empleo, con todo lo seguro que era, le parecía la «esclavitud mecánica del trabajo cotidiano». Los hábitos de ambos habían sido modelados por la austeridad de la posguerra. Eran ahorradores, cultivaban sus propias verduras, no tiraban nada a lo que pudiera darse una segunda utilidad. Sí, tenían lavadora, pero no era suficiente. «Sabíamos, con la misma certeza con la que Newton creía en su teoría de la gravedad, que nuestra vida acomodada, aunque mundana, no nos satisfaría para siempre», escribió Maurice más tarde.

Una lluviosa tarde de noviembre de 1966, Maralyn miraba por la ventana mientras las gotas se perseguían por el cristal. Hacía humedad y frío, y estaba oscuro, todo el mundo estaba bien arrebujado en casa para pasar la larga noche, con las cortinas echadas.

—Imagina que vendiéramos la casa, compráramos un velero y viviéramos a bordo —le dijo a Maurice.

Sonaba absurdo. ¿Por qué querrían vender la casa que con tanto esfuerzo acababan de comprar? Había que admitir que era el único modo de que algún día pudieran ser los dueños de su propio barco. Los precios de los veleros subían más rápido que los salarios y sólo habían ahorrado una parte ínfima de los ingresos de Maurice. Pero no eran unos impetuosos capaces de vender su vivienda de un día para otro. Al menos Maurice no lo era. Sentía que el trabajo y la

domesticidad lo asfixiaban, pero en eso consistía la vida... Habían logrado lo que se suponía que debían lograr. Estaban a salvo en su propio pedacito de tierra. Uno no se burla de una estabilidad conquistada con tanto esfuerzo. Uno, sobre todo, no va y se la carga.

—Ni siquiera lo estás intentando —dijo Maralyn.

Cuando una idea se le metía entre ceja y ceja, Maralyn era capaz de horadar una roca. Hicieron planes, como si ya estuvieran perfectamente definidos y fueran incontestables. Un velero costaba unas tres mil libras y el chalecito valía más o menos lo mismo. En cuanto lo vendieran y terminaran de pagar la hipoteca, podían permitirse empezar a construir un barco de inmediato. Tendrían que hacerlo poco a poco, ahorrando todo lo que ganaran.

Y luego, bueno, pues luego darían la vuelta al mundo a vela, hasta Nueva Zelanda. La población de la costa sur de Inglaterra era mayor que la de toda Nueva Zelanda, señaló Maralyn. En comparación, el Distrito de los Lagos era anodino y estaba abarrotado de gente. Serían una suerte de colonizadores, descubrirían nuevas tierras en la otra punta del globo. Y qué tierra: escarpada y vacía y salvaje. Como un amigo suyo dijo más tarde, era como si ella creyera que todavía podría estar deshabitada.

No era sólo Nueva Zelanda. Pensemos en el viaje, en todos los lugares donde podían hacer parada por el camino: las Canarias, el Caribe, las Galápagos. Serían auténticos viajeros, auténticos exploradores, libres, de un modo que sólo permite un barco, de ir adonde quisieran, cuando quisieran. Sin que nadie los supervisara, sin que nadie supiera dónde estaban. Podían irse de Inglaterra y no volver jamás. Maralyn, ilusionada con la idea de una naturaleza a

una escala y con unas formas que ella jamás había visto en los coquetos jardines traseros de Inglaterra, empezó a recopilar recortes en un álbum de la flora y la fauna de Nueva Zelanda.

Irse de Inglaterra para no volver jamás. Para Maurice, fue una revelación. Empezar de cero. Liberarse de todo lo que entrañaba Inglaterra: su pasado, su familia, él mismo. Era irresistible pensar que podríamos ser otra persona en otro lugar.

Maurice se postuló para un puesto de trabajo en Wellington y recibió una tentadora oferta. «Resumiendo, los argumentos de Maralyn por fin me convencieron», escribió más tarde.

No se trata sólo de construir un barco y levar anclas. La planificación lo es todo. Maurice leyó libros sobre travesías oceánicas, estudió cartas náuticas y derroteros, y releyó lo más parecido a un texto sagrado que tenía a su alcance, el manual para circunnavegar el globo del marino Eric Hiscock, *Voyaging Under Sail*.

La ruta clásica era con rumbo sudoeste, cruzando el golfo de Vizcaya hasta España, Madeira, las islas Canarias, luego navegar 2.700 millas de una punta a otra del Atlántico, a través del Caribe y el Canal de Panamá, continuar por el Pacífico hasta las Galápagos, y luego emprender otra larga travesía oceánica hasta las islas Marquesas, las Tuamotu, Fiji y, por fin, Nueva Zelanda. Para evitar lo peor de las tormentas tropicales, Hiscock sugería zarpar de Inglaterra en verano, a tiempo para aprovechar los vientos alisios que los propulsarían a través del Atlántico y les permitirían llegar al Caribe pasado mediados de noviembre y marcharse de nuevo a

principios de año. Haciendo escalas por el camino, y contando con posibles retrasos, podían estar en Nueva Zelanda el otoño siguiente.

Maralyn estableció un calendario, calculando cuánto tardarían en construir un barco y equiparlo para la travesía. Sabían lo que querían. Un velero de madera, de nueve metros de eslora como mínimo. A ojos de un principiante, una pequeña embarcación clásica de vela, como las que se veían cualquier tarde recorriendo un tramo sencillo de la costa sur, no cruzando el Pacífico.

Según Hiscock, navegabilidad, comodidad y velocidad eran los rasgos más importantes, en ese orden. También era vital, si la tripulación iba a ser reducida, que la embarcación fuera fácil de manejar y de timonear. Debía ser lo bastante robusta para surcar el océano en condiciones meteorológicas violentas y cargada con centenares de latas de alimentos y contenedores de agua.

Maurice y Maralyn escogieron un modelo, el Golden Hind, un balandro de las Bermudas de nueve metros y medio metros de eslora bautizado así en honor al galeón con el que sir Francis Drake arribó al puerto de Plymouth en 1580, atestado de clavos de olor y tesoros robados de las colonias y los barcos españoles en la costa occidental de Sudamérica. Las primeras réplicas del nuevo Golden Hind las había construido recientemente en Plymouth la empresa Hartwell's, especializada en ataúdes, con la intención de diversificar su producción. Pese a no ser rápido, sí que era sólido, o «recio frente a un vendaval», tal como afirmaba su descripción técnica. Gracias a su fiabilidad se había labrado una reputación como el Morris Minor de la navegación a vela, una feliz casualidad.

Maurice y Maralyn encargaron a Hartwell's su propia versión, que debía estar construida para la primavera de 1968. Solicitaron una

serie de modificaciones: un calado moderado, altura para estar de pie, manga amplia, francobordo alto y una veleta de acero galvanizado, para el gobierno, atornillada a la cubierta. A bordo no habría ningún transmisor de radio ni aparatos electrónicos superfluos de ningún tipo.

Todo el mundo pensaba que estaban locos. ¿Ningún transmisor de radio? Pero Maurice quería «proteger su libertad de interferencias externas». Para sentirse solos de verdad en el océano, optó por navegar a la antigua usanza, siguiendo las estrellas y su propio ingenio. Era emocionante, incluso conmovedor, saber que confiaba en las mismas constelaciones que en su momento habían guiado a los grandes capitanes de la historia: Colón, Cook. Los siglos se desvanecían al mirar hacia arriba igual que ellos habían mirado, al ver lo que ellos habían visto. Y qué pureza entrañaría navegar de ese modo, sólo Maralyn y él, sin necesitar a nadie más que el uno al otro y el cielo sobre sus cabezas.

«Nuestros paisanos, sin duda gente de mundo, nos ridiculizaban o nos sonreían con condescendencia. Y, desde luego, ¿quién es nadie para decir que no tuvieran razón?», escribió Maurice. Pero ¿a quién le importaba que la tuvieran? Todas aquellas personas, cuya cerrazón nacía de una vida en tierra, que no conocían más que las cómodas opresiones de la clase media inglesa, eran, para empezar, la mitad de sus motivos para marcharse.

Un proyecto tan largo, caro y complicado como construir un velero en Plymouth no podía supervisarse desde Derby, casi quinientos kilómetros al norte del astillero, la mayor distancia posible entre el

mar y cualquier punto de Inglaterra. Maralyn propuso que se mudaran al sur, a Southampton, desde donde más tarde zarparían.

Maurice se mudó primero y encontró trabajo en Camelot Press, una imprenta de libros en Shirley Road, en la zona oeste de la ciudad. Alquiló un apartamento cerca, barato y sin amueblar, en el que dormía sobre el suelo pelado, cocinaba en un camping-gas bajo una bombilla desnuda y comía solo en una mesa plegable. Se parecía un poco a Rose Hill Street: una existencia precaria y solitaria. Pero esta vez era distinto. Maralyn se le uniría pronto.

Ella, mientras tanto, se quedó en Derby y vendió los muebles. Él subía a verla los fines de semana, dando gracias por poder dormir de nuevo en una cama, hasta que ella también la vendió. De todas aquellas cosas que habían comprado en las tiendas de Nottingham, ya no quedaba nada. El mundo de la navegación suele estar plagado de gente con dinero. Maurice y Maralyn no eran de esa gente. El barco se llevó todo lo que tenían.

En cuanto vendieron la casa, Maralyn se mudó al sur y consiguió trabajo en la oficina de Hacienda de Southampton. Trató de suavizar las aristas del piso de Shirley Road colgando unas cortinas. Y a punto estuvo de comprar una cama, pero no lo hizo: no parecía tener mucho sentido, dado que tendrían que volver a venderla. Una vez más, dormirían en el suelo.

En 1968 su barco estaba lo suficientemente listo para navegar. Lo timonearon desde los astilleros de Plymouth, a través de las agitadas aguas frente a la costa sur, hasta el varadero de Moody's, en el río Hamble, donde se mudaron a bordo. En comparación, el piso de

Shirley Road era lujoso: el interior del barco todavía no estaba del todo equipado y vivían entre tablones de madera, herramientas y la típica mugre de las obras. Le pusieron el nombre de *Auralyn*, una combinación de los de ambos. Idea de Maralyn.

El trabajo en el interior del barco les llevó cuatro años. Cuatro años, de 1968 a 1972, en los que Reino Unido transitó de una década a otra y de un primer ministro al siguiente, de Harold Wilson a Ted Heath. El precio de la vivienda iniciaba su ascenso imparable, cuadruplicándose de principios a finales de los setenta. Muchos de los coetáneos de la pareja, que habían comprado casa en los sesenta, se hicieron ricos sin proponérselo.

Maurice y Maralyn se dieron cuenta, no sin cierto orgullo, de que habían tomado un camino distinto. «Las cosas prosaicas y mundanas, como el dinero y las propiedades, el egoísmo con que los hombres construyen sus castillos de vanidad y poder, no significaban nada para nosotros», escribió Maurice.

Pero, como todas las visiones utópicas, la suya también tenía sus contradicciones. Habían vendido todas sus posesiones para construir un barco. Iban a abandonar a todos sus conocidos para vivir a flote, solos, liberados de las obligaciones y la comunidad, de todas las cosas que atan a una persona a un lugar o a su gente, de las humillaciones diarias de la vida corriente y de las normas ocultas cuyo peso quizá sólo notes en el lugar donde te criaste. Al fin y al cabo, ¿puede haber algo más egoísta que huir?

El varadero de Moody’s era un lugar agradable. Filas de veleros, grandes y pequeños, convivían en el puerto deportivo colindante, a

la espera de hacerse a la mar. Cabos y mástiles traqueteaban y golpeteaban con la brisa. Los marineros brincaban de un barco a otro ofreciendo su ayuda. En el aire flotaba una suerte de energía expectante, la sensación de que el tiempo en tierra era una medida provisional, un tedio necesario hasta volver a izar las velas.

Maurice y Maralyn tenían fama de solitarios. Cuando no estaban en su puesto de trabajo, estaban bregando en el barco. Todos los fines de semana, todas las tardes. Rara vez salían. «El buen arte de la navegación comienza en puerto, llevando a cabo los preparativos con la mayor perfección y minuciosidad posibles», escribió Hiscock. Maurice se tomó muy en serio aquella indicación. Reforzó el casco, modificó la jarcia de palo para navegar con vientos alisios, puso a punto el motor y las instalaciones eléctricas, rediseñó y reconstruyó la cocina y el aseo, añadió pañoles y depósitos extra de combustible y agua. Cada pieza debía estar impecable.

En la oficina de Hacienda, Maralyn hizo una nueva amiga, June, una mujer diminuta y de cara redonda a la que le gustaba charlar. Una tarde, Maralyn invitó a June y a su prometido, Colin Foskett, a tomar una copa en el barco. Colin, un carpintero de pelo rubio rojizo, era tan jovial como su futura esposa. Maralyn creyó oportuno avisarlos: Maurice era distinto. Tal vez se comporte extrañamente. Tal vez le caigáis bien, o tal vez no, pero en cualquier caso es una persona difícil.

A Colin y a June no les importó. Sí, Maurice podía ser tosco, torpe y sin pelos en la lengua, pero ellos eran de esa clase de personas capaces de encontrar puntos en común con cualquiera, y Maralyn les caía lo bastante bien como para tolerar a su marido. Maurice, por su

parte, disfrutaba saliendo a cenar, e iniciándolos en el mundo del vino. Colin y June los invitaron a su boda. Maurice se negó a ir.

Durante esos años, los Foskett se presentaron a menudo en el barco para echarles una mano. Colin llegaba al varadero en su motocicleta, con su chupa de cuero, fumando un pitillo. Maurice no fumaba. A Colin, Maurice le parecía un bicho raro por cómo se tomaba la carpintería, por cómo repetía una y otra vez un trabajo hasta asegurarse de que era perfecto.

En agradecimiento por su ayuda, Maurice y Maralyn invitaron a Colin y June a algunas de sus travesías de práctica a lo largo de la costa y hasta la otra orilla del canal de la Mancha, en Normandía. Esos viajes les permitieron establecer sus roles a bordo. Toda tripulación, hasta una de sólo dos miembros, requiere una jerarquía. Maurice era capitán, oficial de derrota y mecánico. Maralyn era la responsable de los víveres y la cocina. Cuando Colin y June se apuntaban, Colin era el marinero manitas y a June le asignaban el papel de contramaestre, un título que data del siglo XV y hace referencia al tripulante encargado de la cubierta. Maurice, admirador de la antigua jerga naval, insistía en llamarla «contramaestre» a todas horas, tanto en tierra como en mar. Si cada persona conocía su misión a bordo y lo que se esperaba de ella, no cabría ninguna confusión en cuanto a qué había que hacer o cómo debía hacerse.

Aquello les confería un tipo curioso de libertad. Su barco, como todo barco bien gobernado, era una forma de autocracia benévola que dependía de unas normas inflexibles. No existe casi nada tan rígido y que requiera tanto conformismo como la organización a bordo de un barco. Debes conformarte con esas normas para sobrevivir.

Maralyn se adaptó al régimen con naturalidad. Gracias a sus preparativos, se familiarizó con las cantidades exactas de alimentos necesarias antes de zarpar, tanto en conserva como frescos, para que les duraran al menos hasta el puerto siguiente, donde se aprovisionarían de nuevo en una tienda. Un velero de nueve metros, calculó, debería tener capacidad para almacenar quinientas latas de comida: carnes, sopas, verduras, frutas, bebidas, leche en polvo y evaporada. Maralyn quitó las etiquetas de papel a todas las latas, las marcó con un código para identificar su contenido («un rotulador negro es ideal para esta tarea») y luego trató la parte de arriba y abajo con un barniz claro para protegerlas del óxido y la humedad. Cada pieza de fruta fresca se envolvía en papel de periódico, y después se le daba la vuelta de vez en cuando para evitar que se magullara. Con el tiempo, desarrolló fórmulas para calcular la cantidad exacta de ingredientes que hacía falta por persona y por día. Huevos: 1 por persona al día, más 4 a la semana para cocinar. Azúcar: 30 g por persona al día y 800 g más por persona para cocinar. Queso: 30 g por persona al día. Leche: 25 ml por persona al día. Galletas: 1 paquete al día, alternando dulces y saladas. «Con la posibilidad de un 15 % más para imprevistos (quizá sólo de las saladas).»

Maurice solía liarla un poco en la cocina. Todo funcionaba mejor cuando cada uno tenía un control total sobre su terreno particular. Era sólo que la insidiosa inseguridad de Maurice a veces suponía un obstáculo cuando no era totalmente capaz de mantener la seguridad inquebrantable que se le exige a la persona al mando. Si alguna vez dudaba con la ruta y le pedía consejo a Maralyn para que lo tranquilizara, ella le recordaba con dureza que la navegación era su

competencia. «Tenía razón, desde luego.» Maralyn acostumbraba tener razón.

Si había que poner a prueba el *Auralyn*, a ellos también. No bastaba con trazar tu travesía y construir tu barco, escribió Hiscock. Tenías que prepararte tú.

Curiosamente, aquello no implicaba que Maralyn aprendiera a nadar. Un amigo navegante intentó enseñarla, pero a ella le daba miedo meterse en el agua. Sabía navegar, confiaba en Maurice, y si algo iba mal, que fuera lo que tuviera que ser. Maurice trató de animarla, pero era muy difícil obligar a Maralyn a hacer algo que no quería hacer. Argumentaba que si se daba el caso, y debía elegir entre hundirse o nadar para salvarse, seguro que se las apañaría.

De todas formas, era algo que parecía improbable. Ella iba en un barco, ¿no era cierto?, y eso ya exigía su propio aprendizaje. «Tripular un barco de vela exige una entrega total a la implacable austeridad e incomodidad debidas a las condiciones de humedad y la falta de espacio a bordo», escribió Maurice con ese deleite que sienten cierto tipo de personas ante la abnegación y las adversidades físicas. Tenían que acostumbrarse al mal tiempo, a dormir poco y mal y a los episodios de mareos que podían incapacitar a una persona durante días.

Y a la soledad. Durante días y semanas, mientras surcaran los océanos, estarían solos. A lo mejor sólo veías un barco en un mes, advertía Hiscock. Dicho de otro modo: no esperes ayuda si algo va mal. Si alguien resulta herido, si os quedáis sin agua o si un tripulante cae enfermo, no tendréis a nadie más que a vosotros

mismos. Para Maurice, era como un mandamiento. Dependerían sólo de sí mismos. La debilidad no era una opción. Tenían que estar preparados para cualquier desastre imaginable. Un amigo le enseñó a pescar mar adentro en la bahía de Christchurch. Estudió cómo extraer plancton del agua marina. Decidieron llevarse un exprimidor de limones, que podía emplearse para obtener agua potable estrujando la carne cruda del pescado.

Todo marinero siente angustia antes de un viaje, aseguraba Hiscock, pero uno bueno se habrá preparado tan infatigablemente que la falta de confianza ya no lo asaltará. Pero ¿y si eras alguien que lo único que siempre había sentido era esa falta de confianza en sí mismo? Maurice podía hacer las reparaciones y comprobaciones, las listas, pero el arte de la navegación, el buen arte de la navegación, parecía implicar algo más. Algo para lo que no podías prepararte de antemano, o aprender de un libro.

En un largo pasaje sobre la importancia de la vigilancia, Hiscock se reprendía por la ocasión en que casi hizo naufragar a su barco por no comprobar la ubicación de una luz mientras se aproximaban a las costas de Panamá. Fue culpa suya. Su aproximación había sido «de mal marinero». Lisa y llanamente, no había nada peor, en un barco, que un capitán que fuera mal marinero. Era como un militar que diera muestras de cobardía.

Entonces, ¿cómo se hacía uno buen marinero, esa cualidad esencial y esquiva? Con la experiencia, y Maurice lo sabía; e implicaba habilidad, aprendizaje y una inteligencia de sentido común. Pero también parecía haber en juego un rasgo más básico: carácter. En medio de una crisis en el mar, no hay tiempo para cavilar o reflexionar. No puedes ser derrotista. Las cosas se tuercen y

hasta los grandes navegantes cometen errores. La gente se cansa o se confía demasiado. Su juicio se nubla. Tienes que adaptarte. Debes saber qué hacer y cómo hacerlo en un instante; actuar guiado por una suerte de luz, de pulsión instintiva, del modo en que un bailarín podría cambiar de posición en pleno vuelo. Todo sonaba, de forma preocupante para Maurice, demasiado parecido a un arte.

4

En junio de 1972, Inglaterra seguía fría y lluviosa. Ciertas zonas de la costa meridional pasaron el mes entero sumidas en la penumbra. Falmouth batió el récord: el junio más frío desde 1869.

Maurice y Maralyn llevaban semanas esperando un cambio en las condiciones climatológicas, un viento a favor y un sol cálido que abrieran los cielos como una bendición. Pero no llegaba. Debían arribar a las islas Canarias a tiempo para aprovechar los vientos alisios que los empujarían para cruzar el Atlántico, pero los días pésimos, borrascosos, no daban ninguna muestra de querer pasar pronto.

El 28 de junio bien temprano, con el cielo aún oscuro y nublado, Colin y June se acercaron para despedirlos desde su atracadero en el Hamble. Maurice abrazó a la contramaestre. June le dio a Maralyn una caja de pasteles caseros. Los hombres se estrecharon la mano. Maurice sintió un arrebato de emoción, uno de esos con los que nunca sabía muy bien qué hacer. Los únicos testigos de la despedida fueron las gaviotas, que revoloteaban y graznaban en círculos. Cuando Maurice soltó la última amarra, se dejaron llevar por la corriente de la marea.

A medida que el *Auralyn* penetraba en las aguas grises y picadas del estrecho de Solent, el cielo empezó a iluminarse por los bordes.

Maurice avanzaba lo más despacio que podía, con el deseo de recordar aquel momento, seguramente el más importante de su vida. Volvió la vista al pueblo de Bursledon, sobre la ladera: las casitas de ladrillo rojo con ventanas blancas de guillotina, la silueta negra de los árboles, con todas sus hojas, recortada contra el cielo. Jamás volvería a ver nada de aquello.

La partida siempre es esclarecedora, aunque mucho más en un barco. En un momento, estás atado a la tierra por una cuerda, y al siguiente ya no lo estás. Estás unido a una nación y a su gente, y acto seguido aflojas el lazo. La emigración engloba dos fuerzas: la de atracción (hacia donde te diriges, o hacia donde imaginas que te diriges) y la de liberación (por lo que dejas atrás, o lo que imaginas que dejas atrás).

A medida que se alejaban, se fue haciendo evidente que su antigua vida acababa y una nueva empezaba. Maurice era libre.

El mar estaba revuelto y espumeante cuando atravesaron la bahía de Lyme. Maurice fue bajo cubierta para reparar una válvula del sistema de agua dulce que goteaba. Al volver arriba, se encontró a Maralyn sentada en el puente de mando, sollozando. Era por los acantilados de Devon a lo lejos, le dijo. Una última imagen de Inglaterra. No hay nada como ver un lugar por última vez para borrar sus imperfecciones.

Las exigencias del barco no tardaron en acaparar la atención de ambos. Maralyn se mantenía ocupada con las tareas rutinarias. «Rápidamente se animó», escribió Maurice.

En Falmouth, esperaron al viento del norte, que los haría cruzar la bahía de Vizcaya hasta España. Para matar el tiempo, desmontaban aparatos y volvían a montarlos, comprobaban cabos y velas, estibaban de nuevo los pañoles. Todo eran cosas que ya habían hecho, una y otra vez.

Todos los días iban a la oficina del capitán del puerto para estudiar las previsiones meteorológicas, expuestas en minuciosos informes de las condiciones atmosféricas y los patrones de movimiento de las altas o bajas presiones. Por fin, Maurice detectó un anticiclón formándose en el noroeste de Irlanda. Era la señal que habían estado esperando. Zarparon al día siguiente.

Al cruzar la bahía, famosa por su mal tiempo y sus aguas embravecidas, dejaron de avistar tierra por primera vez. Maurice sintió una liberación, como si un músculo tenso durante mucho tiempo se aflojara. Navegar siempre era algo liberador, pero había una diferencia visceral entre navegar por el litoral, con sus ciudades y montes a la vista, y navegar en mar abierto, donde ya no había rastro de otras personas, como si, en realidad, nunca hubieran existido. Todo aparte de ellos había desaparecido.

Tras cinco días en el mar, alcanzaron la costa gallega, invisible entre la niebla. Fondearon en el puerto de Viveiro, cuyas antiguas murallas antaño habían resistido ataques piratas y encerrado plagas. Luego poco a poco fueron navegando hacia el sur: Cedeira, Ferrol, La Coruña, Camariñas, alrededor del cabo Finisterre, Corcubión, Muros, Arousa, Pontevedra, junto a las islas Cíes, y por último hasta Bayona, cuyo puerto está dominado por una fortaleza.

En el club náutico de Bayona se ducharon y repostaron combustible y agua. El puerto deportivo estaba concurrido, unos pegados a otros, los barcos se daban empujones. Conocieron a sus vecinos, Brian y Sue, una pareja inglesa que tampoco tenía hijos y también planeaba cruzar el Atlántico: coincidencias cargadas de significado.

Organizaron cenas en ambos barcos. Hasta Maurice disfrutaba de la compañía, pese a que Brian no tenía nada que ver con él; ágil y musculoso, a gusto en su cuerpo y en el mundo, era la clase de persona que fácilmente podría haber hecho que Maurice se sintiera un inepto. Pero socializar en el agua era distinto: todos eran marineros, como él, siempre pensando en continuar el viaje, obsesionados con los barcos. La conversación estaba servida: comparar aparejos, provisiones, el tiempo. Y a Maurice esa conversación se le daba bien, dominaba esa lengua. Se le daba bien navegar. Lo hacía sentir competente. A menudo se veía ayudando a otros cuya poca preparación juzgaba deplorable.

Siguieron a Brian y Sue hasta Cascáis, en Portugal, luego hasta la isla de Madeira, a setecientas millas de distancia, en el Atlántico. Justo antes de medianoche vieron parpadear las luces del puerto de Funchal y oyeron un grito en la oscuridad. Allí estaba Brian, en su bote inflable, guiándolos para echar el ancla.

Los cuatro exploraron la isla, sus bosques de pinos y montañas, sus arroyos y cascadas, sus casas portuguesas. Fueron a pasear por las colinas y visitaron un monasterio. «No recuerdo si se trataba de una orden de clausura, pero sí que nos sirvieron un té y unos pasteles riquísimos», anotó Maurice. Bajaron corriendo y cogidos de la mano las empinadas calles adoquinadas de la isla.

Una tarde el barómetro cayó en picado por una repentina pérdida de presión en el aire. Nubes negras cruzaban el cielo a toda velocidad. Tuvieron el tiempo justo para prepararse: comprobar las anclas y sacar las defensas, una especie de parachoques flotantes, para proteger el barco. Desplegaron su dispositivo de emergencia y la ropa impermeable, por si acaso. Nunca habían visto llover de esa manera. Cuando la tormenta arreció, el viento era tan fuerte que el anemómetro dejó de poder medir su velocidad. Los relámpagos iluminaron la costa y alcanzaron a ver cómo los barcos vecinos tensaban las cadenas de sus anclas. Maurice oyó un estruendo que se alzaba por encima del ruido del temporal, luego vio un muro de agua que irrumpía en el puerto a través del canal, arrastrando peñascos desde las colinas. En el torrente, Maralyn creyó ver una vaca. Una lancha motora se soltó de su atraque y empezó a rebotar entre las embarcaciones como una bola de *pinball*. Maurice la remolcó hasta que pudo sujetarla a un atraque y, de camino, acercó a una joven pareja alemana que quería huir de la tormenta y pasar la noche en un hotel. Maurice, impertérrito ante las inclemencias del tiempo, no sintió ninguna necesidad de seguir su ejemplo. En cuanto los dejó, regresó junto a Maralyn, y los dos pasaron la noche despiertos, escuchando cómo bramaba la tormenta.

Al día siguiente estuvieron horas desenredando anclas. «Madeira había perdido parte de su encanto», concluyó Maurice. Entre la bruma de la tarde, partieron rumbo a las islas Canarias.

Cinco días más tarde, Maralyn se precipitó bajo cubierta. Maurice, inclinado sobre el mapa, trazaba su punto de situación. Ella lo subió a rastras a cubierta y señaló el horizonte, donde podía verse, elevándose a 3.715 metros de altura sobre Tenerife, el pico del

volcán Teide, cuya punta atravesaba un anillo perfecto de nubes blancas. «Con cierta displicencia, Maralyn me preguntó por qué perdía el tiempo averiguando nuestra posición cuando, mirando de frente al horizonte, teníamos un blanco tan inconfundible al que apuntar», escribió Maurice. Lo único que él debía hacer era levantar la cabeza y mirar.

En Tenerife conocieron a otros navegantes transoceánicos, que también estaban allí esperando su momento. Brian y Sue de nuevo; otra pareja, Nevil y Sheila, con sus dos hijos pequeños; y Anne y David, «un laudista de fama internacional». Maurice lamentó su escaso conocimiento del laúd, o de su repertorio.

Una mañana, durante el desayuno, Brian llamó con los nudillos a su casco.

—¡Ya están aquí! —exclamó.

Los vientos alisios. Maurice se afeitó. Hubo una última cena en el hotel del laudista, a la que Maurice asistió en calcetines, después de atropellarse el pie con un carrito de la compra lleno en el supermercado y romperse un dedo.

A la mañana siguiente, abandonaron el puerto de La Palma junto a Brian y Sue; las dos parejas gritándose una a otra mientras sus barcos surcaban el agua. Al amanecer del día siguiente, sus amigos habían desaparecido de su vista. Igual que todo lo demás. Las embarcaciones a motor no dependían de los vientos alisios y podían tomar una ruta más directa a través del océano. No veían ningún barco, ningún avión, nada de nada.

Maurice se sumió en un estado casi sublime. Los puertos, con sus clubs náuticos, su cháchara y su ajetreo, podían distraerte durante un rato, pero la gran liberación de la navegación oceánica, la ruptura con la tierra y sus habitantes, era lo que siempre había ansiado. De horizonte a horizonte se extendían una masa ininterrumpida de agua y un cielo abierto. «Estábamos felices con nuestro aislamiento y en paz con todos y con el mundo», escribió.

La travesía desde las Canarias hasta el Caribe les llevó veinticuatro días. Cerca de 2.700 millas oceánicas. A Maurice le gustaba decir que navegaban «guiados por la intuición», pero, en realidad, sus métodos eran muy técnicos y dependían de toda una colección de instrumentos.

Maurice contaba con una brújula, una corredera (pequeño mecanismo giratorio que se arrastraba por el agua y calculaba la velocidad a la que viajaban) y un anemómetro, «nuestra única concesión a los aparatitos electrónicos», que medía la velocidad de los vientos de la zona. Pero el más útil era el sextante, un instrumento manual con pinta de telescopio que los navegantes usan desde el siglo XVIII para guiarse por las estrellas. El sextante mide la distancia entre dos objetos, normalmente el horizonte y el sol o la luna o las estrellas. Por la noche, Maurice y Maralyn determinaban las estrellas que emplearían, escogiendo cinco que fueran brillantes y con el ángulo más amplio posible. Luego, al amanecer o el atardecer, cuando tanto las estrellas como el horizonte eran visibles, Maurice miraba por el telescopio del sextante y «observaba la altura», anotando la hora en su cronómetro, un

preciso reloj marítimo. Con esta información, y consultando su *Almanaque náutico*, que recogía la situación de los cuerpos celestes durante cada hora del año, podía calcular dónde estaban en sus cartas.

Maurice se deleitaba con esta tarea. Le encantaban los números y diagramas, el proceso de cómputo. Leía los diarios de Cook, repletos de sus cálculos, cada medida sumamente precisa, cada minuto, cada segundo. «Para nosotros, el océano infinito se extendía hasta cuatro horizontes, pero a mí siempre me maravillaba y me complacía saber en qué parte de él nos encontrábamos», escribió. Que sí, que la infinitud estaba muy bien, pero él podía abarcarla en una suma.

Los veinticuatro días siguieron un ritmo marcado por el sol. Desayuno al alba, después a trabajar, despejando la cubierta de peces voladores, que anidaban en el barco como si hubieran llovido del cielo durante la noche. La mañana siempre los obsequiaba con una tarea urgente: una vela que rozaba, sedimento en el depósito de combustible, una filtración de agua en cubierta.

Después de mediodía, cuando el sol apretaba, descansaban, jugaban al ajedrez, leían. Todos los estantes de sobra estaban cargados de libros, que intercambiaban por material nuevo en los clubs náuticos por los que pasaban. Maralyn cosía, bordaba su montón de banderas de señales y de cortesía, que ondeaban al entrar en puertos extranjeros.

Al atardecer, preparaban el barco para la noche. Maralyn cocinaba, y luego cenaban. Cuando oscurecía, con el cielo estampado de estrellas, apagaban todas las luces a bordo excepto la de una única

lámpara de petróleo. Durante la guardia, trataban de hacer el menor ruido posible, para no molestar el sueño del otro.

Hacía calor todos los días, sin excepción. Cielos despejados y vientos ligeros. Dejaron de ponerse ropa, ni siquiera chalecos salvavidas. No parecía tener mucho sentido.

Llovió tres veces, su única oportunidad de lavarse. Cuando veían que las nubes se acumulaban, se enjabonaban deprisa y se quedaban debajo de la ducha de lluvia, esperando que durara lo suficiente para poder enjuagarse la espuma de todo el cuerpo.

No veían casi nada, aparte de los peces voladores y un banco de delfines que daban la impresión de estar de pie, apoyados en la cola, como si les ofrecieran un espectáculo.

Pero ni una sola ballena. En sus diarios, Cook había registrado inesperados encuentros con la fauna, entre otros, con numerosas ballenas. Al hacerlo, había provocado «un holocausto en los siglos venideros», escribió Maurice, al revelar a los balleneros la ubicación de sus presas. Tiempo ha el océano estaba repleto de sus gigantescos cuerpos resbaladizos, vagando a sus anchas en manadas. Ahora ya no quedaba ni rastro de ellas.

¡Tierra a la vista! Las aves la delataron, volando en círculo y lanzándose en picado para cazar peces en las cálidas aguas del Caribe. Fregatas, pájaros bobos, rabijuncos, petreles patinando sobre el agua con su panza blanca: embajadores de la costa.

Maurice vio a lo lejos un punto de luz intermitente: el faro del cabo oriental de Barbados. Eufórico, dejó dormir a Maralyn y pasó

toda la noche en vela para seguirlo, situándose en la carta para asegurarse de que ponía rumbo al punto más meridional de la isla.

Al amanecer, vio hileras ondeantes de palmeras y campos verdes que se extendían tras ellas. Los pescadores ya habían salido en sus embarcaciones. Maurice bajó a despertar a Maralyn, que se levantó de la cama de un salto, desnuda, y subió corriendo a cubierta. De pie delante de los pescadores, todavía desnuda, gritó:

—¡Pero si es igualito a Inglaterra!

Entraron a vela en las cristalinas aguas turquesas de la bahía de Carlisle, una franja perfecta de arena dorada, flanqueada por palmeras. No era exactamente Inglaterra, salvo por su nombre colonial, tomado del antiguo «lord propietario» de Barbados, el conde de Carlisle. Tal vez fuera la visión de los árboles después de tanto tiempo en el mar.

Las embarcaciones de sus amigos ya estaban allí. Nevil, Sheila y los chicos fueron los primeros en visitarlos, trepando por la borda cargados con una hogaza de pan y huevos. Brian y Sue fueron a cenar por la noche. Maurice sacó una botella de *spumante* de Asti que habían reservado para la ocasión, y todos brindaron por su triunfo. Habían cruzado un océano.

Más tarde, después de que sus invitados regresaran a sus respectivos barcos, Maurice y Maralyn se quedaron en la cubierta a oscuras, abrazados. Las luces de la costa centelleaban a lo lejos. No podían dormir, exaltados por lo que acababan de hacer, para ellos algo extraordinario, pese a saber que eran muchos quienes lo habían hecho antes. La naturaleza salvaje de un océano puede tener ese efecto: dar la sensación de que podrías haber sido el primero.

«Por raro que pareciera, ahora que todo había acabado, era difícil relajarse y verlo con perspectiva», escribió Maurice, cuya mente tendía a poner trabas a la alegría más sencilla.

Palmeras altas y manglares, hibiscos carmesíes y plumarias blancas. Remolinos de aire cálido. Después de la gran llanura gris del océano, el Caribe era un torrente de perfumes y colores. Se cobijaron en bahías, con el barco meciéndose suavemente sobre el agua cristalina y arrecifes abarrotados de peces.

En 1972, las islas todavía estaban relativamente sin explotar. Maurice sabía que aquello no podía durar. Barbados se había independizado seis años antes del dominio colonial británico y Errol Barrow, su primer ministro, quería que su país dejara de depender de las exportaciones procedentes de las plantaciones de caña de azúcar, trabajadas durante años por esclavos africanos que los británicos habían enviado en barco. En su visión de futuro, la nueva economía se alimentaría del turismo. Los viajes organizados, que en Europa se habían puesto de moda, acabarían llegando hasta allí, Maurice estaba convencido. «Aunque caminábamos entre palmeras, nos imaginábamos que de repente se erigían filas de hoteles chabacanos, con su escandalosa clientela abarrotando las playas y sus cuerpos aceitosos reluciendo al sol», escribió, capaz de aguar la fiesta hasta en el mismísimo paraíso sólo con su imaginación.

Por las tardes, sus amistades navegantes empezaron a frecuentar el Club Náutico de Barbados, que prácticamente acababa de eliminar el adjetivo «Real» de su título. El club servía té y tostadas con mantequilla, como si fuera un salón de té de los acaudalados

condados de alrededor de Londres. Maurice, avergonzado por el pasado colonial de su país, en principio puso reparos a entrar en aquel lugar. Para él, el instinto de colonización, como la caza de ballenas, era un ejemplo más de la crueldad y la imbecilidad humanas. «La explotación de otras razas en nombre "de Dios y del rey" era un disparate insolente y blasfemo», escribió.

Pero a sus amigos les gustaba el club, y el té y las tostadas con mantequilla eran gratis. Maurice, que por una vez disfrutaba de la interacción social, descubrió que sus principios se le escapaban y decidió ir con ellos. La mayoría de los días, se sentaba a una mesa bajo una palmera en la terraza que había delante de la sede del club y debatía sobre la existencia de Dios con Brian y un sacerdote suizo llamado Walter. Sus esposas no participaban, constató Maurice, pero sí escuchaban atentamente la conversación, aunque «a veces se irritaban, sobre todo Maralyn, por nuestros atrincherados postulados».

No obstante, aquello fue una época dorada. Nuevos amigos, conversaciones enérgicas, pícnics en tierra, cenas a bordo. Un día, en el muelle, Maurice conoció a un pescador local de nombre Rudy que los invitó a una fiesta en su casa. Se vistieron con sus mejores galas, remaron hasta la orilla en el bote inflable y fueron caminando hasta la casa de Rudy, ya abarrotada de invitados. «Sería muy poco apropiado por mi parte juzgar el éxito o no de una fiesta, puesto que, por naturaleza, no soy muy propenso a socializar, aunque, por la cantidad de personas presentes y el ruido, todo apuntaba a que debió de ser un triunfo», escribió Maurice, dándole aun así una oportunidad.

Maurice conversó con los demás invitados lo mejor que supo y luego se retiró a la cocina para ayudar a la mujer de Rudy a fregar los platos. Más tarde, alguien le sugirió que fuera a echarle un vistazo a Maralyn. La encontró tumbada en un sofá «¡borracha como una cuba!» y bañada en ron puro.

La metió como pudo en un taxi, pero cuando llegaron a la playa Maralyn estaba inconsciente. La arrastró por la arena hasta el bote inflable, remó hasta el *Auralyn*, la subió por la borda tirando de ella y la bajó por la escalera hasta el camarote, a la fuerza. «En adelante habría muchas más fiestas, pero Maralyn había aprendido la lección», escribió Maurice.

Las semanas pasaron deprisa; los días eran indistinguibles de tan a gusto como estaban. Al parecer, ya era casi Navidad, aunque eso no significara mucho para ellos. En isla Unión, fondearon en una laguna de aguas azules al lado de Nevil, Sheila y sus hijos. Maurice nadaba por las tardes, por las noches jugaban al Scrabble.

La mañana del 25 de diciembre, Maurice se llevó a los niños a hacer esnórquel. Oyó un chapuzón y al levantar la vista descubrió a dos mujeres desnudas que nadaban cerca de ellos. «Se mire como se mire, fue el capricho navideño más placentero de toda mi vida.»

Aun así, Maurice se preocupó por los chicos. ¿Debía sacarlos del agua y soltarles un discursito? No le salía natural ser tan directo. «Seguimos nadando como si nada y luego no se lo conté a nadie.»

Esa noche, se reunieron en el barco de Nevil y Sheila para la cena de Navidad. Nevil había improvisado unas luces de colores y se había agenciado un árbol. Abrieron las típicas sorpresas navideñas y

bebieron cerveza de jengibre casera que él y Sheila se habían llevado de Inglaterra. Una de las botellas les explotó encima a todos. ¡Alegría!

Continuaron hasta Bequia, luego San Vicente. Maralyn hizo *scones*. Santa Lucía y Martinica. Vio un caballo corriendo por la playa y cocinó rollitos de salchicha. Dominica y Guadalupe. Dieron una cena: bistecs, salchichas, patatas asadas, ponche de ron.

«Qué bien coincidir con todos de nuevo», escribió en su diario Maralyn. Pasaba los días comprando y cocinando, en una ronda constante como anfitriones o invitados.

En Antigua, fueron a un concierto de tambores metálicos o *steel band*. Alguien le tocó el trasero a Sue, y ella, hecha una furia, se lo contó a los demás. Lo consideraba una agresión sexual. Maralyn coincidía con ella. A Maurice, que no estaba muy al día con la incipiente energía feminista de la década, sus acusaciones le parecieron desproporcionadas. Trató de bromear al respecto, pero no le hicieron caso. Acto seguido, se colocó detrás de Brian, que estaba de pie junto a Maralyn, y le tocó a ella el trasero. Supo de inmediato que había cometido un error. La idea de Maurice sobre lo que podía ser gracioso no siempre era compartida con el resto. Maralyn le dio a Brian un tortazo, dando por hecho que había sido él. Maurice tuvo que intervenir para dar explicaciones. Maralyn, muerta de vergüenza, pidió perdón a Brian y luego se volvió hacia su marido. «Me miró con unos ojos que me advertían de que, por un ratito, no sería buena idea quedarme a solas con ella», escribió Maurice.

Pero las fiestas no podían durar eternamente. Después de Año Nuevo prosiguieron su viaje; el calendario lo exigía. No puedes cruzar el Pacífico a la buena de Dios. Maurice pilló un fuerte resfriado. «Maurice sigue moqueando», anotó Maralyn en su diario el 24 de enero de 1973. Los resfriados de Maurice solían durar bastante.

Una semana más tarde, zarparon de Puerto Inglés, en Antigua. Durante su travesía de diez días hasta Panamá se vieron azotados por violentas tormentas. Una ola gigante rompió sobre el barco y dobló una cruceta, un madero horizontal de la jarcia, en la mitad superior del mástil. Maralyn, que no paraba de vomitar, trató de tranquilizar a Maurice. Ya habían pasado por cosas peores, y sin duda cosas peores estaban por llegar.

Durante las largas noches «grumosas», tal como las describía Maralyn, el barco se llenaba de agua. La mañana del 7 de febrero, llegó a contar veintisiete peces voladores desparramados por la cubierta y en el puente de mando. «¡Un festín para un gato!», escribió. Uno, para su asombro, se había lanzado de cabeza por la escotilla y había caído en la sentina.

Arribaron al puerto de Cristóbal, puerta de entrada al canal de Panamá, bajo la lluvia. Sólo se tardaban unas doce horas en cruzar el canal, de ochenta kilómetros de largo, y tendrían que abonar 8,47 dólares de derechos, pero era un rompecabezas logístico. Para pasar por las esclusas, había que atar el barco a cuatro cabos de veinticinco metros de largo, y necesitaban tripulación extra para manejar las cuerdas. O contrataban a esos tripulantes a un costo muy elevado o buscaban a otros marineros que también estuvieran de paso y les ayudaran a cambio de hacerles el mismo favor.

Después de una semana de espera, apareció un velero belga tripulado por dos hermanos, Jean y Jacques, que accedieron al intercambio.

Por la mañana temprano, siguieron a un gran buque portacontenedores hasta la primera cámara gigantesca del canal, de trescientos metros de largo por treinta y tres de ancho. Al ser una embarcación demasiado pequeña para navegar sola por el canal, tenía que pegarse a la popa de una de grandes dimensiones y seguirla. El *Auralyn* parecía un perrito faldero, de esos fáciles de pisar, trotando detrás de su amo. Los estibadores les lanzaron los cabos, y ellos los ataron a sus amarras a bordo, de forma que el velero quedó fijo en el centro del cuenco de la esclusa. Las compuertas se cerraron a sus espaldas, y la esclusa empezó a llenarse con un aluvión de agua que entraba por las alcantarillas. Maurice, desesperado por comprobar que los cabos estuvieran tensos, apenas se daba cuenta de que el agua subía y elevaba el barco.

Siguieron adelante, pasando por el lago Gatún y la esclusa de Pedro Miguel, hasta alcanzar la esclusa final en Miraflores, donde el agua dulce del canal se topa con la salada del océano Pacífico y el mar convulsiona.

El Pacífico, por fin. «Seductor, infinito, para nosotros desconocido. Nuestra *terra incognita*», escribió Maurice.

En Balboa, desmontaron el barco y lo ensamblaron de nuevo. Comprobaron una y otra vez la bolsa de primeros auxilios y estibaron los pañoles. Maralyn barnizó las superficies, reparó su sacó de dormir, repintó el tejado del camarote, compraron provisiones en el supermercado y escribieron cartas a casa, incluyendo hasta un

concurso de preguntas náuticas para June. Pasaron cuatro días desinfectando el barco, recubriendo el casco con una pintura antimoluscos para protegerlo de algas y percebes. A Maurice le pareció un trabajo arduo; estuvo quejándose todo el rato por no tener las brochas apropiadas o suficiente tiempo para hacerlo en condiciones.

«Ante las constelaciones de volcanes hundidos y los atolones de arrecifes de coral que se extendían sobre un gigantesco universo marino frente a nosotros, éramos muy conscientes de que todos nuestros preparativos debían ser exhaustivos», escribió, debatiéndose entre la euforia y la angustia.

El 26 de febrero de 1973, con las primeras luces del alba, iniciaron la primera etapa de su travesía por el Pacífico, desde Balboa hasta las Galápagos. Soplaba un viento suave, el inicio de los vientos alisios del sudeste. Maurice calculaba que tardarían unas novecientas sesenta millas y diez días a vela en llegar a las Galápagos.

El océano estaba en calma. Los delfines nadaban alrededor del barco. A primera hora de la mañana, anotó Maralyn, sus largas estelas lechosas parecían serpientes en la fosforescencia.

A medida que el día iba aclarándose, con el sol emitiendo destellos en el agua, Maurice pensó que el Pacífico hacía honor a su nombre. Tranquila, cristalina y azul, el agua se extendía hasta el horizonte bajo un cielo sin nubes.

El Atlántico había sido un rodaje de prueba, sus frías aguas les eran familiares, pero el Pacífico pertenecía a otra liga: una extensión de naturaleza tan vasta que las tormentas se forman y amainan en

ella sin ser vistas. Muy por debajo de la superficie, donde todo es más oscuro que en cualquier oscuridad conocida sobre la tierra, los restos de los organismos en descomposición se hunden hasta el lecho marino y da la impresión de que no para de nevar. La profundidad media del océano es de 3.900 metros. La Fosa de las Marianas del Pacífico occidental, a casi 11.000 metros bajo la superficie, es el punto más profundo del planeta. Según cuentan los pocos que han bajado, el lecho marino de esa zona es una especie de lodo gelatinoso.

Este océano, monótono y vacío, puede parecer un desierto. Pero en lo más hondo, hay paisajes, picos y valles, cordilleras montañosas enteras. Hay ballenas que duermen en vertical con sus ballenatos, o que emiten chasquidos para comunicarse mientras buscan calamares. Las crías de tortuga nadan hacia mar abierto moviendo con fuerza las aletas, hacia atrás y hacia delante.

El *Auralyn* se abría paso a su ritmo. El sol caía a plomo sobre sus cabezas. Improvisaron un toldo verde encima del puente de mando para guarecerse; aun así, Maralyn acabó quemándose el pecho. Para matar el tiempo de aquellos días largos y blancos, hacía croché y escribía en su diario, anotando lo que veían. No había mucho que escribir. «Ni barcos, ni peces.» El *Auralyn* iba trazando una única línea, fina y recta, a través de uno de los espacios vacíos del mapa.

El 3 de marzo, Maurice hizo mediciones. «M calcula que sólo faltan 325 millas», escribió Maralyn. A su ritmo habitual de unas cien millas diarias, aquello se traducía en tres días de navegación hasta llegar a las Galápagos. Nada, en realidad.

5

A las tres de la madrugada del 4 de marzo, se dieron el relevo de la guardia en silencio. De noche, el océano parecía sólo una serie de planos cambiantes de negrura. De golpe y porrazo, estaba en llamas. Estaban pasando junto a un barco pesquero, que refulgía como un parque de atracciones en medio de un terreno oscuro. La primera señal de vida humana en seis días.

Desde el barco, un reflector exploraba el agua, iluminando la superficie con círculos de blanco. Unos botes inflables se movían alrededor de los bordes del barco como si buscaran algo que se les había caído al océano. El foco pasó brevemente por encima de ellos, el reducido mundo del *Auralyn* quedó atrapado en su resplandor: Maralyn, baja y menuda; Maurice, más alto y encorvado, con el pelo clareándole en la coronilla.

Avistar el barco pesquero fue un susto pasajero, como advertir una figura que pasa ante una ventana en una casa apartada. Fue desconcertante ver movimiento y gente, algo vivo cuando no se lo esperaban, pero no tardaron en olvidar el encuentro. Es una de las liberaciones de la navegación. Todo se desvanece. Siempre estás avanzando hacia nuevos cielos, nuevas aguas. Te cruces con lo que te cruces, desaparece.

Al amanecer, Maralyn bajó de la cubierta. El sol había salido, el filo de las olas reflejaba la nueva luz del día. Encendió el hornillo y fue a despertar a Maurice, tocándole el hombro.

En el momento del choque, que lanzó los libros por los aires, sintieron la violencia en sus cuerpos. Al cabo de un segundo, Maurice ya estaba en la escalera, moviéndose como se mueve alguien en medio de una crisis, sin saber adónde va. Arriba en cubierta, se había soltado la botavara y las velas ondeaban sin ton ni son, como unas sábanas blancas tendidas en una cuerda.

Allí estaba la ballena, dando sacudidas, su sangre manaba en el océano. El tiempo se detuvo mientras la observaban forcejear con su dolor. Luego llegó el delirio, desaguaban y gritaban, se afanaban por cubrir el agujero o taponarlo, cualquier cosa con tal de evitar que el agua inundara el velero. La decisión de abandonar el barco se tomó en un instante: con un intercambio de miradas. No había nadie a quien pudieran comunicárselo, claro, puesto que no tenían transmisor de radio.

Después, todo fue pragmatismo, ejecutado en silencio. La balsa salvavidas, desatada; el bote inflable, inflado. Los bidones de agua, reunidos. Cualquier otra cosa que pudieran rescatar del camarote anegado, embutida en bolsas: latas de comida, lápices y pasaportes, cuadernos de bitácora y diarios, como si supieran que sus palabras les sobrevivirían.

Maralyn tomó fotografías mientras su barco se hundía lentamente. No dijeron ni una palabra, paralizados por la pérdida que estaba teniendo lugar. Años de trabajo, su velero, al que querían como a un hijo, estaba desapareciendo bajo la superficie, escorándose mientras

se hundía. Ni siquiera parecía particularmente dañado, sólo torcido y abandonado.

Es posible que ahora mismo siga ahí abajo. Al menos pedacitos de él. La madera se habrá podrido, el metal, oxidado. La sal corroe. Las bacterias, peces, crustáceos y moluscos habrán consumido todo lo consumible. Pero todavía quedarán partes, pequeños objetos indestructibles. Se habrá convertido en su propio ecosistema, la fauna abisal habitará entre sus restos.

Se cree que en el fondo del mar yacen alrededor de tres millones de pecios, un mundo de sombras, en su mayor parte inexplorado. En 1628, durante su viaje inaugural, el *Vasa*, un buque de guerra sueco, se hundió a una milla de la costa frente al primer y único viento fuerte con que jamás se toparía. Cuando tres siglos más tarde lo rescataron, en 1961, su casco seguía intacto en gran parte. Los arqueólogos marinos hallaron ropa y monedas, cubiertos y herramientas.

El *Titanic*, sin embargo, pronto desaparecerá por completo. No pueden sacarlo: demasiado hondo, demasiado difícil. En 1986, durante la primera expedición tripulada a su pecio, a 3.800 metros de profundidad, sobre el fondo del Atlántico, un robot submarino sacó fotos de pares de zapatos juntos, todavía intactos, gracias a los taninos del cuero. Cada par marcaba el lugar de reposo final de un cuerpo, que el mar había hecho suyo hacía mucho tiempo.

SEGUNDA PARTE

1

Flotaban por separado. Maralyn en la balsa salvavidas, Maurice en el bote inflable. Ninguno de los dos hablaba. El silencio, salvo por el golpeteo de las olas, parecía tener su propio peso.

Maralyn amarró las cosas que habían salvado alrededor del borde de la balsa. En caso de duda, haz cosas. Siempre hay algo que hacer. Todas las embarcaciones, las viviendas, por pequeñas y endebles que sean, requieren un sistema.

Las paredes de la balsa, de 1,40 metros de diámetro, consistían en dos aros inflados. El suelo era una única capa de material vulcanizado. Un tercer tubo semicircular formaba un arco de un lado a otro del tubo superior y sostenía una capota de color naranja chillón. Todo junto parecía una especie de tienda de campaña flotante. A un lado estaba la entrada, cubierta por una portezuela, y al otro lado había un conducto de ventilación y una ventanita vigía, protegida por otra portezuela de tejido.

Dentro, junto a uno de los bordes, Maralyn colocó la bolsa para velas llena de ropa, una caja de plástico que contenía los libros de navegación, y un bidón de plástico de un galón (3,785 litros) lleno de agua. En el lado opuesto puso otro bidón de agua, un estuche que contenía el sextante, un barreño de plástico lleno de latas de comida, el hornillo de butano Camping Gaz y un cubo de plástico

vacío para coger agua. En medio, dejó un pequeño espacio para que ellos se sentaran, uno frente al otro. No tendrían sitio para tumbarse.

A su alrededor flotaban objetos que habían saltado del *Auralyn* mientras se hundía. Maurice, remando con el bote inflable, recuperó lo que pudo: cuatro bidones de agua, uno de keroseno, otro de alcohol de quemar azul, un bote de Coffee-Mate, una lata de margarina, dos lápices. Las últimas ofrendas del *Auralyn*.

Después de estibarlo todo, amarró el bote a la balsa con dos cabos de casi ocho metros, una tarea, en principio sencilla, para la que le dio la impresión de que empleaba muchísimo más tiempo del necesario, remando de acá para allá entre ambos. Su cuerpo parecía haber olvidado qué hacer. Por fin, las dos embarcaciones, como prisioneras, acabaron atadas.

Maurice descansó un momento. Miró hacia donde estaba Maralyn y la vio llorando.

Si un barco se hunde, es culpa del capitán. No se puede culpar a nadie más. La capitanía, como cualquier liderazgo, consiste en una serie de decisiones, y él había tomado las equivocadas. Era más que evidente.

¡Y pensar en todas las cosas que podría haber hecho de otro modo! Podrían haber zarpado de Panamá un día más tarde. Tomado una ruta más hacia el sur. Tal vez nunca se habrían topado con la ballena. Y aunque hubiera ocurrido, seguramente habría una forma de salvar el barco. Al fin y al cabo, habían tenido tiempo, cuarenta minutos desde el impacto de la ballena hasta que empezó a

hundirse. ¿Habían renunciado a desaguar demasiado pronto? Quizá, si hubieran seguido taponando el agujero, podrían haberlo estabilizado el tiempo suficiente para achicar el agua. Había sido su hogar, su futuro, y él se había limitado a ver cómo se sumergía, impotente. Era un fracaso suyo, tan total y personal como cualquier otro que hubiera conocido. Otra persona, alguien mejor, habría sabido qué hacer.

Maralyn lo convenció para que fuera a sentarse con ella en la balsa. La capota al menos los resguardaría de las quemaduras del sol cuando estuviera en lo alto. Uno frente a otro, con las piernas alineadas como lápices en una lata, repasaron lo que había ocurrido. ¿Y aquel buque pesquero con el que se habían cruzado cuando se habían dado el relevo para la guardia? Puede que fuera un ballenero. Puede que aquellos pequeños botes y el proyector estuvieran buscando una ballena que habían arponeado pero no habían logrado capturar. Puede que la ballena hubiera escapado, herida y furiosa, los hubiera seguido durante el resto de la noche y hubiera chocado con ellos en una especie de ataque por venganza a un blanco equivocado. Era sólo una teoría, pero de algún modo reconfortaba más que la idea de que todo había sido pura casualidad, pura mala suerte. Que su velero se había hundido sin motivo alguno.

Sopesaron sus posibilidades. Maurice, siendo franco, pensaba que estaban condenados, pero no lo decía. A Maralyn le dijo que estaban cerca de una ruta marítima, lo cual era cierto, y que probablemente los avistarían pronto, lo cual no lo era. Por el momento, el único navío con el que se habían cruzado en el Pacífico había sido aquel buque pesquero. Recordemos a Hiscock: puede que sólo vieras un

único barco en un mes, y era poco probable que otro pasara lo bastante cerca de la balsa para avistarlos.

Maralyn se preguntaba si los amigos con los que debían encontrarse en las Galápagos darían la voz de alarma. Alguien se percataría de que no habían llegado. Pero aquello ocurría todo el rato, Maurice lo sabía. Quedáis en que os veréis en el siguiente puerto, pero vuestros caminos no se cruzan. Alguien toma otra ruta, o cambia de planes; interviene el mal tiempo. Aunque dieran la voz de alarma, ¿de qué serviría? ¿Cómo buscas a dos personas en medio de un océano?

No tenían radio, ni motor. Ninguna forma de avisar a nadie de lo ocurrido, ni de llegar a ninguna parte. Sería imposible avistar sus dos pequeñas embarcaciones inflables en aquella inmensa extensión de agua. Como una mercancía que cayese por la popa de un portacontenedores, nadie los echaría en falta hasta que la corriente los arrastrara hacia una costa a miles de millas de distancia.

Qué sensación de control le había dado navegar a Maurice, qué capacidad de acción. Durante meses había aprovechado el poder de los elementos, usándolos como combustible. Había surcado los mares al galope, como si fuera su amo. Ahora, el viento podía zarandearlos a su antojo.

2

Establece una rutina. Mantén el orden. No permitas que las estructuras se desmoronen. En lo más hondo, Maralyn sabía todo esto.

Cuando acabó de llorar, se concentró en lo que tocaba hacer. Era por la mañana. La mañana implicaba desayunar. Untó unas cuantas galletas con margarina y una fina capa de mermelada, y comieron en silencio.

Si sus comidas iban a consistir en eso, pensó Maurice, les entraría hambre rápido.

Luego qué. Maurice se dio cuenta de que había muy poco que hacer, una situación que chocaba con todo lo que él asociaba a estar en el mar. El día, como el océano, se extendía ante ellos, vacío e informe.

—¿Qué diantres podemos hacer para mantenernos ocupados? —preguntó.

Maralyn le dijo qué libros habían rescatado, el Hiscock y una biografía de Ricardo III. Maurice refunfuñó. La vida de un rey del siglo xv no parecía venir al caso, y el Hiscock lo había leído ya mil veces. Además, ¿de qué servía una guía práctica para circunnavegar el globo cuando su barco yacía en el fondo del océano? Los

sermones de Hiscock sobre el arte de la navegación se interpretarían ahora como simples pullas.

Maralyn insistía. Con esos libros empezarían su biblioteca cuando volvieran a casa. Maurice sintió un arrebato de frustración. ¿Acaso ella no veía que apenas había espacio para la comida, mucho menos para libros?

—No importa. Podemos leerlos, analizarlos frase por frase y debatir sobre ellos —dijo Maralyn.

Él sabía que ella tenía razón. Necesitarían estímulos para mantener la mente ocupada. Entretenerse era esencial. Fíjate en Maralyn: organizando, ordenando, limpiando la balsa como si fuera la sala de estar de su casita de Allestree. La actividad limitaba los peligros del pensamiento.

Todo lo que poseían en el mundo estaba ahora colocado a su alrededor, en menos de metro y medio de balsa. Maralyn confeccionó un inventario.

2 barreños azules
1 cubo redondo
1 cubo alargado
1 papelera de plástico
2 cojines
2 toallas
1 cámara
2 bolsas para velas
2 chaquetas y pantalones impermeables
1 prismáticos
1 lámpara Tilley

1 mazo
1 sextante
1 brújula
2 libros
2 diccionarios
1 hornillo Camping Gaz
1 linterna
1 tijeras
1 alicates
2 platos
2 tazas
2 cazos (pequeños)
1 bolsa de ropa
1 reloj de bitácora
libros de navegación
papeles del barco y bitácora
2 diarios
cuchillo de marinero y pasador de cabos
1 caja de fósforos de seguridad
2 lápices
1 rotulador (encontrado en el bolsillo del impermeable de Maralyn)

Bolsa de emergencia: kit de primeros auxilios, cuchillo, tenedor y cuchara por cabeza, navaja, brújula de senderismo pequeña, pastillas de vitaminas, glucosa, papilla de bebé Heinz, frutos secos, dátiles, cacahuetes y cantimploras

Luego hizo otra lista con la comida que les quedaba.

2 latas	*relleno de pastel de carne y riñones*
1 lata	*arroz con leche Ambrosia*
2 latas	*pastel de carne y riñones Fray Bentos*
2 latas	*carne picada Tyne Brand*
2 latas	*estofado de carne Wall's*
1 lata	*raviolis Sainsbury's*
1 lata	*curry*
3 latas	*sardinas*
1 lata	*fiambre de cerdo Wall's*
1 lata	*rollo de jamón y queso*
6 latas	*espagueti boloñesa Campbell's*
1 lata	*margarina Blue Band*
2 latas	*leche evaporada Carnation*
2 latas	*leche condensada Carnation*
1 lata	*melaza Tate & Lyle*
1 lata	*cacahuetes Big-D*
4 latas	*papilla bebé Heinz*
1 paquete	*nueces de Brasil Whitworth's*
½ paquete	*dátiles*
1 bote	*pastillas de vitaminas Boots Multivite*
½ bote	*Carnation Coffee-Mate*
½ bote	*mermelada Robertson's*
4 paquetes	*galletas Carr's*
½ bote pequeño	*glucosa en polvo Boots*
1	*tarta Dundee Huntley & Palmers*

No era mucho. Treinta y tres latas, un puñado de dátiles y frutos secos. Una tarta Dundee, reservada para su cumpleaños, el 24 de abril. Seguro que para entonces los habrían rescatado y podrían comprar otra. La tarta, como todo lo demás, habría que comérsela lo

más despacio posible, en finas porciones diarias. La ración de agua, por otra parte, era de sólo medio litro al día, de los bidones del bote inflable. Una taza para desayunar, con tres cucharadas de Coffee-Mate, y luego más a la hora de comer y de cenar. Hasta que lloviera y encontraran el modo de recogerla, tendrían que dosificar sus limitadas provisiones de agua para que les duraran.

Maralyn estableció un horario, calculando sus raciones diarias.

(7.30 h) Desayuno	*trozo de Dundee + margarina*
	taza de agua (entre dos)
10.00 h	*1 caramelo de azúcar y mantequilla*
Almuerzo 12.00 h	*Frutos secos, un dátil cada uno, galleta jengibre*
	1 taza de agua × 2
Cena 18.00 h	*1 lata carne × 2*
	1 taza de agua

Si eran estrictos, calculaba que podían estirar la comida para que les durara unos veinte días, que sonaba como muchísimo tiempo para estar atrapados en una balsa en medio del océano.

Aun así, Maralyn era optimista. Sabía que las Galápagos estaban cerca. Maurice, que sabía más de vientos y corrientes, no le dijo lo improbable que era que el viento les soplara en la buena dirección. Se descubrió preguntándose si tendrían suficiente gas en el cartucho para suicidarse.

Les sería de ayuda, al menos, saber dónde estaban. Mediante su brújula y su carta marina, Maurice calculó que se encontraban a

doscientas cincuenta millas al norte de Ecuador y a casi trescientas al este de las Galápagos. Si estaba en lo cierto, eso significaba que estaban cerca de una ruta marítima, pero demasiado al norte para que la corriente los arrastrase hacia el oeste y las islas. El viento del sudeste los empujaría aún más al norte. Si a la deriva avanzaban unas veinticinco millas diarias, tardarían unos doce días en alcanzar la longitud de las Galápagos. Pero ¿cómo iban a bajar hasta allí?

El bote inflable tenía remos, pensó. Podían remar. Si se turnaban remando hacia el sur unas diez millas al día, tarde o temprano alcanzarían la latitud de las islas. No estaba seguro de que fueran capaces de remar diez millas diarias con la balsa salvavidas a remolque. Tal vez debieran desatarla. Pero en el bote no había donde guarecerse. ¿Y si se hundía? No tendrían un plan b. ¿Por qué cada problema parecía contener más problemas?

Ya no se sentía capaz de tomar una decisión. Maralyn sabría qué hacer.

Después del almuerzo, un puñado de cacahuetes por cabeza, mencionó la idea. Maralyn se convenció de inmediato.

—Tendremos que remar de noche. En las horas de más calor sería imposible —dijo.

Si estaba demasiado oscuro para consultar la brújula, podrían guiarse por las estrellas. Empezarían esa misma noche, dijo ella, turnándose para remar cada dos horas.

Maurice cayó en la cuenta, en ese preciso instante, de que su capitanía había terminado. Cualquier posibilidad de fingir que de algún modo él estaba al mando se había esfumado. Lo único que podía ofrecer eran dudas.

—¿Qué distancia crees que puedes remar en dos horas? —dijo.

Su tono debió de delatarlo.

—Tenemos que intentarlo —respondió ella.

Cuando el sol se ocultó bajo el horizonte, cenaron por primera vez en la balsa. Una lata de su colección, que Maralyn calentó tres minutos en un cacito encima del hornillo. El cartucho de gas estaba por la mitad y no tenían ningún recambio, pero si estaba atenta a cuánto usaba, debería durarles lo suficiente para calentar todas las latas. Se fueron pasando el cazo, cogiendo una cucharada cada vez, en silencio. «De postre», escribió ella, se comieron una galleta cada uno.

Cuando acabaron, Maurice sugirió esperar al día siguiente para empezar a remar. Pensaba que en veinticuatro horas más tal vez alcanzaran el centro de la ruta marítima, que pasaba al sur de las Galápagos. Había una posibilidad, una remota posibilidad, de que alguien se cruzara con ellos. Maralyn asintió.

Mientras se preparaban para su primera noche en la balsa, se dieron cuenta de que los tubos inflados ya estaban ablandándose, por lo que la base se hundía. Maurice buscó la bomba de emergencia. Pffft. Pffft. Era ridículo, la verdad, que lo único que los separara del océano fuera ese metro cuarenta de material fino.

El aire se enfrió. La oscuridad inundó el cielo. Le siguieron las estrellas, una a una, luego en franjas, su luz parpadeaba sobre el agua en movimiento.

No era precisamente lo que uno entendería por dormir. No podían estirar las piernas y no tenían sábanas ni mantas, sólo impermeables, su ropa y la capota de la balsa. Como no podían

tumbarse los dos a la vez, se turnaban. Maralyn se acurrucaba hecha un ovillo mientras Maurice se quedaba sentado de guardia. Luego cambiaban. Como él era más grande, ocupaba casi todo el sitio hiciera lo que hiciese. Estaban tan hundidos que casi parecía que estuvieran dentro del agua, tan cerca de la superficie que notaban todos los chapoteos y zambullidas.

La brisa se enroscaba alrededor de sus cuerpos. Había algo vivo en ellos, el tipo de inquietud primigenia que impide que una mente se rinda al sueño. En el *Auralyn*, el océano se veía atemperado por la dura madera del casco y la superficie rígida de la litera. Ahora el agua se hinchaba bajo una capa de tejido, el tipo de movimiento frente al que los músculos, que anhelan dejarse llevar, empiezan a tensarse. Sin apoyos, sus cuerpos registraban cada vaivén, la inseguridad de cada una de las olas.

3

Al alba, despertaron ante un cielo vacío, un océano vacío. Nada que ver salvo a sí mismos, ya obsesionados por la sed. Se turnaron para echar un trago del medio litro que tenían asignado. Una cantidad tan patética sólo revelaba la hondura de su necesidad.

Maurice comprobó los bidones que había en el bote y descubrió que quince litros se habían contaminado de agua del mar. Necesitaban lluvias, pero el cielo era de un azul despiadado. No parecía dispuesto a cambiar, como si su único estado posible fuera despejado. Estaban acostumbrados a moverse rápido por el agua, cortando el aire a su paso. Ahora que estaban quietos, el calor los encerraba como una tumba. Desde el mediodía hasta las cuatro, se escondían bajo la capota de la balsa, remojaban en el mar la ropa que no llevaban puesta y se la extendían sobre el cuerpo.

Se pasaban el día buscando algo, un barco, lo que fuera. Pero ellos eran la única anomalía, el único árbol en medio de una extensa llanura que atrae los rayos y arde.

La segunda noche, bajo una luna alta y clara, empezaron a remar. Maurice encajó la brújula entre dos bidones de agua para comprobar que avanzaban en la dirección correcta. En cuanto se hundió la luna,

se guió por las estrellas: la estrella polar, baja en el horizonte septentrional, Orión, la Cruz del Sur y las siete puntas brillantes del Carro.

El problema no era tanto tener que remar, pese a ser cansado y doloroso, sino tener que remolcar el bote tras ellos. Cada vez que Maurice tiraba de los remos, el bote salía disparado hacia delante y luego, cuando el cabo que lo unía a la balsa se tensaba, se detenía bruscamente y perdía ímpetu. Entonces la balsa avanzaba a su vez y lo alcanzaba. El movimiento parecía, a lo sumo, simbólico, un empujón desganado. Todo aquel esfuerzo físico para apenas moverse. Era como arrastrar cuesta arriba a un niño cansado, con su peso tirando de ti hacia abajo.

Remaron, dos horas uno, dos horas otro, durante ocho horas, hasta que el sol salió de nuevo. Maralyn creyó oír un avión sobre sus cabezas, el característico zumbido de los motores, pero cuando miró no había nada. Mar adentro, como en el desierto, daba la sensación de que las cosas aparecían y desaparecían.

Para no deshidratarse mientras remaban, Maralyn duplicó la ración de agua. No sirvió de nada. Su sed cada vez era más parecida a una enfermedad, a un dolor punzante que infectaba cada pensamiento. Estaban agotando rápidamente sus provisiones. Maurice no estaba seguro de que lograran remar la distancia suficiente para alcanzar la latitud apropiada antes de quedarse sin agua. Maralyn se negaba a quejarse, o a darse por vencida.

«No podía desilusionarla», escribió Maurice, aunque sí que lo intentaba. En cambio Maralyn le recordaba que la estación lluviosa estaba al caer. Las lluvias llegarían.

Por la mañana Maurice hizo una observación con el sextante, ansioso por saber cuánto habían avanzado después de remar toda la noche. Era imposible llevar a cabo la medición con una precisión exacta: el bote estaba en constante movimiento por el oleaje del océano e iban tan hundidos en el agua que su línea de visión quedaba a menos de un metro por encima del mar. El horizonte estaba por lo tanto más cerca, lo que hacía sus estimaciones menos exactas. Calculó que, aproximadamente, habían remado poco más de cuatro millas hacia el sur y la deriva los había arrastrado casi treinta millas hacia el oeste. ¡Cuatro millas! Una distancia ínfima.

Maralyn vio nubes a lo lejos. Debían de haberse acumulado sobre las Galápagos, pensó. Al fin y al cabo, las islas no podían estar tan lejos: si remaban un poquito más, llegarían. Maurice no dijo nada. ¿Qué decir ante semejante delusión?

Remaron tres noches más. Les salieron ampollas en las manos, por todas partes. Debido al agotamiento, se dieron cuenta de que sus fuerzas ya no eran infinitamente renovables. Era posible que los remos se llevaran lo que quedaba de ellas.

El 9 de marzo a mediodía, casi una semana después de que el *Auralyn* se hundiera, Maurice tomó otra medición. En cuatro noches de remo habían avanzado diez millas hacia el sur. Para alcanzar la latitud de las Galápagos, tendrían que seguir al mismo ritmo al menos diez noches más, pero la corriente los estaba llevando hacia el oeste más rápido de lo que remaban. Según esa lógica, nunca llegarían a las islas, por mucho que remaran.

Todo el esfuerzo había sido en vano. Debían parar, propuso Maurice, ahorrar el esfuerzo a sus cuerpos y sus últimos litros de agua, y esperar a que pasara un barco.

Maralyn se lo pensó un rato. Luego se subió al bote, recogió los remos, los colocó de forma que se alzaran en vertical en medio de la embarcación y ató entre ambos una bolsa para velas. Si no podían remar, al menos podían hacer que el bote navegara.

Maurice no pudo contenerse.

—Así nos llevarás hacia el noroeste —le dijo.

—Y hacia una ruta marítima ¡y la costa americana! —replicó Maralyn.

Era imposible desalentarla, ni siquiera con datos palpables. Él sabía que en cuanto salieran del cinturón sin viento de las calmas ecuatoriales, era probable que se toparan con los vientos alisios del nordeste, que los empujarían hacia el sudoeste, lejos de América. Con suerte, tal vez encontraran una contracorriente hacia el este. Pero a Maralyn no le interesaba la probabilidad. Estaba obsesionada con la ruta marítima, la respuesta a sus problemas.

Maurice le repetía que el océano Pacífico no era como el canal de la Mancha, plagado de barcos. Acuérdate de Hiscock. Podían pasar semanas sin ver absolutamente nada.

4

Tras una sucesión de días azules, el cielo se llenó de nubes gruesas, apiladas hacia arriba como castillos. El océano se embraveció, las olas espumeaban. «Movimiento violento», escribió Maralyn. Los truenos retumbaban a su alrededor y los relámpagos recortaban el cielo en zigzag. La tormenta era todo ruido, todo luz; más un espectáculo que un fenómeno atmosférico. Se fue tan rápido como llegó, y sin ninguna lluvia.

Esa noche, la primera que no remaban, descansaron poco. Cuando el viento no los estaba azotando, los golpeaban las criaturas marinas, como si la tormenta hubiera despertado a los habitantes del océano. Los tiburones daban vueltas en torno a la balsa y la zarandeaban. Una tortuga se quedó atrapada entre las cuerdas del bote. Les preocupaba que pudiera mordisquearlas o arrancarle un bocado a la goma. Tardaron un buen rato en soltarla.

A primera hora del 12 de marzo, Maralyn vio movimiento en el horizonte. A pesar de la bruma matinal, que hace que las formas se insinúen y luego se disuelvan, la silueta oscura y pronunciada de un barco rumbo al este era inconfundible.

¡Un barco! Allí estaba, y a sólo una milla de distancia. Al final no habían tardado tanto. Estaban salvados.

Ella sacó y preparó las bengalas. Maurice acortó el cabo entre la balsa y el bote. Cuando el barco los alcanzó, Maralyn le pasó una bengala de humo. Él le arrancó la cinta e intentó encenderla. Nada.

—No explota. ¡Maldita sea, no explota! —gritó, y la lanzó al mar.

Probaron con otra. De nuevo lo mismo. Y una tercera. Ni luz ni humo. Las bengalas eran lo único que tenían para hacerse visibles. Agitar los brazos no funcionaba; el oleaje los ocultaba con demasiada facilidad. Necesitaban unos fuegos artificiales que resplandecieran en el cielo por encima de ellos a más de diez metros de altura.

El barco siguió navegando. La impotencia era aterradora. Estar tan cerca de personas que no tenían ni idea de que estabas allí. Maurice casi podía seguirlo a nado, bastaba con que redujera la velocidad. Quiso probar otra bengala, pero sólo les quedaban tres y ahora el barco estaba demasiado lejos para verlos, aunque la siguiente bengala se encendiera.

Lo vieron encogerse de nuevo entre la bruma. Maurice se dio por vencido y se sentó de nuevo en el bote. Maralyn siguió ondeando su chaqueta. Sabía que era inútil, pero no podía quedarse allí sentada sabiendo que había un barco tan cerca, aunque lo único que viera fuera cómo la nada absorbía su chimenea hasta desaparecer.

Desayunaron en silencio. Maralyn se preguntaba si habría sido demasiado temprano. Puede que la tripulación estuviera comiendo bajo cubierta. Habían dejado el barco en piloto automático y no había nadie en cubierta para avistarlos. Debía de ser eso. Una explicación razonable. Si hubiera habido alguien allí arriba, habría visto la balsa en un segundo. La próxima vez sería distinto; el barco pasaría más tarde, alguien se fijaría en ellos.

Cuánta energía hacía falta para no perder la esperanza, cuánta fuerza de voluntad. A decir verdad, era difícil no sentirse humillado. Todo aquel movimiento de brazos. «No podíamos creer que durante un ratito hubiéramos tenido tanta esperanza», escribió Maralyn, como si la hubieran engañado.

5

Por momentos, el Pacífico se asemeja a una tierra baldía. Otea el agua y no verás ningún movimiento, como si algún terrible acontecimiento hubiera borrado la vida del mar de un plumazo. El océano evolucionó desde un superocéano, el Pantalásico, que hace doscientos cincuenta millones de años cubría casi tres cuartos de la Tierra. No siempre seguirá siendo como es, del mismo modo que ya no es como una vez fue.

En sus zonas más profundas, las criaturas que viven muy por debajo de la superficie tienen que generar su propia luz. Los calamares arrastran tentáculos iluminados, las medusas resplandecen como girándulas y el rape abisal lleva una bombilla brillante en la punta de una varilla que le sale de la cabeza, para atraer a sus presas hacia la cueva negra que es su boca. Toda esta vida luminiscente está ahí abajo, atareadísima.

Casualmente, Maurice y Maralyn iban a la deriva en una parte del océano repleta de fauna. A tan poca distancia de las Galápagos, aquel «pequeño mundo en sí mismo» de Darwin, se encontraban muy cerca de un punto donde convergían cinco corrientes oceánicas. Las frías aguas de la corriente de Humboldt, que sube desde el Antártico cargada de pingüinos y focas, confluyen con dos corrientes ecuatoriales y la de Panamá, aún más cálida, que desciende desde

Centroamérica. La quinta corriente, la de Cromwell, profunda y fresca, surge desde unos noventa metros bajo la superficie, transportando hacia ella la materia que se desintegra de los organismos en descomposición, lo que propicia el crecimiento del plancton. Los peces acuden para alimentarse del plancton. Esos peces, a su vez, atraen a las aves. Donde hay plancton, hay vida.

Las tortugas se reunían a menudo en torno a la balsa, nadando en círculos como si jugaran. Al principio, a Maurice y a Maralyn les gustaba observarlas, hasta que el juego pareció cambiar y empezaron a zambullirse bajo la balsa, para chocar y restregarse contra el fondo antes de asomar de nuevo por el otro lado. Era como si no pararan de pegarles puñetazos en el trasero.

Maurice se preguntó si no estarían intentando arrancarse parásitos o percebes de la cabeza, o resguardarse del sol. O tal vez les gustara la sensación de rascarse con algo, como una oveja con un poste. Fuera lo que fuese, empezó a preocuparle que sus duros caparazones pudieran dañar el fino fondo de la balsa. Algunas crías tenían púas en el lomo, que podían perforar el tejido. Empezaron a ahuyentarlas a golpes con una pala de la balsa, pero seguían volviendo, sin dejarse intimidar.

¿Y si mataban una y se la comían?, sugirió Maralyn. Maurice no estaba seguro. Ninguno de los dos quería matar a un ser vivo, pero su situación era desoladora. Casi dos semanas a la deriva y ya se les había agotado el gas, las pocas latas que les quedaban tendrían que comérselas frías y el resto de sus provisiones también escaseaban. Matar una tortuga era una solución práctica: necesitaban más comida, las tortugas estaban al alcance de la mano y al mismo tiempo eran molestas. No encontraba ningún argumento en contra.

Cuando la siguiente tortuga grande se lanzó con fuerza contra la balsa y del golpe tiró el sextante, cada uno la agarró de una aleta, y entre los dos la sacaron del agua y la arrojaron al suelo del bote.

Maurice decidió primero dejarla inconsciente, para que no forcejeara ni sufriera demasiado. Levantó una de las palas y la estampó contra la cabeza del animal. Luego la sujetó bocarriba sobre el asiento del bote y Maralyn intentó decapitarla. Sus armas eran limitadas: un cuchillo de marinero desafilado, una navaja y unas tijeras de acero inoxidable. Nada parecía funcionar muy bien en su pescuezo grueso y nervudo. Tras varios minutos aserrando, apenas le había dejado marca.

La tortuga despertó y, presa del pánico, empezó a aletear. Maralyn estaba furiosa. Ya se sentía de por sí mal por estar matando a un animal, para que encima se lo pusiera todavía más difícil recordándoles que estaba viva. Maurice la agarró con fuerza mientras se retorcía para que Maralyn pudiera seguir macheteándola. Al final, le cortó una arteria y un chorro de sangre espesa salió a borbotones sobre sus manos. No tardaron en llenar un barreño que le habían colocado bajo el pescuezo. Habían oído hablar de personas que bebían sangre de tortuga, pero ellos no se animaban a intentarlo. Aún no. Cuando vaciaron el barreño en el mar, y el rojo oscuro se arremolinó en el agua, los peces acudieron en masa.

La tortuga muerta yacía ante ellos. Maralyn dedujo que cortarla no podía ser muy distinto de trinchar un pollo. Sin contar con el caparazón; eso habría que quitárselo antes. Con el cuchillo, Maurice fue separándolo por los bordes hasta que lograron arrancárselo de cuajo. Debajo descubrieron una capa de abundante carne blanca.

Maralyn fileteó cuatro tajadas de cada paletilla. El sabor no estaba tan mal: delicado y sabroso, no demasiado fuerte. Cocinada, hay quien compara la carne de tortuga marina con la de ternera. Pero ellos se la comieron cruda.

Al acabar, desecharon los restos por la borda. Mientras Maralyn se lavaba en el agua las manos llenas de sangre, una multitud de peces pululó hacia ella para chuparle los dedos. Era evidente: debían pescar.

Maurice fue en busca de los anzuelos de la bolsa de emergencia. Allí no estaban. Parecía imposible. Tenían que estar allí. Habían hecho y rehecho el equipaje, comprobado y vuelto a comprobar sus provisiones en Panamá. No se sabe cómo, pero debían de haber olvidado los anzuelos. Si alguna vez hubo un acto de mal arte de la navegación, sin duda fue aquél. ¿De qué servían todos aquellos preparativos si luego olvidabas algo tan esencial como un anzuelo?

Maralyn trepó de nuevo a la balsa y buscó los alicates y unos imperdibles. Le dobló la punta a uno para convertirlo en un gancho, luego le ató un cordel con un nudo Turle simple. Maurice la observaba, dudando de que funcionara.

—Pronto lo averiguaremos —dijo ella.

Agujereó con el anzuelo un trocito de carne de tortuga y, por el lateral de la balsa, dejó caer la cuerda en el agua. Los peces arrasaron con él, arrancándolo a bocados del anzuelo. Probó de nuevo y sucedió lo mismo. Maurice se fijó en que una parte de la carne estaba envuelta en una membrana que tal vez evitara que se desprendiera del anzuelo tan fácilmente. Le pasó un pedazo a Maralyn.

Esta vez la carne se quedó donde estaba. Casi al instante, Maralyn sacó del agua un pez plateado de un tirón. Con el cuchillo de marinero, Maurice le arreó en la parte de atrás de la cabeza hasta que dejó de moverse. Maralyn siguió pescando. Cuando reunieron lo suficiente para desayunar, Maurice destripó el pescado, luego apartó el hígado y las huevas y fileteó cada pieza por la mitad por la parte de la ventresca. Maralyn les cortó la cabeza y, con delicadeza, separó la carne de la raspa con el cuchillo. Les arrancaron los ojos, que resultaron estar llenos de un líquido que se bebieron. Cualquier cosa parecida al agua les sabía a gloria. Repartieron la carne entre dos cuencos.

Maurice comió primero, tragándose los trozos gruesos y húmedos. Maralyn se obligó a comerse un filete antes de tirar la toalla: se le había cerrado la garganta de la repugnancia que le provocaba aquella carne viscosa. Tendría que superarlo, igual que se había acostumbrado a masticar tortuga cruda. Al fin y al cabo, había muchas cosas que superar, en particular la humillación de hacer sus necesidades delante del otro, acuclillados encima de una caja de galletas vacía, en el bote. Lo llamaban su «aseo exterior».

Matar pronto se convirtió en algo mecánico. Era como pescar en un estanque abarrotado: Maurice podía sacarlos del agua sin más, uno tras otro.

Pescaban todas las mañanas y luego de nuevo por la tarde, para que la captura estuviera fresca para la cena. Maralyn propuso un sistema: un cuenco para los filetes y otro para las pieles; hígados y huevas en una taza y los ojos en una latita. A las pieles se les

raspaba toda la carne posible y luego se devolvían al agua. Las cabezas las cortaban por la mitad y extraían la carne dulce. Alguna que otra vez se comían las agallas, aunque eso les daba sed. Luego hacían lo propio con hígados, filetes y ojos. Y un trago de agua al final. Sus provisiones de agua eran ya tan escasas que le chupaban la humedad a la carne del pescado.

Las matanzas no siempre se desarrollaban sin contratiempos. La siguiente tortuga que mataron, hembra, opuso resistencia, arañándoles las piernas con sus garras. Maurice no podía sujetarla sin que se moviera. Como cerraba de golpe la mandíbula, les preocupaba que de un mordisco le hiciera un agujero al bote. Hasta bocarriba era capaz de darse la vuelta, apoyándose en los laterales del bote con las aletas. Maurice trató de agarrarla de las delanteras, pero ella forcejeó. Él sintió que la rabia se apoderaba de él, igual que Maralyn, indignado por que la criatura se molestara en resistirse. Para mantener el equilibrio, acercó los pies al cuerpo del animal. La tortuga le mordió el tobillo. No lo soltaba; tenía la quijada bien apretada en torno al hueso. Maurice tuvo que sacar el tobillo a la fuerza y se desgarró un jirón de piel. Soltó una maldición.

—Coge el cuchillo y córtale el pescuezo —le ordenó luego a Maralyn.

Había sangre por todas partes. «Qué brutal nos pareció la vida al examinar a nuestra desafortunada víctima», reflexionó Maurice. Después de aquello, descansaron en el bote y se obligaron a comer la sangre en cuanto se hubo cuajado. Luego, la habitual disección. Filetes, hígado, riñones, corazón. No había huevos, pero sí muchísima grasa verdosa, que ya casi les había acabado gustando y

que recogían con cuidado. «Nunca volveré a comer tortuga después de esta aventura», escribió en su diario Maralyn.

Más adelante, las tortugas le dieron una idea a Maralyn. Tal vez pudieran capturar una de las más grandes, atarla a la balsa y alentarla para que tirara de ellos, como un caballo delante de un carro, pero a través del océano.

Un gran ejemplar macho se les acercó lo bastante para atraparlo. Lo sujetaron bocarriba en el agua y le engancharon unas cuerdas a las patas traseras. Como si comprendiera su misión, la tortuga empezó a nadar rumbo al oeste, hacia las Galápagos. Era tan fuerte que el agua que repelía con su cuerpo formaba pequeñas olas, como una lancha motora. Capturaron otra y también la enjaezaron.

«¡Fantaseaba con arribar a puerto guiando a nuestra "yunta"!», escribió Maralyn. La visión de un conquistador, una cuadriga de romanos que aparecía sobre una colina para reivindicar el territorio. Una visión que se fue al garete casi de inmediato cuando la nueva tortuga decidió nadar a toda prisa en la dirección opuesta. Las tortugas, mientras estaban vivas, eran de lo más testarudas. Renunciaron al plan y volvieron a matarlas, salvo a una, una criaturita que no paraba de nadar de acá para allá cerca de la balsa, como si tuviera algo que contarles. Decidieron quedársela de mascota.

Todas las mañanas, Maurice la depositaba delicadamente en el agua con una cuerda atada a la aleta trasera, y el animal nadaba mientras él pescaba. Al cabo de un rato, cuando el calor apretaba demasiado, tiraban de ella para subirla y la cubrían con trapos

mojados. De algún modo, tener que cuidar a otro ser vivo aparte de a sí mismos los ayudaba.

6

Había formas de marcar el tiempo, de intentar que no se les escapara entre los dedos. Tenían la salida y la puesta de sol y los hábitos de su tortuga mascota, que lograba trepar hasta el asiento del bote y los miraba, según Maralyn, «con ojos de pena». Maralyn tenía su diario y, en la capota de la balsa, empezó a escribir un calendario. Las fechas importantes estaban rodeadas con un círculo: la Pascua cristiana, la judía, los cumpleaños. Una cruz cuando capturaban una tortuga, un signo más cuando avistaban un barco.

Maurice tenía su reloj, un Rotary Incabloc, que colgaba de un cable eléctrico de su luz de emergencia rota. A veces a Maralyn se le enganchaba el pelo en la ruedecilla para darle cuerda, y el reloj se paraba. Maurice tenía que esperar a que el sol alcanzara su cénit para ponerlo de nuevo en hora.

Maralyn cayó en la cuenta de que, en casa, la primavera estaría a punto de llegar. Inglaterra pronto se cubriría de hojas. Toda aquella energía, transformándose en verde. El país se empaparía de lluvia. «A veces puedo oler los campos ingleses, la hierba recién cortada, etc. Anhelo la vegetación y la tierra marrón, las plantas y los árboles», escribió en su diario.

Cuando se despertaba temprano, en ese intervalo entre el sueño y la conciencia en el que crecen las ficciones, se imaginaba de

camping en el Distrito de los Lagos. El naranja de la capota de la balsa era el mismo color que el de su tienda de campaña. Apretada contra el calor del cuerpo de Maurice, no le costaba creer que estaban dentro del saco de dormir y que al otro lado de la doble puerta de la tienda había colinas que se alzaban, ovejas que pastaban en campos rodeados de muros de piedra cubiertos de musgo. Casi podía oír los pájaros.

Comparada con la de la tierra, la paleta del océano era limitada. Una puesta de sol podía dar un espectáculo, pintando el cielo de rayas de colores que se apagaban, pero la mayoría de las veces tanto el agua como el cielo oscilaban entre grises y azules, o el negro de la noche. El único color que había en sus embarcaciones era una bandera que Maurice había hecho con un par de pantalones impermeables naranjas, que había atado a un remo y fijado al asiento del bote, en un intento por hacerse visibles.

El 14 de marzo, mientras se guarecían del sol dentro de la balsa, oyeron una ráfaga de aire, como si algo despegara. Cuando Maralyn asomó la cabeza, descubrió una ballena a unos seis metros detrás de ellos.

Maurice se sintió extrañamente sereno. No había nada que él pudiera hacer, lo sabía. Estaban a merced del animal. Desde la puerta de la balsa, la observaron, aunque sólo lograban ver la parte de su cuerpo enmarcada por la entrada, donde las costillas se le marcaban en la piel negra reluciente. A Maralyn le recordó a una vaca. El orificio nasal estaba casi tan cerca que podían tocarlo.

Cuando se abrió, lentamente, una enorme nube de gotitas explotó en el aire y una lluvia fina cayó sobre ellos y la balsa.

Maurice le agarró la mano a Maralyn. Si la ballena chocaba con la balsa y volcaban, le susurró, tal vez lo tuviera difícil para rescatarla. Agárrate a las cuerdas. Maralyn asintió.

Se quedaron allí sentados, en silencio; la ballena, tranquila y quieta. ¿Qué estaba haciendo? Controlar sus movimientos o hacerles compañía, quizá. En realidad no les correspondía a ellos preguntar. Eran ellos quienes se habían colado en su territorio. Después de lo que parecieron horas, pero sólo fueron minutos, vieron su mole salir disparada hacia delante y hacia abajo.

—No te sumerjas ahora —susurró Maralyn, preocupada por que un movimiento repentino los volcara.

La ballena se sumergió, pero limpiamente; los extremos de su aleta caudal, oscura contra el cielo, se alzaron de repente, para luego deslizarse bajo la superficie sin salpicar ni una gota.

Se quedaron mirando el lugar donde había estado. Ni rastro. Nada de sangre.

—Qué pena no haber sacado una foto. Nadie nos creerá cuando lo contemos —dijo Maralyn.

Maurice no daba crédito. Cuánto parecía dar por sentado: que los rescatarían, que vivirían para convertir un encuentro con una ballena en una anécdota, como si aquel calvario fuera sólo una interrupción insignificante en el transcurso de sus vidas. Nada en Maralyn parecía cuestionar que sobrevivirían.

Después de la ballena, el tiempo cambió. Seguía sin llover, pero los días se volvieron más frescos, el viento más fuerte. Las olas empezaron a levantarse. A medida que el viento revolvía el océano, el vapor de las olas se colaba en la balsa por donde la capota se unía a los tubos inflados. Maurice y Maralyn no paraban de intentar secarla, con esponjas que estrujaban por la borda. Para protegerse frente a las olas cada vez más altas, echaron al agua la endeble ancla de la balsa. Sólo aguantó un día antes de soltarse. Maurice la sustituyó por un par de pantalones impermeables que los estabilizaron lo suficiente para poder pescar. Mientras tanto, la balsa seguía meciéndose delante del bote, lo que hizo que la cuerda que los unía se enredara con una bombona de dióxido de carbono que iba pegada al fondo de la balsa y que servía para inflarla. Cada vez que el cabo se enganchaba en la bombona, la balsa se ponía a dar vueltas. Por la entrada abierta de la balsa, las olas los alcanzaban a toda velocidad. Bofetadas de océano.

Todas las gotitas que caían en la balsa humedecían la base constantemente. Iban sentados en charcos de agua, como maceteros en platillos, y el suelo les rozaba la piel. No tardaron en salirles llagas en nalgas y piernas.

Por fin, el 24 de marzo, las nubes se acumularon y llegaron las lluvias. Llevaban tanto tiempo esperándolas que había acabado pareciéndoles casi imposible que del cielo pudiera caer agua dulce y potable a manos llenas. Se olvidaron de cualquier dolor mientras pensaban en la forma de recogerla. Se fijaron en que un goteo continuo caía del conducto de ventilación y la ventanilla de vigilancia de la balsa. Colocaron un cubo debajo y al cabo de alrededor de una hora habían recogido medio litro. El agua era amarilla y sabía fatal, a

goma, probablemente por el revestimiento impermeable de la capota. La tiraron por la borda y lo intentaron de nuevo. Otra hora; gota, gota, gota. Esta tanda sabía ligeramente mejor, o quizá decidieron que no les importaba tanto. Sacaron el agua del cubo con una taza y la transfirieron a un bidón de plástico, para almacenarla en el bote.

Dos horas de lluvia para una pinta de agua gomosa no era una ecuación muy tranquilizadora, pero al menos tenían una nueva remesa que podían reponer cada vez que lloviera. Y al menos no era agua salada, que estaba por todas partes y no servía de nada.

Tras dos días de tormentas, habían logrado reponer toda el agua original. Todo aquel recoger y secar sin parar los había dejado exhaustos. La noche del 26, por fin se abrió el cielo. Maurice, en su primer turno de guardia, vio cómo los meteoritos chisporroteaban antes de desaparecer, y por un instante se desorientó; aún no se había acostumbrado a las constelaciones de aquella latitud. Poco a poco los dibujos se hicieron más nítidos y reconoció la estrella canina, Sirio, la más brillante de todo el cielo; Rigel, en la esquina de Orión; y Capella, la cabrita.

No había demasiadas formas de estar solo en pleno océano. Ellos estaban profundamente solos, pero seguían siendo ellos, enyuntados, como el bote inflable y la balsa salvavidas. Por la noche, de guardia, era distinto, como si fueran la única persona viva del universo. Iluminó su reloj con la linterna. La dejaría dormir un ratito más.

Los pensamientos de Maurice se concentraron en sí mismo. Por qué era como era. Ojalá pudiera ser distinto. Cuánto deseaba ser distinto. Toda una vida, la verdad, pensando de ese modo.

«De mis meditaciones surgieron unos propósitos claros para el futuro. Propósitos que afectarían por completo a mi actitud con la gente», escribió. Era un plan magnífico. Aquel periodo a la deriva no sería en vano. Maurice saldría transformado.

A partir de ahora, se dijo a sí mismo, escucharía con paciencia y compasión los argumentos de la gente. Era difícil tolerar a otras personas cuando estaban claramente equivocadas, pero cambiaría. Y también cambiaría su comportamiento dentro de su matrimonio. «Decidí firmemente mejorar mi enfoque egoísta ante nuestros proyectos y reducir mi ego a unas dimensiones ecuánimes», escribió.

Son cosas que vemos cuando miramos un cielo nocturno; cosas que pensamos. Normalmente, las estrellas nos dan perspectiva, una concepción de nuestra propia insignificancia que nos alivia. Maurice alzó la vista y sólo se vio a sí mismo, sólo sus defectos; la esperanza de que tal vez llegara a ser alguien mejor.

7

Tres semanas a la deriva, y el esqueleto de Maurice parecía querer buscar la forma de escapar de su cuerpo. Maralyn podía contarle las costillas. La cara empezaba a dolerles en las zonas donde el cráneo hacía presión contra la piel tirante.

Hacia finales de marzo, desayunaron el último pedazo de tarta Dundee. Tendrían que reducir las raciones a la mitad, decidió Maralyn. Daba la sensación de que el pescado y las tortugas no los saciaban. Una dieta a base de proteína cruda y agua de lluvia no era suficiente. Necesitaban patatas. Trigo. Peso.

Maralyn le preguntó a Maurice qué aspecto tenía. Maurice se mostró reacio a contestar. Siempre la había encontrado hermosa, más atractiva que nunca en el Caribe y Panamá: bronceada y esbelta, con una seguridad física y una agilidad en el barco que parecía propagarse en ondas por su cuerpo.

Ahora, le veía la cara cada día más flácida, con las arrugas cada vez más marcadas en torno a la boca y los ojos, como si envejeciera a marchas forzadas. Las escápulas le sobresalían de la espalda. Maurice descubrió que no sentía ningún tipo de apetito por ella; no en un sentido cruel, sino como si hasta la posibilidad de excitarse hubiera quedado anulada. Sentía que se había vuelto asexual, como si su cuerpo estuviera demasiado concentrado en la empresa de

sobrevivir para contemplar la posibilidad de cualquier otra cosa. Se sentaban en cuchillas sobre una lata todos los días. No era precisamente el contexto más propicio para el deseo.

En cualquier caso, el interés de Maralyn era más pragmático que estético. No le había bajado la regla desde que se hundió el barco. Podía deberse a muchas causas: estrés, agotamiento, una pérdida repentina de peso. Su cuerpo estaba apagándose. Quería saber cómo de mal andaban las cosas y necesitaba que Maurice se lo dijera. Para bien o para mal, a veces sólo podemos vernos a través de la mirada de un compañero, como si su visión fuera más objetiva, o al menos no estuviera distorsionada por nuestros propios pensamientos.

Finalmente, Maurice reconoció que tenía la cara demacrada. No tenía mucho sentido mentir. Ella ya se veía las piernas, ¿no? Magulladas y flacas, con las rótulas queriendo salírsele de la piel. Podía notar sus labios agrietados por la sed, como los de él.

Hacían todo lo que podían. Las pocas prendas que les quedaban apenas les servían, estaban pudriéndose o saturadas de sal, y al rozarles la piel les dolía, pero todavía tenían los impermeables para cuando llovía, y camisas para protegerse del sol. Intentaron lavarlas, pero el jabón se desintegraba y con el agua salada no hacía espuma. «Lo tiramos al mar indignados», escribió Maralyn, como si aquel objeto, que antes era útil, los hubiera traicionado.

Por lo menos seguían teniendo un peine. El pelo de Maurice era fácil de cuidar. No había mucho, aunque la barba le crecía deprisa. Cuando el bigote empezó a metérsele en la boca, Maralyn se lo recortó.

Ojalá su pelo fuera igual de sencillo. Todas las mañanas pasaba quince minutos tratando de desenredar los nudos. «Cuántas veces amenacé con cortármelo, ¡pero resistí!» Sería demasiado simbólico. Nadie se corta todo el pelo sin que signifique algo. Una protesta, una renuncia; un rechazo monacal del mundo. Todavía no había llegado a ese punto.

8

En la negra oscuridad antes del alba del 29 de marzo, una luz roja apareció a lo lejos por encima de las olas. Maralyn estaba de guardia. Miró la luz fijamente, reacia a creérsela. Luego vio más luces, probablemente de un tope de palo.

Maralyn despertó a Maurice zarandeándolo. Buscaron sus dos últimas bengalas. Veían que un petrolero iba hacia ellos, resplandeciente por las luces de su cubierta, y, a través de sus ojos de buey, las de los camarotes, donde habría personas durmiendo o ya despiertas, pensando, hablando. Cuerpos calientes, vivos.

Maurice intentó encender la primera bengala. No prendió. La arrojó al mar sin mediar palabra. Probó con la segunda y, brevemente, el agua, la balsa, el bote, todo se sumergió en un intenso blanco. ¿Cómo es que no los veían? Si eran lo único que había que ver.

La bengala fue apagándose, la última. El buque prosiguió su camino. Maurice hizo señales con su linterna. SOS. Como si una linterna, después de aquellas llamaradas de fuegos artificiales, pudiera servir de algo.

«Segundo barco en 25 días», escribió en su diario Maralyn. «Puede que a la tercera vaya la vencida.»

Se quedaron mirando cómo el buque seguía navegando hasta que la luz de popa fue encogiéndose hasta convertirse en un punto, otro punto más de luz en el cielo, indistinguible del resto.

El tercer barco apareció casi dos semanas más tarde, el 10 de abril. Maurice estaba pescando, y por tanto ilocalizable. Era como si estuviera otra vez en la imprenta. Ensimismado en una tarea técnica, era capaz de aislarse del mundo. Maralyn tuvo que gritar.

—¡¿Es que no ves el barco?!

Levantó la vista y no vio nada más que océano.

—¡Detrás de ti!

Se dio la vuelta. Allí estaba, un carguero navegando hacia el este, rumbo a Panamá.

—Lo he oído desde dentro de la balsa —dijo ella, asombrada de su incapacidad.

No les quedaban bengalas, así que ondearon sus impermeables. Era como si saludaran a la luna. El buque siguió avanzando, pasando por su lado a toda máquina, tan indiferente que les hizo cuestionarse su propia existencia.

«¿Éramos invisibles? Los dos estábamos muy deprimidos y no comprendíamos por qué nadie nos había visto», escribió Maralyn. Estaban en una ruta marítima con embarcaciones que iban y venían. No tenían más remedio que verlos. «Ya iba tocando un cambio de suerte, ¿no?», añadió.

La mala suerte confirmaba la visión del mundo de Maurice, pero causaba estragos en la de Maralyn. Ella creía casi en todo, salvo en Dios. Creía en la suerte y la fortuna, en que a la tercera iba la vencida. «Destino, sino, hado, llámalo hache. Creo que cada cosa que ocurre en nuestras vidas nos prepara para una prueba final», escribió. Todas aquellas penurias tenían un sentido, trazaban una senda.

Pero la pasividad frente a dichas fuerzas tampoco iba con ella. Podían forjar su propia suerte. «Si deseamos algo con suficiente ahínco, gracias a esa mera determinación muchas veces se alcanza el objetivo. Yo no quería morir e iba a hacer todo cuanto estuviera en mi mano para asegurarme de que viviría», escribió.

Desde la visión de Maralyn, estaba escrito que sobrevivirían o que se las ingeniarían para sobrevivir, un enfoque dual donde no había lugar para el fracaso. A fin de cuentas, necesitaba todos los argumentos a su alcance para defenderse frente al abatimiento de Maurice. En una situación en la que creer en la posibilidad de sobrevivir, por poco probable que fuera, era la clave de la propia supervivencia, el pesimismo de Maurice era como una carga que los hundía y los desmoralizaba. Para mantenerlo a él con vida, Maralyn tenía que mantener también con vida su esperanza, y para eso, no sólo necesitaba su propia fe pertinaz, sino algo superior a ella. Una teoría cósmica, para apoyarse en ella.

Pero Maurice no podía seguirla. «Su fe en que algún poder sobrenatural rigiera nuestros destinos jamás flaqueó», escribió. Para él era ficción pura. Como todas las ficciones, la historia de Maralyn daba forma al caos. Podía ver por qué le gustaba, por qué la seducía, pero no guardaba relación alguna con la realidad.

La situación en que se encontraba era consecuencia de su propio fracaso, evidentemente no el plan maestro de una fuerza superior. No había que buscarle más sentido al número de barcos, o al hundimiento del *Auralyn*, que a la casualidad de su nacimiento. Había dos resultados posibles: vivirían o morirían. Lo decidiría el crudo devenir de los acontecimientos. Tal vez los viera un barco, tal vez no. Tal vez se ahogaran en una tormenta, tal vez no. Tal vez murieran de hambre o enfermos, tal vez no. Podían intentar sobrevivir, pero por lo demás las cosas ocurrirían cuando ocurrieran.

A menos que se suicidaran antes, que era la única decisión sin vuelta de hoja que ellos, o para el caso cualquier otra persona, podían tomar respecto a su vida.

Cuando llegó el cuarto barco, dos días después del tercero, Maralyn lo oyó primero. Qué oído.

Se quedó de piedra, luego gateó hasta la abertura de la balsa. Era por la tarde, el sol estaba bajo en el cielo y las olas se elevaban con el viento del sudeste. No veía nada, pero el sonido ahora era nítido. Maurice finalmente oyó el repiqueteo mecánico de unos motores lejanos. Allí estaba: un barco blanco rumbo al sur, a menos de un kilómetro de distancia, apareciendo y desapareciendo a fogonazos entre las olas.

Maurice se subió al bote inflable y fue en busca de la lata de la tarta Dundee. La nueva idea de Maralyn era fabricar sus propias bengalas de humo quemando papel mojado en la lata y perchas envueltas en trapos empapados de keroseno. Maurice vertió etanol sobre el papel de la lata, la colocó dentro de un caparazón de

tortuga vacío, prendió el papel con una cerilla y luego sostuvo el caparazón por encima de la cabeza. No había suficiente humo. La dejó de nuevo en el suelo del bote, agarró una toalla mojada, extinguió las llamas y unas nubes de humo se alzaron en el aire. El viento soplaba el humo de lado, pero al menos era visible.

Maralyn ondeó su impermeable desde la balsa.

—Se está parando. ¡Ahora está virando! —gritó.

Lo estaba. Estaba virando hacia ellos. Alguien debía de haberlos visto. El barco viró ciento ochenta grados hasta que pareció mirarlos de frente.

Luego pareció detenerse, como si se lo pensara. Maralyn siguió haciendo señales, y Maurice también empezó a hacerlas, su lata ya casi no echaba humo. Si había dado la vuelta, alguien debía de haberlos avistado, una persona en el puente de mando. A lo mejor habían reparado en el humo, o en el aleteo del impermeable, un destello anaranjado cuando una ola levantaba la balsa por encima del oleaje.

Entonces, ¿por qué no iba hacia ellos? ¿Por qué volverse y no ir hacia ellos?

El barco se movía. Era difícil ver hacia dónde iba. La distancia distorsionaba las cosas. Pero parecía estar virando, estaba virando, otros ciento ochenta grados, alejándose de ellos. Luego se detuvo de nuevo, cabeceando arriba y abajo en el agua. La pausa, que albergaba esperanza, era peor.

Maurice agitó el brazo hasta que le dolió.

—Vamos. ¡No nos tengáis esperando! —vociferó.

El barco echó a navegar alejándose de ellos, prosiguiendo su rumbo. Su silueta se difuminó y su mole fue menguando hasta ser

un pequeño borrón en el cielo, luego nada. En cuanto desapareció, costaba creer que alguna vez hubiera estado allí.

Maurice miró a Maralyn. Era como si la esperanza hubiera abandonado su cuerpo. Nunca la había visto tan abatida.

—¿Cómo han podido no vernos? —se preguntó, sin dar crédito.

Él intentó consolarla. El sol estaba bajo. Seguramente el resplandor había cegado a la tripulación. A lo mejor los habían visto, para luego perderlos de nuevo de vista, entornando los ojos por el brillo. Tal vez otra persona había echado una ojeada rápida y, al no ver nada, había desechado la idea.

«¡Qué mala suerte teníamos siempre!», escribió Maralyn en su diario más tarde. Pero no bastaba con que simplemente tuvieran mala suerte. Había una razón por la que habían sobrevivido todo aquel tiempo, le dijo a Maurice. Estaban *destinados* a sobrevivir. Había una razón por la que el barco no había regresado a por ellos: no era el barco *destinado* a rescatarlos. No, el barco que los rescataría, le anunció con seguridad a Maurice, y todas las piezas encajaron, sería un gran portacontenedores ruso de color negro que navegaría hacia el este, rumbo a Panamá.

Menos de una semana más tarde llegó: el barco *destinado* a rescatarlos. Había algunas divergencias respecto a su visión. Navegaba hacia el oeste, no el este, y no parecía tratarse de un portacontenedores ruso, aunque en plena noche quién podía afirmarlo con seguridad. Lo único que distinguían eran los ojos de buey en la oscuridad, resplandeciendo como una hilera de lunas bajas a lo lejos.

Maurice tiró del bote para acercarlo a la balsa y se subió en él. Maralyn le pasó una de sus perchas-bengalas caseras. Él la mojó en el keroseno, ella le vertió encima el etanol y encendió una cerilla. No prendía. El viento soplaba demasiado fuerte y, aunque ella ahuecara las manos alrededor de la trémula llama de la cerilla, los trapos no prendían. Le dijo a Maurice que probara con la linterna. Las pilas estaban casi gastadas y lo único que emitía era un fino haz titubeante. El barco prosiguió su rumbo, con las luces desvaneciéndose en la oscuridad.

Sin mediar palabra regresaron a sus puestos en la balsa.

Maralyn sintió que algo se le revolvía dentro. Los barcos estaban perturbando su paz: si no iban a parar, tampoco quería verlos. Si hubiera habido cortinas en la balsa, cortinas que sin duda ella misma habría confeccionado, en ese instante las habría corrido.

Por la mañana comprobaron el contenedor de keroseno y se lo encontraron casi lleno de agua. Lo vaciaron y decidieron no volver a usar bengalas. Pocos días más tarde, descubrieron que se habían mojado hasta las cerillas.

Tampoco era de extrañar, dado que en la balsa todo se humedecía constantemente. Pero, para Maralyn, las cerillas empapadas eran una señal. No es que ellos estuvieran renunciando a sus planes y objetivos, eran sus planes y objetivos los que estaban renunciando a ellos. No estaban ignorando a los barcos; los barcos los estaban ignorando a ellos. Como si se tratara de una conspiración: las bengalas, las cerillas, los barcos, todo se compinchaba para derrotarlos.

Más tarde, extendió al sol las cerillas que quedaban para que se secaran. Cuando intentó encenderlas, se les cayó la cabeza.

9

En abril, se cumplió aquello de aguas mil. Útil para reabastecerse de agua; terrible para la moral. «Tiempo de pena... como nosotros», escribió en su diario Maralyn. «Depresión.»

Seis semanas después de que el *Auralyn* se hundiera, seis semanas de subsistencia en la balsa, mojados, faltos de sueño y de alimento, los dos estaban rendidos y tenían diarrea. Se preguntaron si parte de sus reservas de agua no se habrían contaminado de excremento de tortuga.

Al amanecer del 20 de abril, Maurice trepó hasta el bote inflable y descubrió que su tortuga estaba muerta. La tristeza los abatió. De algún modo la habían querido. Había sido su mascota, se había convertido en parte de la familia. Una breve pausa, luego se la comieron.

El mal tiempo se volvió insufrible. El viento bramaba y los arrojaba de un lado a otro sobre el oleaje, como restos de un naufragio. Después de meses en el mar estaban acostumbrados a las tormentas, pero era distinto en una balsa que daba vueltas y bandazos, tan endeble y liviana como un juguete de baño. Lo único que podían hacer era agarrarse a las cuerdas de los lados mientras subía y bajaba, y esperar a que el tiempo cambiase. Aunque pasara

otro barco, sabían que con olas tan altas nadie los vería. El océano, por lo general una amplia extensión, ahora los amurallaba.

Por la noche, les costaba horrores hacer las guardias. Daban cabezadas sobre el pecho. Maurice se quedaba despierto mientras Maralyn intentaba dormir, con la cabeza apoyada contra el tubo superior de la balsa. A medianoche se relevaban, y Maurice se acurrucaba en el suelo como un feto.

Daba la sensación de que el esfuerzo era simbólico, pero se negaban a abandonar por completo la guardia. Para ellos, aquello sería casi como darse por vencidos. La guardia es la obligación más importante a bordo de un barco, y de algún modo la más simbólica. Todos los miembros de una tripulación hacen su turno, cada uno carga con la responsabilidad hasta que la descarga en la persona siguiente. Durante esas horas, eres el único protector de la nave. Si abandonas tu puesto, sería casi como si abandonaras el barco.

10

El vacío es terreno fértil para la duda.

Hace unos años, un piloto estrelló su pequeña avioneta contra las montañas de Sierra Nevada, en California. Dejó allí a sus dos pasajeros y durante nueve días caminó en solitario, por montañas y entre bosques, alimentándose de nieve, hasta que llegó a una carretera y encontró auxilio. La caminata había sido ardua; el piloto entró en una cafetería herido, desaliñado y hambriento. Pero el trayecto le había dado un propósito, y algo que hacer. Cuando regresó al avión, encontró a sus pasajeros muertos, uno atrapado entre los restos del siniestro, el otro a poca distancia de allí. Capaces únicamente de sentarse a esperar, ¿qué podían hacer sino morir?

Lo que mantiene con vida a las personas no son tanto las proezas de la resistencia como el no rendirse. Maurice, a falta de una ocupación, se desesperó. No había pruebas que lo convencieran de que la supervivencia era posible y le costaba creer en cosas que no veía. ¿De qué servía intentarlo?

Maralyn trataba de distraerlo. Se turnaban para leer de sus dos libros en voz alta, debatiendo cada palabra, cada frase. Se contaban las tramas de libros que habían leído en el pasado, o historias que recordaban, como aquella del soldado estadounidense capturado durante la guerra de Corea. Para mantener la cordura mientras

estaba incomunicado, diseñó y construyó mentalmente una casa. Maralyn se descubrió pensando en la reina medieval Leonor de Aquitania, prisionera durante quince años de su marido, Enrique II, después de haber conspirado contra él en un complot. Vivir aislada del mundo en el castillo real de Sarum, en Wiltshire, una fortaleza de muros altos sobre una colina rodeada de profundos fosos, tal vez no fuera tan distinto de ir a la deriva en una balsa, mar adentro.

Jugaban a juegos. Todos creados por Maralyn. A las cunitas, con un trozo de cordel que sobraba. Por turnos, elegían una palabra y luego hacían una lista de todas las palabras de cuatro letras que podían formar con sus letras. Para hacer las fichas de dominó, arrancaron tiras de papel del cuaderno de bitácora. Pronto se dieron cuenta de que no podían jugar en condiciones, porque los trocitos de papel simplemente salían volando, o se mojaban, cuando los colocaban uno al lado del otro. Así que, en vez de eso, después de repartir las fichas, las sujetaban con las manos y anotaban cada jugada en un trozo de papel que se iban pasando.

Maralyn pensó que las cartas funcionarían mejor. Tardaron medio día en hacerlas, dibujando a lápiz los corazones, los diamantes, las picas y los tréboles. El papel era tan fino que podías ver la mano del contrincante, así que tuvieron que ponerse estrictos para no mirar. Jugaban al *whist*, una partida tras otra, aunque sólo podían hacerlo los días que no llovía, dado que las cartas se deshacían con el agua. Maurice insinuó que podía enseñar a Maralyn a jugar al *bridge*, pero decidió que era demasiado complicado. Ojalá hubieran tenido un ajedrez, pensaban.

Maralyn se dio cuenta de que mantener ocupado a Maurice no bastaba. Tenía que darle algo en que creer. En un océano vacío,

tenía poco con lo que trabajar, salvo lo que pudiera imaginar. Empezó a hablar «de nuestra vida antes y durante la travesía, y de cómo sería después».

¡Después! Para Maurice era casi imposible pensar en semejante periodo, como si fuera así como siempre habían vivido y siempre vivirían. Intentó entrar en el juego, pero a lo más que llegaba era a que sería lo contrario de su estado actual. Inglaterra, tierra firme, una casa con jardín. Condiciones atmosféricas mitigadas por muros y ventanas. Verduras y flores que cultivarían de estación en estación. Una vida segura, rastrillo en mano, con los pies bien plantados en la tierra.

Maralyn sospechaba que lo hacía por ella. «Estaba ya dispuesto a renunciar a su vida, tragarse el ancla y regresar a la vida que antes le resultaba tan limitante, porque estaba convencido de que yo nunca más desearía volver a navegar.»

La realidad era que ella, en sus horas muertas en la balsa, recostada sobre un lado y mirando a los peces dar vueltas y salir disparados bajo el agua, había estado evocando su próximo barco, igual que el soldado en Corea había imaginado su casa. «Un velero blanco de dos mástiles y líneas elegantes. Algo bello, y a la vez con sentido.»

Se lo había imaginado con tal nivel de detalle que, mentalmente, podía deambular por la embarcación, ver su mobiliario y su carpintería barnizada, el diseño de la cocina y los pañoles para la vajilla. Todo estaba pensado, exactamente como ella lo quería. Una casa podría haber resultado cómoda, al principio, pero no duraría. «En lo más hondo del alma, sentíamos la imperiosa necesidad de viajar. Teníamos que seguir haciéndolo», escribió.

Maurice no la creía. ¿Cómo iba ella, después de todo aquello, a querer volver al mar? Había estado soñando con plantas, ¿no era cierto? La comodidad de la hierba.

Maralyn tuvo que convencerlo. Era la existencia que habían elegido, no un hobby ni un experimento. Era más un manifiesto que un estilo de vida. No reniegas de una decisión como ésa después de un único contratiempo; sería como renunciar a la fe por no ser bendecido con un milagro.

En la versión del futuro de Maralyn, regresarían a Inglaterra, construirían otro barco y vivirían en él, igual que con el *Auralyn*. En cuanto estuviera listo, se embarcarían en su próxima aventura.

Bueno, pues entonces, un proyecto. Maralyn esbozó en su diario una distribución aproximada del nuevo barco. Maurice calculó sus características técnicas exactas. Corrigieron los planos hasta quedar satisfechos, luego él intentó hacer los primeros bocetos. Dibujos por fuera y por dentro. Dibujos de la cocina y dibujos de aparejos y jarcias. Dibujos en vista aérea y dibujos anotados.

Maralyn hizo una lista de las provisiones necesarias. Debatieron cuánta comida, exactamente, les haría falta para una larga travesía, y cómo la estibarían, reconfigurando hasta la saciedad el espacio de los pañoles para que funcionara.

Maralyn planificaba los menús, anotando no sólo lo que cocinaría, sino cómo y en qué orden. Le describía a Maurice paso a paso cada una de las recetas, apuntando todos los ingredientes. Acordaron el menú para su primera comida en su nuevo barco: sorbete de melón, cerdo asado, compota de manzana, patatas, coliflor y salsa de

queso, pudin de chocolate, queso y galletas, bombones de menta. Un banquete de cuatro platos. Hablaban tanto de los manjares que degustarían que empezaron a discutir sobre ellos. Maurice opinaba que con el curry pegaba un vino; Maralyn discrepaba. Con el curry había que tomar agua, decía, porque el vino perdía sabor con las especias.

El diario de Maralyn empezó a llenarse de menús para cenas con amigos, almuerzos, meriendas, para cada una de las comidas del día, y alternativas para todas ellas, no simplemente cereales y tostadas para desayunar, por ejemplo, sino todos los tipos de cereales y huevos cocinados de cualquier forma que se te ocurriera.

Desayunos: Weetabix (frío o caliente), Cornflakes, Porridge, galletas Farley's Rusks, Kellogg's Varieties, barritas de trigo rallado, Rice Krispies, Sugar Smacks
Fruta: pomelo, melón, ciruelas
Caliente: salchichas, bacon, huevos, alubias, tomates, huevo duro, huevos revueltos, arenques, huevo pochado en tostada
Pan: pan con mantequilla o tostadas con mermelada. (Croissants) o tortitas escocesas
BEBIDA: Té o café

Para sus cenas en compañía, Maralyn imaginaba múltiples platos, cada uno relleno de diversas verduras, festines de piñas y jamones, patatas en puré y patatas al horno, más patata, podría pensarse, de lo que nadie es capaz de comer. Los postres eran pesados: bizcochos y melazas y natas, y siempre, para poner la guinda al pastel, café y

bombones de menta o galletas. Eran como composiciones musicales, aquellos menús, estructurados en movimientos.

1) 6 personas. 4 bot. vino 2 blancos 2 tintos
Entrante: Cóctel de pomelo y mandarina
Principal: Filete de jamón, salchicha, piña, verdura al horno, guisantes y maíz. Tarrinas de ensaladilla de patata y de col, champiñones
Dulce: Flan de cereza, tarta de manzana y nata fresca
También: Queso, galletitas saladas o selección de quesos
Café y bombones de licor
O si hace frío, sopa y rollitos al horno
Chuletas de cordero, salchicha, salsa de cebolla, verdura al horno, puré con jugo de la carne
Bizcocho de fruta, melaza y natillas
Queso, galletas + café

2) 4 personas 2 bot. vino
Entrante: Paté, tostadas y ensalada
Principal: Chuletas de cerdo empanadas, salchicha, compota de manzana, verdura al horno y puré, guisantes y zanahorias
Dulce: Pastel de manzana y ciruelas + helado
Café y bombones de menta
O
Entrante: Melón
Principal: Ternera, pudin de Yorkshire, verdura al horno, puré, coliflor + salsa de queso, champiñones, cebolla

asada

Dulce: Pudin de choco al vapor + salsa choco

Postre: Queso y galletitas

Café y bombones de menta

Cena formal (6)

1. Mandarina y pomelo con cerezas

2. Trucha a la plancha

3. Pata de cordero asada, verdura al horno, puré de nabo, salsa de cebolla, compota de manzana, guisantes, alubias, zanahorias

4. Tarta helada de nata, helado y barquillos

5. Queso y galletitas

6. Café y bombones de menta

En algunas ocasiones se dedicaba a escribir listas de las opciones dentro de una categoría específica de comida, como para recordarse a sí misma las distintas posibilidades.

Pasteles

Rollos suizos

Tarta de chocolate

Bizcocho de Madeira

Pan de jengibre

Tarta de nueces

Pastel de ángel

Tarta Dundee

Pastelitos de fruta

Pastelitos de avena
Pastel Battenburg
Natillas de huevo
Remolinos vieneses
Pastelitos de Chelsea

Los pasteles, en concreto, cobraban una suerte de vida propia.

Pasteles que hornear para Maurice
Tarta de limón con crema de limón para glaseado interior y bordes, capa superior glaseada recubierta de fruta escarchada
Tarta de limón recubierta de naranja y crema de mantequilla, bordes decorados con mandarinas
Bizcocho de Madeira con nueces dentro, entre capas de crema de mantequilla de vainilla recubierta de mazapán y glaseado, decorado con nueces
Pan de coco
Pan de plátano
Bizcocho especial relleno de chocolate Mars con glaseado de mantequilla y chocolate y capa de chocolatinas Mars, decorado con pepitas de chocolate y bordes de crema de mantequilla con cuadraditos de Mars incrustados
Rollo suizo

Tal vez fuera la abundancia de la repostería lo que hacía tan placentero pensar en ella: la cantidad de azúcar, un bloque de mantequilla amarilla, huevos frescos cascados en el borde de un

cuenco, nubes de harina. Un pastel es sencillísimo en su efecto: bienestar engalanado con azúcar de colores, servido en una bandeja especial a la hora del té, la más absurda e inglesa de las comidas. Que en realidad no es en absoluto una comida, sino una exhibición, para invitados y fiestas de cumpleaños, para conciertos posmeridianos y fiestas benéficas de pueblo.

Té dominical (8-10 pax)

1 bandeja de sándwiches de paté
1 bandeja de sándwiches de salmón y pepino
1 bandeja de queso y remolacha
1 bandeja de queso para untar
1 bandeja de sándwiches de huevo y tomate
1 bandeja de pan y mermelada
1 bandeja de scones *con mantequilla*
1 bandeja de rosquillas
1 bandeja de tartaletas variadas
1 bandeja de bizcocho de Madeira con chocolate
Gelatina y fruta y nata

Era la comida de la niñez: bocadillitos y manteles. Todo el mundo vestido de punta en blanco, con la pechera llena de migas. Los *scones* se servirían con mantequilla, las tartaletas serían variadas, los sándwiches serían de pan blanco e integral.

Cuando estás muriéndote de hambre, lo único en lo que piensas es en comida.

11

Cuando llegó el cumpleaños de Maralyn, el 24 de abril, ya llevaban siete semanas a la deriva. Antes de zarpar, había planeado encontrarse con unos amigos en las islas Marquesas del Pacífico Sur y compartir la tarta Dundee, ahora desaparecida hacía mucho. Las Marquesas distaban tres mil millas de la masa de tierra continental más cercana. Los colonizadores europeos de las islas habían impuesto a sus gentes el catolicismo y unas pequeñas iglesias encaladas, con la brutal suposición de que aquello las mejoraría. Lo único que había querido llevar Maralyn era una tarta.

Maurice decidió pescar uno de aquellos peces plateados, sus favoritos, para una comida de celebración. Tardó un buen rato, los peces no paraban de mordisquear el cebo, pero sin morder el anzuelo. Por fin pescó uno. Enorme y pesado, hizo que el sedal se tensara. Maralyn veía que intentaba desengancharse. Justo cuando Maurice intentó pegar un tirón para lanzarlo al bote, el pez se soltó, y el anzuelo volvió catapultado hasta la goma del bote inflable. Cuando Maurice lo sacó, oyeron el silbido agudo y letal del aire. En el punto por el que el aire se filtraba en el agua, se formaron unas burbujas sobre la superficie del océano.

El pinchazo quedaba justo por debajo de la línea de flotación. Rápidamente, Maralyn sacó del bote todos los bidones de agua y los

metió como pudo en la balsa salvavidas. Ellos dos también se subieron a la balsa, de forma que ella pudiera levantar el bote del agua mientras Maurice limpiaba y secaba el agujero, y luego extendieron una capa del tubo de pegamento. De sujetar la embarcación a pulso, a ella empezaron a dolerle los brazos, así que Maurice la relevó y ella aplicó una segunda mano de pegamento y un parchecito negro encima del agujero. Dejaron el bote fuera del agua hasta estar seguros de que el pegamento estaba seco, y luego examinaron el parche. No habían hecho un mal trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que sostener el bote había sido una tortura para sus consumidos brazos.

En cuanto devolvieron el bote al agua, empezaron a transferir de nuevo los bidones. Maurice creía que faltaba uno.

—¿Estás seguro de que los has contado bien? —preguntó Maralyn.

—A ver, cuéntalos tú y dime si no tengo razón.

Maralyn los contó. Y los recontó. Maurice tenía razón, faltaba uno. Quince litros de agua, perdidos. Suficientes para cuatro días. Una cantidad que, en una racha de sequía, podría mantenerlos con vida. Agua que se iba flotando sobre el agua.

«Para intentar levantarnos la moral, le recordé a Maurice que era mi cumpleaños, y que esa noche lo celebraríamos», escribió Maralyn.

Les quedaba una única lata de arroz con leche. Maralyn la abrió y se la comieron, en una suerte de silencio religioso, con un chorreón de melaza. El sabor, cremoso, intenso y dulce, los colmó de placer, como si fuera una droga que fluyera por el sistema nervioso. Pero algo estaba pasando. Miraron la lata vacía y vieron que el metal del

interior estaba rojo y descascarillado; el arroz con leche se había teñido de óxido.

Las desgracias, al fin y al cabo, nunca venían solas. Unos días más tarde, se dieron cuenta de que el parche negro del bote ya no estaba. Lo comprobaron de nuevo. Era como la garrafa de agua, no podían fiarse del todo de lo que veían, o no veían.

El parche había desaparecido. Parte del pegamento se había depositado en el agujero, lo que ralentizaba el escape de aire, pero ahora el bote no paraba de desinflarse. Para que siguiera operativo, tenían que inflarlo con la bomba al menos dos veces al día.

El 28 de abril se despertaron hundidos en un hoyo en medio de la balsa. El tubo inferior se había desinflado. Al inspeccionarlo, Maurice descubrió una fila de agujeritos. Maralyn les echó la culpa a las espinas de los siganos. Los habían visto merodear en torno a la balsa, a menudo para retirarse a la sombra, bajo la embarcación. Cada vez que se les acercaba un depredador, sacaban las espinas, así que aquel punzante mecanismo de defensa debía de haberles pinchado el fondo de la balsa.

Casi parecía imposible que ahora tuvieran agujeros en ambas embarcaciones. El océano se había convertido en un sutil enemigo, soltándoles garrafas de agua, despegándoles parches, oxidando latas, colándose gota a gota en sus embarcaciones y mortificando sus cuerpos, como si les hubiera declarado una suerte de guerra, buscando todas las formas posibles de colarse con sigilo en su territorio y destruirlo, sin que ellos ni siquiera se dieran cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Al fin y al cabo, no es más que lo que

el agua le hace a la tierra: una invasión callada a lo largo del tiempo, erosionando gradualmente el litoral hasta que las casas acaban cayendo al mar y los pueblos desaparecen del mapa.

Desenterraron el folleto de instrucciones para reparar la balsa. Era de risa. Se suponía que debían secar la zona dañada, frotarla con papel de lija, aplicar una capa de pegamento, dejarlo secar, aplicar otra capa de pegamento, esperar hasta que estuviera casi seco y luego colocar el parche.

Tardaron una hora en llevar a cabo la tarea, incapaces de mantener la balsa quieta mientras las olas cabeceaban bajo ellos. En cuanto la devolvieron al agua, la corriente se llevó el parche. Apenas había durado un minuto.

Sin un tubo inferior consistente, la balsa se volvería inestable y aún más vulnerable que antes. Un pinchazo más y todo se iría a pique.

Maralyn abrió la última lata de leche condensada. El chute de azúcar les proporcionó la energía suficiente para debatir qué hacer. Pero ¿qué opciones tenían? No podían renunciar a la balsa: era su único refugio. Sin ella, se verían peligrosamente expuestos al sol y la lluvia. Tendrían que lidiar con ella tal como estaba, irremediablemente debilitada, igual que ellos.

Intentar dormir en una balsa medio desinflada era un nuevo tipo de agonía. La base ahora estaba casi siempre blanda y el material les pellizcaba la carne. Su peso hacía que el suelo se combara y se doblara hacia dentro, de forma que ellos se hundieran en el centro. Para conservar una mínima impresión de solidez, tenían que inflarla

dos o tres veces cada hora. Si caían rendidos por el agotamiento, al despertar encontraban sus cuerpos atrapados en el material fruncido. «Inflar cada 20 minutos toda la noche. Desolación y depresión, sin esperanzas», escribió en su diario Maralyn.

La realidad se rehacía una y otra vez. Daba la sensación de que los problemas subían y bajaban en una jerarquía. Cosas como conseguir comida o recoger agua potable, que en su momento parecían imposibles, ahora parecían secundarias, y habían sido sustituidas por otras, como una balsa salvavidas que se hundía, que eran insalvables.

Su único alivio eran los escasos instantes después de llenar la balsa y antes de que empezara a hundirse de nuevo. Breves segundos de solidez, en los que se sostenían por encima del océano; una especie de aplazamiento *in extremis*, porque sabían que no duraría.

De vez en cuando, en los momentos más halagüeños, a Maurice le gustaba recrearse en la idea de que ahora estaban en total armonía con el Pacífico, de que eran capaces de cohabitar con sus criaturas como si ellos mismos fueran parte del agua. Pero ocasiones como ésa ponían de manifiesto la absurdidad de dicha visión. Vivir en un océano sólo era posible mediante una serie de mecanismos de defensa, creados por el hombre para mitigar la experiencia, que funcionasen. Podían sobrevivir si los aislaba del agua un casco sólido, que aun así necesitaba una atención constante para mantener su eficacia. Las embarcaciones, como los humanos, viven en un estado de permanente deterioro. Cada vez que una toca el agua, se degrada. Era tan evidente... No estaban destinados a estar allí.

«Si necesitamos ayuda, éste es el momento. Estos dos meses viviendo así empiezan a pasarnos factura», escribió Maralyn el 29 de abril. No le quedaba energía para fingir. «La desesperación está a flor de piel y la muerte nos mira de frente; ojalá un barco nos rescatara, pero tenemos poquísimas esperanzas de que suceda un milagro como ése.»

Después de eso, a Maralyn no le quedó mucho más sitio para seguir escribiendo en su diario. El resto de las páginas ya las había llenado de menús, listas y dibujos, mayo y junio los había ocupado con garabateos de gatos y algún que otro diseño de vestidos.

> *Manga hasta el codo. Terciopelo marrón. Paños ligeramente fruncidos con corte amplio. Estampado cachemir marrón y rosa. Si sale bien, uno verde: mangas largas rectas y con ribete y cuello con puños (comprados) de croché.*

Y una falda.

> *Falda larga entallada color camel de distintos paños. Combinar con blusa marrón o verde, pref. marrón.*

Para continuar escribiendo, Maralyn sacaba papel de donde podía, lo arrancaba de las últimas páginas del cuaderno de bitácora. Maurice la veía muy a menudo inclinada sobre una página, con el lápiz deslizándose a toda prisa. El silencio de aquella tarea lo excluía, como si fuera un secreto entre las palabras y ella.

La mayoría de las cartas que Maralyn escribía eran para June. Nunca se las enviaría, ni siquiera si sobrevivían. Le bastaba con escribirlas, que era lo más cerca que podía estar de hablar con alguien, alguien que no fuera Maurice. Poner negro sobre blanco el horror y el miedo. Escribir todas las cosas que no podía decirle a Maurice, porque eran sobre Maurice. Sabía que si él llegaba a ver lo que ella había escrito se sentiría dolido.

Es posible escribir para huir de la soledad. También lo es escribir para existir. A medida que su cuerpo se encogía, Maralyn se erguía mediante las palabras, frase a frase. Cada vez que anotaba los acontecimientos del día, por funestos que fuesen, demostraba que el día era real y sus facultades estaban intactas. La escritura era la prueba. Las listas, los menús y la ropa eran recordatorios de que esas cosas todavía existían. Cosas sólidas, sobre tierra firme, que ella podía crear con sus propias manos. Todavía estaba viva. Mira, lo ponía en la página.

Si alguno de sus papeles se mojaba, pasaba horas secándolo al sol, manejándolo con el tipo de cuidado que suele reservarse para los textos antiguos, o como si contuviera alguna fórmula vital cuya pérdida sería incalculable.

12

Abril dio paso a mayo. «Ayer los dos estábamos deprimidísimos, creíamos que el final no estaba tan lejos», escribió Maralyn.

El revestimiento impermeable de la capota ya estaba completamente gastado. Cuando llovía, el interior de la balsa se empapaba. Las olas se colaban continuamente por los lados, dado que el tubo pinchado hacía que se hundieran aún más en el océano. Con el sol, el agua potable de uno de los bidones se había puesto verde. Intentaron bebérsela de todas formas, pero al cabo de poco estaban doblados del dolor, con el estómago revuelto. Comprobaron el resto de los bidones: todos verdes. En la balsa sólo les quedaban dos, de unos cuatro litros cada uno. Todo parecía estar echándose a perder. Un sabalote que habían reservado especialmente para la cena se les había puesto malo, e hizo vomitar a Maralyn toda la noche.

Ella, más abatida que nunca, buscaba algo a lo que aferrarse. Habían sobrevivido sesenta días y aquel número redondo, creía ella, debía de tener un significado. Era consciente de lo raro que era que una pareja pasara junta un periodo de tiempo ininterrumpido como aquél. No tenían secretos el uno para el otro, pero sí una ausencia total de inhibiciones. Si era elegida, su manera de existir podía verse como un privilegio.

Discutían, era inevitable. ¿Cómo no iban a hacerlo? Se decían cosas hirientes y Maralyn lloraba. En un pispás, se les pasaba el enfado y lo arreglaban, veían por qué habían saltado o habían sido intolerantes, y se disculpaban. Ella era capaz de encontrar luz hasta en las discusiones, pues percibía que estaban desarrollando un respeto más profundo por las opiniones del otro.

El 5 de mayo, llegaron las tormentas y cayó la lluvia. Todo lo rápido que pudieron, sustituyeron el agua estancada por agua limpia. Pese a que, por la fuerza del oleaje, era imposible pescar, sí que capturaron otra tortuga, que mataron y amarraron a la parte trasera de la balsa como un ancla improvisada. Aquello bastó para animar a Maralyn: mientras tuvieran agua potable y algo que comer, hasta las borrascas más violentas eran soportables.

A la mañana siguiente, Maurice, hambriento, se comió parte de las carnadas de tortuga que tenían guardadas. Maralyn le dijo que parara, pero era demasiado tarde. Al cabo de un rato ya estaba encorvado sobre la lata, y tuvo diarrea durante días.

Dos días más tarde, el 8 de mayo, el sexto barco, un carguero con rumbo al este, pasó junto a ellos. Dio la casualidad de que era el cumpleaños de la madre de Maralyn. Habría podido enviarle a Ada un telegrama, anunciándole la buena nueva de su rescate. Habría sido una bonita manera de celebrarlo. El barco no se detuvo.

El siguiente barco los salvaría, dijo Maralyn. A la séptima va la vencida. Basándose en sus raciones de comida actuales y el estado de salud de ambos, calculó que podrían sobrevivir dos semanas más. Tiempo suficiente, sin duda, para que apareciera el séptimo barco.

Durante los diez días siguientes llovió sin parar. Maralyn no recordaba la última vez que la balsa había estado seca. Maurice empezó a toser desde algún lugar en lo más profundo de sus pulmones. Se oía un ruido vibrante en su respiración. Él conocía muy bien aquellas sensaciones, o al menos su cuerpo, el recuerdo estaba enquistado en sus células. Meses a solas en un cuarto.

El 18 de mayo, por fin, regresó el sol. Justo antes de mediodía, Maurice echó un vistazo desde la balsa y vio que un enorme carguero de casco azul se dirigía hacia ellos. Al séptimo iba la vencida.

Ocuparon sus puestos: Maurice en el bote, Maralyn en la balsa. Ella le pasó los impermeables. Agitaron los brazos y gritaron hasta que les dolieron y se quedaron roncos. El buque siguió su ruta.

13

No los rescatarían. Parecía bastante claro. Habían tenido sus oportunidades. Lógicamente, por tanto, la muerte era inminente. Saltaba a la vista que estaban muriéndose, sus músculos se atrofiaban, sus órganos se deterioraban, sus ojos se hundían en sus cuencas. Pero morirse sigue siendo un proceso. Sigues estando vivo mientras te mueres.

«No podía decirse que contempláramos con miedo nuestra muerte, por parecer inevitable, sino más bien con resignación», escribió Maurice. Hasta Maralyn, a veces, estaba a punto de rendirse. La supervivencia se había convertido en su trabajo, del que ella estaba cada vez más harta. Su consuelo era que al menos habían aprovechado sus vidas más que la mayoría de las personas.

¿Y si uno de los dos moría y abandonaba al otro? Sopesaron la posibilidad de que el vivo se comiera al muerto para mantenerse con vida. Pero era algo puramente hipotético, demasiado atroz para planearlo. En vez de eso, Maurice pensaba en cómo precipitar los acontecimientos. Asfixiarse con gas habría sido una manera plácida, pero la bombona de gas ya estaba vacía. Otros métodos de asfixia parecían una labor ardua y era probable que fallaran. Él se imaginó simplemente alejándose a nado de la balsa hasta que se hundiera,

pero Maralyn no quería. La cuestión era que no sabía nadar. La lucha habría sido más inmediata, y más violenta.

«Sólo nos quedaba el cuchillo», escribió Maurice. Pero no lo haría. Maralyn podía estar agotada de vivir, podía estar muriéndose, pero no tiraría la toalla. No podía. Había una fuerza interna, vital, mucho más profunda que el intelecto, o el pensamiento, o el lenguaje, que no se lo permitiría. Si de verdad tenía que morir, algo tendría que aparecer y llevársela mientras estaba desprevenida.

Maurice, en quien la fortaleza era menos evidente, se preguntaba si la naturaleza tal vez les resolvería la papeleta enviándoles un pez venenoso para que lo pescaran.

No fue un pez. Maurice cayó enfermo. La tos volvió y apareció la fiebre. El dolor del pecho se agudizó tanto que no podía levantar el brazo. Maralyn intentó convencerlo de que el dolor era muscular, por el esfuerzo que había hecho para subir a bordo una tortuga de gran tamaño. A medida que la fiebre se iba intensificando y dejaba de poder moverse, ella constataba que su vida corría peligro, pero no lo decía en voz alta. La verdad no haría más que ahondar su depresión, creía ella. En vez de eso, lo alentaba para que «levantara el ánimo».

Levantar el ánimo, como quien levanta pesas. Generaciones de niños ingleses se habían visto abocados a hacer cosas que no querían hacer, penosamente, después de que los obligaran a levantar el ánimo. Escuelas masculinas y regimientos, todos supeditados a la idea de que un estado de ánimo puede ser impuesto. Maralyn los llamaba «discursos motivadores», como si

estuvieran en la banda de un campo de fútbol y Maurice necesitara un empujoncito para saltar de nuevo al terreno de juego.

Pero Maurice no podía levantarse a sí mismo a la fuerza. «Ni siquiera las palabras alentadoras de Maralyn lograban subirme la moral», escribió. Se sentía el pecho destrozado de tanto toser. Una vez, durante un ataque atroz, expulsó algo sólido y viscoso, una especie de membrana mucosa ensangrentada, que creyó que podía ser un pedazo de pulmón. Las llagas por el agua salada le habían horadado profundamente la columna, las nalgas y las piernas, hasta transformarse en heridas abiertas, en carne viva y purulentas. Cada vez que un tiburón nadaba por debajo de la balsa y chocaba con la base, él soltaba un grito desesperado de dolor. Ya no podía estar sentado o tumbado en ninguna postura que no le causara un dolor inhumano. Maralyn trataba las llagas con pomada antiséptica e intentaba mantenerlas tapadas con grandes esparadrapos, pero con el agua se despegaban. Cuando le curaba la llaga de la columna, que medía unos dos centímetros y medio de ancho y había cavado un profundo túnel en la carne, le dijo que no era más que un granito. Él no podía verlo para comprobarlo.

Maurice ahora se pasaba los días acurrucado, perdiendo y recuperando la conciencia. Cada vez que despertaba, Maralyn lo obligaba a comer bocados de pescado. Ahora era ella la única que pescaba. Se encargaba de todo: limpiar el pescado, achicar el agua, inflar y volver a inflar la balsa, matar y diseccionar tortugas.

—¡Yupi!, está llena de huevos —exclamó después de cercenar el cuerpo de una.

Le pasó uno a Maurice. Una canica dorada, perfectamente redonda. Él mordió la espesa membrana hasta que la yema goteó en

su boca y, como un pegamento, se le adhirió a los dientes y a la lengua. Se comió dos más, luego le entraron ganas de vomitar. Coincidían en que las tortugas hembra eran mejores que las macho. Estaban repletas de huevos, y también tenían el hígado más grande.

14

No se murió. También fracasó en eso. Mayo dio paso a junio. Maurice se sentía mejor.

El primer día del mes, las nubes llegaron a toda prisa y llenaron el cielo. El viento soplaba del sudeste. Maurice creía que la lluvia tal vez los pasara por alto, pero el sol se ocultó tras una nube. El viento amainó, para luego arreciar de nuevo desde el norte. Se avecinaba tormenta.

Maralyn tapó los libros con una bolsa para velas. Maurice bajó y cerró el toldo que protegía la entrada. Por encima de ellos, las nubes se amontonaban unas sobre otras, multiplicándose, como los efectos a cámara lenta de una explosión. A lo lejos, un muro de lluvia se deslizaba hacia ellos sobre la superficie del océano. El viento se revolvió y cayeron las primeras gotas. Se pusieron el impermeable y prepararon las esponjas y latas para achicar agua. El cielo se oscureció, como si la noche hubiera caído en un instante.

Estaban acostumbrados a las tormentas, a la mar gruesa y a la lluvia constante e insistente. Pero ésta era una tormenta que parecía no tener límites ni fin. El vendaval los azotaba día tras día, noche tras noche, hasta que día y noche se hicieron indistinguibles, y el cielo sólo variaba en la intensidad de su oscuridad y en la cantidad de lluvia que arrojaba. Se sucedían una borrasca tras otra, los

vientos huracanados tiraban con fuerza de la balsa y agitaban el océano. La balsa parecía a punto de ceder. En los breves momentos en que escampaba, intentaban pescar. Era casi imposible capturar nada, y cuando lo conseguían no les daba tiempo a comérselo porque la lluvia empezaba a azotarlos antes de que acabaran de filetearlo.

En el tumulto, la balsa no paraba de estrellarse contra el bote. Era tal la velocidad a la que los arrastraba la corriente que, para intentar reducirla un poco, Maurice improvisó un ancla con unos pantalones impermeables. Al lanzarlos por la borda atados a una cuerda, rápidamente se enredaron con el bote, lo que hizo que la balsa girara en redondo y la entrada quedara frente a las olas que se aproximaban. El cierre de la entrada se había soltado; el agua se colaba a chorros. Maurice tuvo que incorporarse y sujetarla con las manos para cerrarla. No podría dormir hasta que la lluvia cesara.

La mañana del 5 de junio, las olas eran tan altas que impedían que la luz penetrara. Fue el peor día, anotó en su diario Maralyn, el más frío desde que zarparon de Inglaterra. Las olas se abalanzaban sobre ellos, una tras otra. Cada una de ellas empujaba la balsa hacia arriba para luego lanzarla de nuevo hacia abajo. La tormenta duraba ya tanto que no les quedaba nada fresco que comer, tan sólo sus últimas latas. Maurice decidió que tenían que intentar pescar y subió, peligrosamente, de la balsa al bote.

—¡Ten muchísimo cuidado! —le chilló Maralyn por encima del bramido del viento.

Había que achicar el agua del bote, pero cada vez que Maurice conseguía sacar un poco, una nueva ola rompía sobre él. No paraban de derribarlo.

—¡Vuelve a la balsa! —gritó Maralyn.

Era demasiado arriesgado. No podía pescar en condiciones, ¿y qué sentido tenía intentarlo cuando no había peces que coger? Todos se habían retirado a la oscura paz bajo la superficie. Maurice empezó a guardar los aparejos de pesca, enrollando los sedales y trasteando con los anzuelos mientras la tormenta se estrellaba a su alrededor y las olas se levantaban bajo el bote. Con el rabillo del ojo, vio que la oscuridad se alzaba detrás de Maralyn, más como la pared de un acantilado que como agua, aunque sus bordes fueran imprecisos por la espuma.

Maralyn sólo era consciente de que algo la levantaba, más y más, hasta que tuvo la sensación de flotar por encima del océano. Cuando bajó la vista hacia el bote, encajado en medio de la ola debajo de ella, vio a Maurice tirado en el suelo, agarrándose a las cuerdas salvavidas que recorrían sus bordes. La ola estaba a punto de romper. Se dio cuenta de que rompería encima de Maurice, encima del bote. Se lo tragaría entero. La caída era inminente. Un momento de quietud, de suspense, luego la sensación de una montaña que cedía. Que caía sin parar. Un enorme chorro que se estrellaba. Vio el bote volcar, y a Maurice desaparecer.

Un edificio se derrumbaba encima de él. Maurice fue arrojado hacia abajo, hacia la oscuridad. Bajo el aluvión de agua, se sentía empujado hacia el fondo del océano. Nadaba desesperado, sin tener ni idea de cómo ir hacia arriba. Por encima de él, de repente, vio el bote, que lo atrapaba bajo el agua. Nadó con ímpetu hacia un lado, buscando el borde, y luego hacia arriba, rápido, hasta romper la superficie con la cabeza y ver a Maralyn, agarrotada por el pánico en la balsa.

Logró tenderle la mano y ella la agarró, las olas bullían a su alrededor. Eran expertos en sacar cosas del océano, pero Maurice era más grande que una tortuga. Maralyn tiraba a la vez que él intentaba auparse, el agua trataba de aspirar el cuerpo de Maurice con cada oleada, hasta que ella por fin logró subirlo por la borda, pesado como un cadáver empapado.

Esa noche, con la tormenta todavía enfurecida, no pudieron pegar ojo. Estaban vivos, por poco. Maralyn le preguntó a Maurice qué ocurriría si la balsa volcaba.

Era evidente que ella solita podía adivinarlo, pensó él. No era propio de Maralyn hacer preguntas tontas, preguntas a las que él no podía dar una respuesta satisfactoria y para las que no había ninguna respuesta satisfactoria. Moriría, sin duda. Era probable que él también muriera. La compasión tardó un instante en colarse sigilosamente. Tal vez sólo necesitara que la tranquilizaran un poco.

—No creo que vuelque, pero debemos prepararnos por si ocurre —le dijo él.

En mares como aquél, sería difícil volver a darle la vuelta, añadió, en caso de que Maralyn no tuviera claro lo escasas que él veía sus posibilidades.

Metieron las latas que quedaban, los cuchillos y el abrelatas en el macuto, que Maralyn ató luego a la balsa. Si acababa volcando, al menos podrían rescatar la bolsa, aunque era más que discutible para qué podría servirles un abrelatas mientras se hundían.

15

El viento amainó, y el océano a su vez se relajó. La calma que precede a la tormenta reclama toda la atención, pero la calma posterior es igual de amenazadora, por albergar, como alberga, el recuerdo de la violencia. Las borrascas no paraban de sobrevolarlos, como si fueran réplicas.

En aguas más tranquilas, el océano cobró vida de nuevo: tortugas verdes, tortugas loras y tortugas bobas de casi un metro de largo. Los petreles volaban cerca del agua y las fregatas perseguían a pájaros bobo, marrones y de patas azules, hasta que vomitaban su pesca, que las fragatas les robaban en pleno vuelo. Las serpientes marinas asomaban la cabeza para respirar en la superficie. Un calamar aterrizó sobre la balsa, donde se quedó hasta que se hubo secado al sol. Los delfines a veces nadaban cerca, como los tiburones, que, siempre y cuando no fueran en manada, a Maralyn no le parecían amenazadores. Si Maurice les salpicaba un poco de agua por encima, solían salir disparados. Una vez vieron un tiburón blanco, de casi diez metros de largo, dibujando curvas en el agua debajo de ellos.

Para animar a Maurice, Maralyn le prometía cosas. Capturarían más tortugas y se comerían su deliciosa grasa verdosa. El sol volvería. Sentirían de nuevo su calor en la piel.

Rebuscaron entre sus posesiones y encontraron tres imperdibles más, dos grandes y uno pequeño. Maralyn intentó doblar uno de los grandes para hacer con él un anzuelo, pero se le partió por la mitad. Lo intentó de nuevo con uno pequeño, y le ató un pedazo de cordel. Los peces ballesta eran ahora tan abundantes que a veces picaban tres en el anzuelo al mismo tiempo. También había siganos, arenques lobo, jureles y enormes dorados con cuerpos de un intenso verde azulado. Podían pescar sin pensar; era filetearlos lo que les quitaba tiempo y les destrozaba las manos. Maralyn se planteó hundir sus dedos ensangrentados en el agua como cebo.

Se fijó en que Maurice dejaba que los peces se tragaran el anzuelo antes de cogerlos. Gastaba entre seis y ocho carnadas por cada captura. A Maralyn su método le resultaba demasiado lento y, en vez de eso, ella esperaba a que el pez se acercara, luego tensaba el sedal, lo que parecía hacer que el pez mordiera con más fuerza, y en ese momento tiraba de él rápidamente hacia el bote. De vez en cuando, cuando tenían pescado de sobra para comer, jugaba con ellos a un juego. Si tiraba con fuerza del sedal, los peces salían volando por encima del bote y aterrizaban al otro lado, en el agua. Estaba segura de que a ellos les gustaba, y de que hacían cola en su lado del bote para participar. No podía evitarlo, le resultaba la mar de divertido.

Empezó a experimentar, meneando de acá para allá un trocito de filete de tortuga o de paletilla, esperando a que los peces picaran. En cuanto uno se enganchaba a la carne, lo lanzaba al bote.

Una bombona de keroseno vacía le dio otra idea. Maurice le recortó un agujero cuadrado en un lado y Maralyn le enhebró un sedal de forma que pudiera colgar el cebo dentro. Luego sostuvo la

bombona por el asa para hundirla en el agua. Los peces tardaron un rato en acercarse, y al principio ella los dejaba entrar y salir nadando para que mordisquearan el cebo. En cuanto dejaban de salir disparados, lo único que tenía que hacer era levantar la trampa para sacarla del agua y vaciar los peces a los pies de Maurice.

A los pájaros bobo, mientras tanto, les había dado por posarse en el borde de la balsa. Maurice los ahuyentaba con una pala. Algunas veces aterrizaban en medio del bote, digerían su pescado y luego dejaban la embarcación blanca de salpicaduras de excrementos. Maurice, irritado, le pegó un palazo a uno para que se fuera volando. En vez de eso, el ave saltó al agua, donde regurgitó cuatro peces voladores enteros, que Maurice recogió para la cena.

Los pájaros bobo se habían vuelto tan dóciles, tan confiados y entrometidos, que fue casi inevitable que empezaran a matarlos. La siguiente vez que uno se posó en la balsa, Maralyn lo agarró de una pata y Maurice lo envolvió en una toalla. Cuando abrieron la toalla para rematarlo, el ave le dio un picotazo en el pulgar a Maralyn. Ella le retorció el pescuezo y lo desplumó mientras miraba sus plumas alzarse en el aire y desperdigarse encima del océano.

Una tarde, sentada en la balsa, vio un banco de tiburones que se movían de acá para allá a su lado. Uno se acercó lo bastante para que ella le acariciara el lomo con un dedo y sintiera la aspereza de su piel. Cuando el tiburón dio la vuelta y regresó, ella le agarró la cola sin pensar. Maurice estaba dormido, así que lo despertó con un grito y luego le lanzó el tiburón. Él lo agarró con una toalla y lo envolvió, igual que había hecho con el pájaro bobo, cerrándole con fuerza la mandíbula. Maralyn le agarró la cola mientras se retorcía.

El tiburón tardó quince minutos en asfixiarse. Le desenrollaron la toalla y contemplaron al animal muerto. Era gris, medía unos setenta y cinco centímetros de largo. Maurice lo trasladó al bote y lo abrió. Mientras lo destripaba, Maralyn se fijó en que había otro más dando vueltas en el agua y lo agarró. Maurice volvió, le sujetó la cabeza y la golpeó con su cuchillo a la vez que el animal forcejeaba con ellos, luego le hendió el cuchillo en las agallas hasta que se quedó quieto. Antes de que acabara de morirse, Maralyn detectó un tercer tiburón y también se hizo con él, para remolcarlo y subirlo a bordo.

Los tiburones ocupaban ahora bastante espacio. El muerto estaba en el bote, el medio muerto a sus pies y el vivo en sus manos. Maurice le pidió que parara de capturarlos, no le quedaban manos ni pies libres.

Maralyn saltó al bote para ayudarlo a ocuparse de ellos y de repente empezaron a reírse a carcajadas, casi histéricos. Llevaban muchísimo tiempo sin sentirla, la embriaguez de la risa, el modo en que te sube por dentro, aunque ¿de qué otra forma podían reaccionar ante la farsa y el horror de todo aquello, ante la toma de conciencia de que, además de todas las criaturas que ya habían estrangulado, asfixiado o decapitado, ahora estaban asesinando tiburones?

Mientras lanzaban al agua pedazos de carne que no querían, un pájaro bobo se posó en el borde del bote.

—¿Vamos? —dijo Maurice.

Él lo agarró, y le hizo graznar. Maralyn sujetó el cuerpo mientras él le retorcía el pescuezo. Muerto en menos de un minuto. Luego capturó dos más.

Tres tiburones, tres pájaros. La carne de tiburón no les gustaba mucho, pero, como tenían los pájaros, no importaba. Hígados de tiburón y pájaro y medio por cabeza. Un banquete.

Después de aquello, les dio por capturar algún que otro tiburón cuando les apetecía. Maurice estaba demasiado entumecido para inclinarse por la borda lo suficiente para divisar a sus presas, así que Maralyn miraba por él y le decía cuándo atacar.

Uno le llamó la atención por su piel, especialmente hermosa: de un gris perla casi traslúcido. Lo rajó de arriba abajo y lo despellejó, raspando la carne hasta quedarse con unas largas capas de piel limpia que enrolló y colocó en un rincón del bote para que se secaran. Se le ocurrió que podrían usarlas para hacer una cartera.

Al día siguiente, la piel había perdido su lustre. Debía de ser el agua lo que la hacía brillar. O la presencia de vida, que latía bajo ella. Muerta y seca, era fea y mate.

Maralyn recogió el rollo de piel y lo devolvió al océano, el lugar al que pertenecía.

16

Hacia finales de junio, los días se volvieron calurosos y acerados. Capturaron una tortuga pequeña, de menos de veinte centímetros de largo, con un caparazón cubierto de dibujos. Maralyn se enamoró enseguida de ella, con sus robustas aletas, los giros esperanzados de su cabeza calva. Le pidió a Maurice que le buscara una amiga, él capturó otra, marrón entera, y trazando una parábola la lanzó al bote. La pareja correteaba junta de acá para allá, subiéndose a los pies de Maurice y Maralyn mientras pescaban.

La conversación se centró de nuevo en su próximo barco y en cuál podría ser su destino. Maurice sugirió la Patagonia. Maralyn no estaba segura, se preguntaba si no haría demasiado frío. Él inmediatamente le soltó un discurso para explicarle por qué lo atraía tanto aquel lugar. Era uno de los pocos territorios inexplorados que quedaban, difícil de navegar hasta allí en barco, azotado por el viento, y estaba todo lo aislada que una región pudiera estar. Tal vez Nueva Zelanda les pareciera ahora demasiado mansa, después de meses a la deriva. No le costó convencer a Maralyn. Fue al grano en cuanto a los aspectos prácticos: cómo fondearían en lugares tan inhóspitos; qué podrían cazar; qué ropa necesitarían.

El último día del mes, despejado y luminoso, pescaron como de costumbre y remojaron el bote para las tortugas, a las que veían

chapotear en el agua como niños pequeños en una piscinita. De algún modo, lo que estaban haciendo se había convertido en una vida. Una vida extraña, pero pese a todo una vida, con rutinas, hábitos y mascotas.

Aunque no duraría mucho. Maurice, ahora, pasaba ratos al borde de la inconsciencia. Mientras tuvieran agua potable y pudieran pescar, sus cuerpos se aferrarían a la existencia. Pero ahora la muerte sin duda estaba cerca, los rondaba.

Después de comer, descansaban en la balsa bajo la capota, refrescados por una brisa del sur. Todo estaba quieto, el agua serena, sus surcos bajos y estrechos cambiaban de dirección con el viento. Por una vez la balsa los acunaba con suavidad, el océano se alzaba levemente bajo sus cuerpos.

Mientras dormitaba, Maurice, muy cerca de caer en la oscuridad para siempre, se convenció de que en la balsa había una tercera persona. Sentía una presencia, la alucinación adoptaba una forma sólida. Podía ver quién era: un marinero estadounidense de nombre Wayne que habían conocido en Panamá. Como sucede en los sueños, no se preguntaba cómo o por qué Wayne había acabado allí. Simplemente estaba allí. Otra persona, otra vida.

Bajo capas de sueño, igual que si se moviera a la deriva como una ballena, muy por debajo de la superficie del océano, intuyó que, desde algún lugar muy por encima de él, Maralyn lo zarandeaba y lo llamaba por su nombre.

—¡Maurice! ¡Maurice!

Estaba demasiado lejos para volver. Estaba muy cansado, cansadísimo, y ahora había alguien más que podía ayudar. Estaba

Wayne. ¿No podía Maralyn dejarlo tranquilo? Estaba dormido y el sueño era denso y oscuro y bueno. Podía ser libre.

TERCERA PARTE

1

El *Wolmi 306* no era un barco bonito. La pintura, que en su momento debió de ser de un blanco reluciente, ahora estaba desconchada y gastada. El óxido le sangraba por los costados. Necesitaba un descanso, igual que su tripulación, que llevaba dos años y medio en el mar pescando atunes en nombre de la propietaria del *Wolmi*, la Compañía Coreana de Fomento de la Industria Marítima.

El capitán del *Wolmi* era Suh-Chong-il, un hombre de treinta años bajo y fornido, con un espeso casco de pelo negro. Era la primera travesía de Suh como patrón de barco y había sido a todas luces un fracaso. Al poco de zarpar, un accidente a bordo había acabado con la vida de un miembro de su tripulación. Más tarde, durante una violenta tormenta, el buque había sufrido daños tan graves que habían tenido que modificar su rumbo y echar el ancla para repararlo. A finales de junio de 1973, la tripulación estaba agotada, desesperada por regresar junto a sus familias.

Suh no podía culparlos. Dos años y medio era demasiado tiempo en alta mar; sin tregua y sin mujeres, inmersos en la rutina de capturar y almacenar atún barrilete, patudo y de aleta amarilla, además de cocinar, limpiar y las innumerables tareas de

mantenimiento necesarias, mientras el océano hace su trabajo y el barco poco a poco va rindiéndose ante el óxido.

A primera hora de la mañana del 30 de junio, Suh se fijó en cuatro gaviotas que seguían el barco. «Señal de mal agüero, según la superstición coreana», escribió más tarde. No era insólito que las gaviotas se reunieran en torno a un pesquero con la esperanza de abatirse sobre su captura. Las señales sólo suelen manifestarse a posteriori.

A media tarde, el jefe en cubierta, Kim Minchan, llamó a la puerta del camarote de Suh. Había avistado un objeto en el agua a dos millas a estribor y quería que Suh fuera a echar un vistazo. Arriba, en la cubierta, Suh también vio algo, pero estaba demasiado lejos para afirmar con cierto grado de certeza lo que era. Desde allí, se asemejaba a un punto negro, que aparecía y desaparecía con el sube y baja de las olas.

Suh ordenó a sus hombres que hicieran la vista gorda y siguieran adelante, pero aquel punto no paraba de atraer su mirada. Ahora estaba, ahora no, cabeceando arriba y abajo. Tal vez fuera otro pesquero. Por algún motivo, no podía desentenderse del todo. Allí, en medio del Pacífico, donde no había nada, había algo. Quería saber qué era. Ordenó a sus hombres que virasen en redondo.

Al aproximarse, el punto se convirtió en una forma. Dos formas. Dos embarcaciones, amarradas. Al acercarse aún más, vieron un cuerpo, luego dos. Esos cuerpos se movían, pero apenas parecían humanos. Lo único que Suh podía adivinar es que eran un hombre y una mujer. El rostro demacrado del hombre estaba medio tapado por

una tupida barba. La mujer tenía el pelo largo y enmarañado, y unas piernas que parecían tan frágiles y finas como ramas de sauce. Parecían ancianos, y tan escuálidos que podía entrever la forma de sus huesos bajo la piel. Ahora estaba casi lo bastante cerca para ver sus ojos oscuros y hundidos, con la mirada fija en el barco, como si temieran que si la apartaban desapareciera.

Suh ordenó a la tripulación que se detuviera junto a ellos. Sus hombres lanzaron cuerdas por el lado de estribor. Mientras las cuerdas se balanceaban por encima del bote, Suh vio cómo el hombre arañaba el aire, incapaz de agarrar los cabos. Cuando por fin atrapó uno, parecía que no sabía qué hacer con él. A gritos, la tripulación le dio instrucciones, hasta que finalmente logró introducir el extremo anudado de la cuerda en la chumacera del bote. Los hombres tiraron del bote para acercarlo al barco y dejaron caer una escala.

Suh ordenó a sus hombres que los ayudaran a subir. El hombre quería que la mujer fuera primero, pero la escala estaba más cerca del bote y la tripulación insistió en que subiera él. Suh lo vio aferrarse a la escala, sus brazos largos y flacos tiraban de su cuerpo hacia arriba sobre el costado del barco, con mucho esfuerzo. Una vez en la cubierta, no pudo ni sentarse ni quedarse de pie, sino que cayó hacia delante de rodillas y apoyando las manos, como un perro.

La tripulación tiró de la balsa para acercarla al costado, hasta que quedó debajo de la escala, y la mujer hizo lo propio. Parecía imposible que sus piernas pudieran soportar su peso, pero sus ojos miraban fijamente hacia delante, la determinación endurecía su rostro a cada peldaño.

En cuanto estuvieron en cubierta, Suh pudo estudiarlos. Su ropa estaba podrida, apenas los tapaba. Al hombre le crecía un hongo por toda la piel, roja y amoratada. Ambos apestaban.

Suh entró en pánico. Seguro que estaban enfermos. Lo último que le hacía falta era que una infección se propagara entre su tripulación. Ordenó a sus hombres que extendieran una manta en el extremo más alejado de la cubierta. Acompañaron hasta allí a la pareja, cargando con su peso desde ambos lados, hasta que los bajaron y sus cuerpos se derrumbaron como animales heridos de bala en las patas. El cocinero, Jun Sang-won, les llevó un vaso de leche a cada uno. Se deshicieron en agradecimientos y bebieron a sorbos. La mujer se echó a llorar.

Todas sus pertenencias seguían flotando abajo, en el agua. Suh pensó que no podía dejarlas allí, así que pidió a su tripulación que lo transportaran todo a bordo. Pieza a pieza, subieron la balsa salvavidas, el bote inflable, el remo, la carta marina, el cuaderno de bitácora, el diario, los diccionarios, cuchillos, cucharas, tres cuencos, un set de manicura, cable eléctrico, un botiquín de primeros auxilios, una caja de pastillas, ocho garrafas de plástico llenas de agua estancada y otro recipiente de plástico hasta arriba de carne podrida. Todo apestaba.

Suh dudaba por dónde empezar. No existía un protocolo para aquello, aunque todo parecía apuntar a que el hedor era la prioridad. Todavía no podía bajarlos a un camarote. Cualquier infección se propagaría con mayor rapidez en el universo cerrado del barco bajo cubierta. En el lado a babor de la cubierta había una manguera. Aquello les serviría. Les pidió que se movieran hacia allí,

pero no reaccionaron. Tal vez no lo entendieran. «Cuando grité de nuevo, empezaron a gatear despacio, como bebés», escribió Suh.

Seis tripulantes lavaron al hombre a manguerazos, como si fuera un caballo tras una carrera. A la mujer la llevaron aparte, para respetar su intimidad. Kim, el jefe en cubierta, la ayudó a lavarse con un cubo. Les subieron pantalones y camisas limpias para que se los pusieran, prendas que la tripulación había comprado para regalárselas a sus familias. «Vestidos con ropa nueva, la pareja adoptó un aspecto más humano, pero los codos y las rodillas les sobresalían tanto que parecían los brazos y las piernas de un muerto», escribió Suh. El hedor de su ropa vieja era tan nauseabundo que los hombres la arrojaron de nuevo al océano.

En cuanto regresaron a su manta, Suh vio que la mujer se secaba el pelo con la toalla, un gesto cotidiano que debía de haber llevado a cabo mil veces en la comodidad de un dormitorio. Gateó hasta su montaña de cosas y desenterró un peine. Tras sentarse al lado del hombre, empezó a peinarle el pelo, luego le acarició la mejilla.

La tripulación se quedó en silencio. Suh sintió un dolor en el pecho, que dedujo que era de pena. Tal vez fueran los años lejos de casa, los años sin contacto ni relaciones íntimas, la visión de la amabilidad de una esposa, un gesto de atención pequeño pero deliberado. Llevaba mucho tiempo sin ver o sentir nada parecido. Debía de haber sido esa ternura, pensó, lo que los había mantenido vivos.

Suh tendría que comunicarle el rescate a la naviera. Querrían saber quién era la pareja. No puedes recoger sin más a un par de

desconocidos del océano y esperar que nadie pregunte. Le preocupaba que fueran rusos, la noticia caería como una bomba. No podía llevar comunistas a bordo.

Suh encontró los pasaportes entre sus cosas, húmedos y maltrechos. Maurice Charles Bailey y Maralyn Collins Bailey. De cuarenta y uno y treinta y dos años de edad. Increíble. Parecían décadas más viejos, sobre todo el hombre.

Les asignó un camarote cerca de un cuarto de baño y ordenó a sus hombres que quitaran los colchones de las camas y los pusieran en el suelo. Saltaba a la vista que no tenían fuerza suficiente para subirse a las literas.

Más tarde, cuando bajó a hablar con ellos, se los encontró charlando con sus hombres, muy animados. Automáticamente, en señal de respeto ante la presencia del patrón, trataron de incorporarse, pero él les pidió que se tumbaran de nuevo, y les preguntó cómo se sentían. «Bien, bien», contestaron; era imposible que fuera cierto.

Parecían ansiosos por complacer. No eran rusos, lo prometían, sino ingleses. Su velero se había hundido rumbo a las Galápagos. Cuando le dijeron exactamente dónde, Suh calculó que la corriente los había arrastrado a unas novecientas millas al noroeste de su ruta. Era pura casualidad que los hubieran avistado. La pregunta era qué debía hacer con ellos. El *Wolmi* se acercaba al final de su travesía. Su tripulación quería llegar a casa, a Corea del Sur. Él no quería tener que parar o desviar su rumbo. Quizá los Bailey, aquella extraña y primitiva pareja, pudieran acompañarlos. Ahora eran suyos, como una mercancía. Hasta el momento, se había equivocado en muchas de sus acciones como capitán, pero al menos la tarea a la que se

enfrentaba estaba clara. Tenía ante él a dos personas enfermas, casi más muertas que vivas: estaba obligado a cuidarlas.

Suh mandó llamar al maquinista del barco, Pae Sok-dong, que había servido en el cuerpo médico del ejército de Corea del Sur. Primero había que tratar al hombre. Fuera cual fuese la dolencia que asolaba su piel, requería atención. Cuando con mucha cautela le dieron la vuelta y comprobaron el estado de sus nalgas, carcomidas por unas llagas infectadas y supurantes, tuvieron que apartar la vista. Casi no quedaba nada.

Una de las llagas más grandes estaba tapada con un parche pegado con cinta adhesiva. Pae intentó retirarlo, pero, cada vez que tiraba, la cinta empezaba a arrancar los jirones de piel que quedaban. Tuvo que darle una bofetada en el lateral de la nalga para distraer al pobre hombre, que temblaba y gemía del dolor. Tardó veinte minutos en despegar la cinta, con la piel desintegrándose mientras tiraba. Debajo, Pae descubrió un pequeño cráter, rebosante de pus. Lo presionó para drenarlo y se abrió un profundo agujero: se veía directamente el hueso. Pae le aplicó un ungüento antiséptico y lo tapó de nuevo.

Saltaba a la vista que ambos padecían una malnutrición crónica, pero Suh sabía que debía limitar lo que comían, al menos al principio. Demasiada cantidad demasiado pronto los haría enfermar. Dio instrucciones a Jun, el cocinero del barco, para que diseñara un menú especial. Él mismo renunciaría a los lujos que le correspondían como capitán, y sus hombres se privarían de sus extras, para que la

pareja pudiera tener una dieta familiar y variada: pollo, ternera, huevos, pan, sandía, piña.

Esa noche, Suh no pudo dormir. Dejó a Pae montando guardia fuera de su habitación, por si acaso la pareja empeoraba de repente. Aun así, le preocupaba que no sobrevivieran.

Alrededor de la medianoche, salieron de su camarote. De algún modo, se arrastraron hasta subir a la cubierta y Suh los vio renquear hasta la barandilla, agarrándose el uno al otro para sostenerse. De pie, miraron el mar por la borda.

«Pensé que los comprendía», escribió Suh más adelante. Es decir, comprendía por qué querrían salir de la cama en plena noche, casi sin poder andar, con sus cuerpos todavía exhaustos y doloridos, para poder contemplar el negro océano, frío y hostil en la oscuridad, un océano que casi se había cobrado sus vidas. Que, hasta aquella misma mañana, había sido su hogar.

2

La leche no era fresca, ¿cómo iba a serlo, allí tan lejos, en medio del océano? No, era leche en polvo en lata y paquetes procedentes de una fábrica en los Países Bajos y se almacenaba en grandes cantidades en la gambuza. Cuando se la llevaron hasta la manta en la que estaban sentados, recién subidos a bordo del buque que había acudido a rescatarlos, Maralyn trató de hacer lo correcto, lo cortés, tal como la habían educado, y expresar su agradecimiento. Pero, embargada por el torrente de sabor y la idea de saberse a salvo, ante la presencia de otros seres humanos y su amable atención, era difícil reprimirse y no llorar.

Maurice no la había creído cuando le dijo que el barco estaba acercándose. Había porfiado por lo bajini porque lo hubiera despertado y obligado a arrodillarse. No veía nada. Se habría confundido, imaginado cosas. Más fantasías disparatadas. Llevaban cuarenta y tres días sin ver ni un solo barco.

—¡Está ahí, detrás de ti! —gritó Maralyn.

Tenía razón. Siempre tenía razón. Allí estaba: un pequeño buque blanco, con rayas de óxido. Incluso entonces, él estaba convencido de que no los había visto. Le dijo a Maralyn que dejara de agitar las

manos y se guardara las fuerzas. No soportaba verla gritándole al viento. Deja que siga su camino, pensó. Éste es ahora nuestro mundo, en el agua, entre las aves, las tortugas y los peces. Éste es nuestro sitio.

Y entonces el buque se dio la vuelta. Pudo ver figuras en movimiento en la cubierta. Estaba regresando a por ellos.

—¡Nos has encontrado un barco! —le dijo, como si ella lo hubiera pescado del mar.

Los dos estaban desnudos. De repente, fueron conscientes de su desnudez.

—¡Apáñanos algo de ropa, rápido! —gritó. Con su voz de capitán.

Maralyn buscó unos pantalones cortos mojados y unas camisas casi descompuestas, que se pusieron cuando el barco se arrimó a ellos. Arriba, en la cubierta, vieron a un grupo de hombres desconcertados. Rostros humanos. Se acordaron, antes de trepar uno tras otro por la escala, de liberar a sus mascotas, su pareja de tortugas, en el océano.

Era lo único que habían imaginado durante cuatro meses. Tantísimos barcos habían pasado de largo que su visión se había convertido en algo a medio camino entre la broma y el insulto. Esta vez, un barco había dado la vuelta. En retrospectiva, cada tos ensangrentada, cada tortuga decapitada, cada ataque de diarrea parecían tener un propósito, un sentido que llevaba a alguna parte. Un final que no era la muerte.

Y, aun así, hasta en el momento del rescate, Maurice sintió esa ingrávida sensación de que algo quedaba atrás; algo valioso e

irrepetible, algo que sólo podrías reconocer como tal una vez que hubiera acabado bien. A la deriva, en el océano, había reinado una extraña suerte de paz, aunque fuera una paz cercana a la aniquilación.

Como de costumbre, sus miradas parecían apuntar en direcciones opuestas, la de él hacia atrás, la de ella implacablemente hacia delante. Sentados en la manta, ebrios de leche, rodeados por la tripulación, se volvieron el uno hacia el otro.

—Lo conseguimos —dijo Maurice.

—¡Pues ahora a por el *Auralyn II* y la Patagonia! —contestó Maralyn, como si hubieran podido zarpar al día siguiente.

Pero aquella leche... era la mejor que habían probado, caliente, densa y dulce. Igual que los recién nacidos, sus cuerpos parecían saber que la leche era lo primero que necesitaban. Se bebieron vasos enteros de un solo trago.

Después, los dejaron a solas para comer, como si la tripulación fuera consciente de lo trascendental que aquello debía de ser para ellos. Al principio, uno de los hombres les sacó una fotografía durante una comida, sentados uno junto al otro frente a una mesa. Su expresión era tan seria que parecía que rezaran concentradísimos.

Su primera comida fue sencilla. Huevos, pan, carne en conserva. Pero aun así. Huevos, cocinados y calientes. Pan untado con mantequilla. Carne en conserva, un alimento para niños, salado y denso. Después bebieron agua, agua limpia, que no estaba contaminada ni sabía a goma. La sorbieron con ganas y pidieron

más, y luego aún más. Al parecer podían beber toda la que quisieran.

Además de agua y comida, los hombres les dieron vitaminas, cepillos y pasta de dientes. «Bondad pura», escribió en su diario Maralyn. Sus cuerpos, al sentirse a salvo, dejaron de fingir que funcionaban. Se les empezaron a hinchar las piernas, les salieron edemas por la retención de líquidos, síntoma de cuerpos al borde de la inanición. Apenas eran capaces de moverse. Pero abajo, en el camarote, donde por primera vez en meses los dos podían tenderse cuan largos eran, se sintieron eufóricos.

Cuando Suh bajó a verlos, Maurice intentó felicitarlo, de patrón a patrón, por haberlos avistado en la vacía inmensidad del océano, pero Suh no pareció entender lo que le decía. Maurice se rindió, imaginando que el problema era su acento de Derby. Por alguna razón, a Maralyn le resultaba más fácil hacerse entender.

Por la mañana, Pae les dio un cubo para que se lavaran. Jun les llevó más leche. Maralyn le preguntó a Suh si la había probado, ansiosa por que él tampoco se perdiera aquella experiencia tan extraordinaria. No, le contestó Suh.

—¿Es porque andan escasos de leche? —preguntó, preocupada por que estuvieran acaparando más de lo que les correspondía.

No, respondió Suh. Era sólo que no le gustaba. No tenía por qué gustarle.

Al cabo de poco, sus días en el *Wolmi* encontraron su propio ritmo. Madrugaban y subían a cubierta para ver salir el sol, apoyándose el uno en el otro, aferrándose a las barandillas, arrastrándose si era

necesario. El amanecer, le contaron a Suh, había sido su momento favorito en la balsa. Siempre les brindaba nuevas esperanzas. Tal vez aquél fuera el día.

Luego el desayuno, un tentempié, el almuerzo, otro tentempié, la merienda, la cena. Las comidas eran la medida de sus días. Y la leche. El desayuno consistía en huevos fritos, pan con mantequilla, leche. El almuerzo: cebolla frita, sopa de cebolla y champiñones, cuatro bollitos, cuatro huevos y leche. La merienda: leche con galletas. La cena: sopa de cebolla y champiñones, cuatro bollitos, cuatro huevos, carne en conserva. Más leche. Maralyn anotaba cada comida en su diario, como si tuviera que verlo escrito para creerlo. Estaban tan llenos que se guardaban un bollito, un huevo y unas cebollas para el «banquete de medianoche».

Entre comidas, Maurice se tumbaba en la cama, sin moverse, pero Maralyn no paraba, pasaba a limpio su diario en un cuaderno nuevo. Pae le decía a todas horas que debía descansar. Aún tenía las piernas hinchadas. Necesitaba estar tumbada. Pero había cosas que hacer, como siempre. Insistían en ir al baño sin ayuda. «Déjennos solos para que podamos aprender a andar sin ayuda», le decían a la tripulación mientras gateaban.

Los hombres los visitaban con asiduidad. Pae iba a menudo para tratarle las llagas a Maurice con ungüento y masajearle las piernas a Maralyn. No hubo ni una vez que fuese y no hiciera hincapié en alguna mejora: habían recobrado el color; estaban ganando peso. Consideraba que animarlos era una especie de psicoterapia. Diles que están mejorando, y lo harán.

Suh no paraba de regalarles cosas: un bote de crema hidratante que le llevaba a su hermana; una tableta de chocolate y chicles; un

cuaderno, bolígrafos y papel. El resto de la tripulación también les llevaba regalos: cinturones para sujetarse aquellos pantalones demasiado grandes, una caja de bombones Milk Tray. «Estaban buenísimos», anotó Maralyn. Al ver cuánto les gustaba salir a cubierta a contemplar el océano, unos cuantos hombres les fabricaron un asiento con una capota por encima para que pudieran sentarse resguardados del sol.

Después de tanto tiempo solos, Maurice y Maralyn se sentían abrumados por tanta generosidad. «A medida que nuestro viaje continuaba, empezamos a tener la sensación de que pertenecíamos a aquel barco», escribió Maurice. Era como ser parte de una familia. Cuando Suh les propuso que los acompañaran hasta Corea del Sur, Maurice y Maralyn se pusieron contentísimos. Tampoco es que tuvieran ningún otro lugar adonde ir.

El 3 de julio, su cuarto día a bordo, Suh decidió que había llegado el momento de las fotografías. La tripulación trasladó a la cubierta las posesiones de Maurice y Maralyn que todavía conservaban, inflaron de nuevo la balsa y el bote y colocaron delante distintos bidones, cubos y recipientes, como un tesoro desenterrado.

Maurice y Maralyn posaron en el centro, como en un retrato de boda, rodeados por la tripulación. Con la mano derecha, Maurice agarraba con fuerza uno de los remos del bote, y a Maralyn con la izquierda. Se inclinaban el uno hacia el otro, como si el menor empujoncito pudiera hacer que se desplomaran uno encima del otro. Uno de los hombres se apretujó bajo el toldo de entrada de la balsa. Parecía llenar la embarcación entera. El resto posó con aire solemne

a su alrededor, con camisa o camiseta blanca. Los únicos que sonreían eran Maurice y Maralyn, con la sonrisa cansada y paciente de personas para quienes sonreír todavía era un esfuerzo.

A continuación, la tripulación vació toda el agua vieja que había en los bidones, un agua de lluvia que, en la balsa, Maurice y Maralyn habían tardado horas de tormentas y borrascas en recoger gota a gota en el cubo. Aquella agua que corría por la cubierta, despedía un olor nauseabundo. Al verla escapar a chorros por el costado del barco para regresar al océano, agua al agua, a Maralyn se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo aquel trabajo...

3

Corrió la voz y la noticia del rescate se propagó por Corea del Sur. El 4 de julio, llegó un telegrama a través del radiorreceptor del *Wolmi*, registrado por Pok, el telegrafista. Había ocho preguntas del *Hankook Ilbo* y el *Korea Times*, que solicitaban más información sobre aquella misteriosa pareja inglesa. ¿De dónde procedían y adónde iban? ¿Qué había ocurrido?

Suh no supo contestarlas. Se había preocupado tanto por mantener con vida a Maurice y Maralyn que había olvidado preguntarles, para empezar, cómo habían acabado a la deriva. Bajó corriendo hasta su camarote para hablarles del interés de la prensa. «La gente estaba genuinamente interesada. ¡En nosotros!», escribió Maurice. Parecía absurdo.

Suh les planteó las preguntas, Pae tomó notas, y Suh redactó un informe detallado que envió a los periódicos y a su compañía. Había temido la posible reacción de sus jefes, pero contestaron con un telegrama de felicitación. Por fin, un logro.

Su único logro, reflexionó Suh. Si no hubiera encontrado a Maurice y Maralyn, habría dado por perdida toda la travesía, que había sido un desastre. Incluso entonces, encontrarlos sólo le había parecido otra anécdota más, una de las innumerables cosas raras e impredecibles que ocurren en el mar. Pero ahora que la prensa

estaba interesada, Suh empezó a reconsiderar el rescate. Daba la impresión de que aquello significaba algo para la gente.

El primer artículo apareció el 5 de julio en el *Korea Times*: «Buque coreano salva a pareja británica a la deriva.» Cinco párrafos breves, llenos de errores. «Al parecer, la pareja, identificada como M. C. Bailey, de cuarenta y un años, y su esposa, navegaba a la deriva en su embarcación, cuyo motor había sufrido una avería.» Ni ballena, ni hundimiento, ni balsa; el nombre de Maralyn ni siquiera se mencionaba.

Poco después, llegaron más telegramas, en su mayoría de Corea del Sur. Al día siguiente, otra versión distinta apareció en el *Korea Times*. El velero se había hundido, habían pasado 117 días a la deriva, casi habían muerto de inanición. Todo cierto, pero a Maurice lo llamaban Michael y seguían sin mencionar a Maralyn, salvo por ser su esposa.

Recibieron todavía más telegramas, de Reino Unido y de Estados Unidos. El *Daily Mail*, el *Sunday Times*, el *Sunday People,* el *Daily Mirror* y el *Daily Express* querían más detalles. Pok pasó la noche en vela recopilándolos. Por la mañana, Suh fue de nuevo en busca de Maurice y Maralyn y les mostró algunos de los mensajes.

—Señor y señora Bailey, ¡son ustedes una sensación mundial! —les dijo.

A ellos no les entraba en la cabeza. Subsistir desprovistos de toda comodidad en una balsa y un bote durante casi cuatro meses había sido una experiencia extraordinaria para ellos, pero no entendían que tuviera gran importancia para nadie más.

Los diarios les hicieron ofertas a cambio de una exclusiva: el *Daily Mail*, 6.000 libras, el *Daily Express*, 6.500 libras. Maurice y Maralyn

habían calculado que, cuando volvieran a Inglaterra, tardarían unos ochos años en ganar dinero suficiente para costear su siguiente barco. Si vendían su historia, podrían empezar a construirlo enseguida.

Maurice contestó a cada una de las ofertas: lo tendremos en cuenta. No era ningún tonto. Reparó en que tenían un producto cuyo valor no haría más que aumentar cuanta más gente quisiera adquirirlo. Se mantendrían firmes a la espera de un mejor postor.

El 8 de julio llegó un mensaje de parte de la Compañía Coreana de Fomento de la Industria Marítima. Pok, de guardia y en vela junto a su radio, despertó a Suh a las tres de la madrugada para retransmitírselo. El *Wolmi* debía hacer escala en Honolulu, el próximo puerto importante, para que los médicos sometieran a un chequeo a Maurice y Maralyn. Corea del Sur quedaba demasiado lejos y la Compañía tenía que asegurarse de que la pareja se recuperaba como debía. Los medios de comunicación de todo el planeta tenían la vista puesta en ellos, el valor de su mercancía había aumentado sustancialmente.

Suh sabía que aquello sería un mazazo para su tripulación, que no veía la hora de volver a casa. Se había imaginado atracando en Busan entre multitudes que los aclamaban, con su inestimable captura a bordo. Parecía muy poco probable que Maurice y Maralyn, una vez instalados en el lujo de un suntuoso hotel hawaiano, quisieran embarcarse de nuevo en el *Wolmi*.

Suh les comunicó la decisión a Maurice y Maralyn. «Nosotros ya sabemos cuál es nuestro estado de salud», repuso Maralyn

desafiante, pese a que para entonces Maurice padecía una infección en el dedo y otra en el oído y se quejaba de jaquecas. Cuando Suh les explicó las inquietudes de su empresa, ellos accedieron. Maurice le prometió que en cuanto acabaran con las revisiones médicas regresarían al barco.

El 13 de julio, el sol salió entre la bruma. Suh estaba en el puente de mando; Maurice y Maralyn, de pie a su lado, cogidos de la mano. En la neblina, imprecisas masas azules se arremolinaban y se deshacían sobre el fondo celeste. Lo que quizá fuera una nube se oscurecía y se intensificaba sobre el horizonte. Vieron los bordes recortados de los picos y las pendientes con pliegues de los montes. El azul se convirtió en verde, exuberante y tropical: el verde de los bosques repletos de helechos, pinos y frutales cargados de papayas, frutipanes y mangos, guamúchiles y árboles paraguas, tamarindos y kukuis, aguacates y kiawes. Verde moteado con el color de la buganvilla y el hibisco.

—¿Eso es de verdad Hawái? —le preguntó Maralyn a Suh, como si desconfiara de que un lugar así pudiera realmente existir.

La isla de Oahu cobró forma ante ellos. Las caras oscuras y agrietadas del Diamond Head se erigían sobre el océano. Franjas curvas de playa dorada ribeteaban la masa de tierra. El Pacífico destellaba bajo el sol a medida que se aproximaban a la orilla, lo que confirmaba la presencia, según la mitología local, de unas hadas que pescaban en la costa de Waialua. Más allá, los altos edificios de Honolulu despuntaban a través del cielo. Qué arrogante puede

resultar una ciudad, fija en su posición, después de una larga temporada en el mar.

Una lancha motora se abrió camino surcando el agua hasta su encuentro. Un helicóptero los sobrevolaba en círculos con un estruendo rítmico. Ambos debían de ir llenos de reporteros, supuso Suh, a la caza de la primera imagen de la pareja inglesa arrancada del océano.

4

Hawái, en 1973, era un terreno en construcción. Las grúas se inclinaban sobre sus obras, levantando hileras de hoteles de lujo. Todos los días, aviones de las aerolíneas Pan Am y United eyectaban sin cesar escuadrones de turistas recién llegados del continente con una sola idea: disfrutar de sus vacaciones. Aquel lugar era el patio de recreo de los ricos, y eso decían las guías de viaje: ¡el destino turístico más caro del mundo!

A lo largo de toda la playa de Waikiki, las habitaciones de los hoteles contaban con terrazas desde las que los huéspedes podían contemplar las ondeantes palmeras sobre la arena y a los surfistas que subían y caían sobre las grandes olas finas y alargadas, formadas por las curvas del relieve oceánico, con sus cabezas punteando el agua como focas. Los agobiados empresarios neoyorquinos podían desabotonarse el rígido cuello de la camisa y cambiarlo por unas bermudas, mientras sus mujeres estrenaban coloridos bikinis. Cuando quisieran darse cuenta, estarían paseando por la ciudad con su ropa de playa sin pensar en nada, para ir a ver a aquellas muchachas que bailaban con flores en el pelo. Más tarde, después de unos cuantos cócteles junto a la piscina, dejarían que el alcohol disolviera su yo de antes.

El 13 de julio, mientras el *Wolmi* atracaba en el muelle 8 del puerto de Honolulu, Maurice y Maralyn se colocaron frente a la barandilla de la cubierta, con el brazo izquierdo doblado y apoyado en la barra, y el derecho en el aire, agitando la mano. Sonreían de oreja a oreja; saludaban al unísono. Maurice vestía pantalones cortos y camiseta blanca con el dobladillo de la manga a rayas; Maralyn, falda acampanada, camisa de flores y un grueso cárdigan encima. Llevaba el pelo recogido, pero la brisa se lo soltaba sin parar y le azotaba la cara.

En el puerto, Suh calculaba que habría un centenar de reporteros y cámaras, todos empujándose para hacerse un hueco. Maurice cambió su atuendo por uno más elegante, camisa blanca recién lavada y pantalones oscuros. Maralyn se quitó la rebeca y se atusó el pelo. Bajaron por la pasarela renqueando, todavía con la sensación de que de un momento a otro sus piernas podrían derrumbarse. Primero bajó Maralyn, precedida y seguida por dos hombres de Suh, que le daban la mano. Clavaba la vista en los pies, para concentrarse. Pocos pasos después, se vio capaz de agarrar las cuerdas a ambos lados y aferrarse a ellas para que la guiaran. Maurice arrastraba los pies detrás de ella, estremeciéndose de dolor. Finalmente, alcanzaron el suelo, duro y plano. La firme seguridad de la tierra. Sus cuerpos se tambalearon.

Y ¡pum! Estaban rodeados. A codazos, los fotógrafos competían por captar una instantánea, las cámaras disparaban, los periodistas les gritaban preguntas. El cónsul general coreano, Lee Kew-sung, y el cónsul general británico, D. G. Barr, en traje y corbata, dieron un paso al frente para recibirlos. Oliéndose la oportunidad, los círculos oficiales se habían puesto manos a la obra. Habían organizado una

ceremonia de bienvenida. Barr entregó a Suh una carta formal de agradecimiento en nombre del Gobierno británico y dio las gracias a la tripulación por rescatar a aquella pareja de ciudadanos británicos, como si el final de su terrible experiencia fuera la resolución de una prolongada crisis diplomática. Dos muchachas coreanas, en representación de la comunidad coreana de Hawái, les colgaron unos *leis* de flores al cuello.

Suh los guió entre la muchedumbre. De inmediato volvieron a ser como niños, sin ningún control de sus movimientos. Otras personas se habían encargado de la organización, los coches, el itinerario; les dirían qué hacer y adónde ir. La primera obligación era una recepción y una rueda de prensa en el consulado coreano. Los equipos de televisión, informaron a Maurice, ya habían ocupado sus puestos, la sala estaba abarrotada de periodistas expectantes.

Los acompañaron hasta la parte delantera y los sentaron tras una fila de mesas, frente a una multitud de rostros desconocidos y de cámaras. ¿Por qué les hacían tantas fotos?, se preguntaba Maurice. ¿Qué era lo que había que ver? Maralyn sonreía educadamente y Maurice se enjugaba la frente, parecía acalorado y angustiado. Nadie pudo oírlos bien cuando les pidieron a los periodistas coreanos que transmitieran su gratitud al pueblo de Corea por haberles salvado la vida. La prensa no había acudido en busca de gratitud. Querían saberlo todo sobre la ballena. ¿Era una ballena asesina? ¿Habían estado a punto de morir? ¿Habían encontrado a Dios?

¿Que si habían encontrado a Dios? Maurice estaba indignado. Era evidente que a nadie le incumbía si habían encontrado a Dios o no, y, en cualquier caso, qué suposición tan poco meditada, que una experiencia como la suya debiera conducir a una suerte de epifanía

divina. Qué condescendiente, la verdad, pensar que para sobrevivir habían necesitado la intervención de un ser sobrenatural, cuando si habían sobrevivido había sido gracias al sudor, el ingenio, la resistencia y la suerte. Ese Dios en el que tanta fe depositaban, pensó Maurice, era por extensión el mismo Dios que creó a los hombres que hirieron a la ballena que, para empezar, los había hundido a ellos. ¿No veían que aquello no tenía ninguna lógica? Y por supuesto no había sido una ballena asesina. Sin duda reconocía a un cachalote cuando lo tenía delante.

Aquello no convencía a los periodistas.

—Al fin y al cabo los atacó, ¡así que debía de ser una asesina! —intervino uno.

Qué dejadez, qué falta de precisión. «Empleaban el nombre de una forma imprudente; no como una subdivisión de la orden de los cetáceos, sino como si fuera un adjetivo, uno como el que podría aplicarse a una clase de hombre antisocial», escribió Maurice. ¿Por qué no podía la gente ser más precisa?

Había algo que escapaba a su entendimiento, su historia ya estaba siendo tergiversada. Acababan de desembarcar y daba la sensación de que lo que les había ocurrido ya no les pertenecía.

Maurice trató de aclarar los hechos. Explicó cómo habían capturado tiburones y que Maralyn pescaba mejor que él. Defendió que hubieran matado a criaturas marinas: sabía que estaba mal, pero lo hicieron para sobrevivir. Les contó que la sed les había preocupado más que el hambre, que las tormentas habían sido espantosas, sobre todo cuando las olas se alzaban imponentes sobre la balsa. Y habló, también, de lo mal que él lo había pasado.

—Si todavía estoy vivo es gracias a la tenacidad de mi mujer —dijo a los periodistas.

La impresión que él tenía del rol de cada uno se había solidificado en un hecho. Él había renunciado, ella había tirado de los dos.

Sin embargo, mientras trataba de explicar lo que había ocurrido, Maurice se dio cuenta de que nada de lo que dijera se acercaría a la verdad. Podía describir cómo habían fabricado los anzuelos o troceado las tortugas, pero aquello no guardaba ninguna relación con lo que realmente habían sentido al filetear el pescado o al comerse la grasa de las tortugas.

¿Cómo era posible que alguien que no lo hubiera vivido pudiera entenderlo?

Los hechos por sí solos no podían transmitir la experiencia interior de estar solos durante un periodo tan largo en el vacío del océano, ajenos al tiempo, con la única estructura de la salida y la puesta del sol. Tampoco podían expresar qué se sentía al pasar tanta hambre, al pensar que jamás volverías a ver a otro ser humano, al saber que estabas muriéndote. Maurice se sintió cansado.

Aun así, fue él quien habló casi todo el rato. Maralyn, en palabras de un periodista, «sonreía tímidamente a su lado» mientras él explicaba cómo ella se había hecho cargo de la situación.

—Ella trabajaba sin descanso y me dejaba en evidencia, y así yo acababa haciendo más cosas. Sin hostigarme, me enseñaba con su ejemplo —dijo Maurice.

Las pocas veces que hablaba, Maralyn quitaba importancia a sus penurias. «Mi único contratiempo fue que una gaviota me atacó y me hizo una herida», publicó el *Daily Mirror*, como si las semanas de inanición no hubieran tenido consecuencia alguna.

Otro periodista le preguntó si seguiría de nuevo por mar a su marido. «La morenita respondió: "por supuesto"», publicó el *Korea Times*.

La morenita.

«Por supuesto.»

¿*Seguiría* a su marido?

Para empezar, era él quien la había seguido a ella.

Quince minutos de preguntas, y la rueda de prensa terminó. Los trasladaron en coche hasta el Sheraton Waikiki, un nuevo hotel de cinco estrellas con vistas a la playa. Invitados por la dirección, les habían asignado una suite de lujo, un ático en lo alto de una de las dos torres curvas de trece plantas que se unían por el centro como las alas de un pájaro.

A solas por primera vez desde que habían embarcado en el *Wolmi*, se quedaron de pie mirando el mar desde la terraza. En la playa había gente aquí y allá. Las palmeras se inclinaban y se estiraban con la brisa. Las olas, rizadas y de bordes blancos, avanzaban, como si supieran que debían mantener su reputación como las mejores del mundo. Desde la decimotercera planta, el océano parecía bien diferenciado y aparte. Lo veían como lo ven otras personas, como un decorado o un lugar de diversión.

Esa primera noche en tierra durmieron en aquella cama recién hecha, de sábanas limpias y base sólida. Nada se movía. Los sostenían unos cimientos clavados en las profundidades de la tierra, y sus cuerpos lo sabían. Sus músculos, agarrotados durante cinco meses, por fin pudieron aflojarse.

Por la mañana, Maurice llamó a recepción e intentó solicitar el servicio de habitaciones. La mujer estadounidense que respondió a su llamada no fue capaz de averiguar lo que decía.

—Disculpe, señor, pero no hablamos japonés —dijo ella.

Una vez más, Maurice era ininteligible, como si hablara una lengua diferente a la del resto de los habitantes de la Tierra.

El consulado británico envió a su servicio médico. Los informes eran positivos. Sus dentaduras estaban en malas condiciones, pero parecía que de nuevo digerían con normalidad, y el hongo de la piel de Maurice casi había desaparecido. Estaban agotados y faltos de energía, pero la recuperarían. Sus cuerpos tardarían semanas y meses en recobrar todas sus fuerzas.

Después de la rueda de prensa, los diarios británicos y coreanos hicieron pública la historia el fin de semana del 14 y el 15 de julio. Maurice y Maralyn aparecieron a toda plana en las portadas del *Sunday People* («"Mi mujer nos salvó", declara el superviviente del calvario en alta mar») y el *Sunday Mirror* («El milagro del imperdible»), junto a una fotografía de ambos con sus *leis* en el cuello y sonriendo lánguidamente.

El 18 de julio, el *Korea Times* y el *Hankook Ilbo* publicaron la primera de las trece entregas del relato del rescate narrado por el capitán Suh: «Salvar un atisbo de vida humana provoca una oleada de emoción.» Suh describió el momento del avistamiento y el rescate, sin obviar el hedor de la extenuada pareja, poniéndole todo el sentimiento: «El 30 de junio de 1973 se ha convertido en el día

más inolvidable de mis treinta años de vida.» De no ser por los Bailey, añadió, el viaje habría sido un amargo recuerdo.

La prensa local británica, de Bristol a Aberdeen, cubrió la noticia. El *Derby Evening Telegraph*, orgulloso de su conexión con «la pareja ex vecina de Allestree», incluía un fragmento extraído de la primera llamada telefónica, hecha desde su habitación de hotel, de Maralyn a Ada. Según se relataba, Maralyn le dijo a su madre: «No tendrías que haberte preocupado. Maurice y yo somos como la mala hierba, y mala hierba nunca muere.»

En uno de los reportajes, afirmaba que ella y Maurice no habían discutido, ya que estaban demasiado ocupados pescando e intentando sobrevivir y no tenían tiempo de pelearse. A diferencia de Maurice, que no perdía ocasión de repescar alguna de sus debilidades, Maralyn ya estaba repintando las grietas. Como si quisiera dar una impresión de resiliencia incorrupta. Habían sobrevivido, ¿no era cierto?: entonces, ¿por qué obcecarse en los problemas?

Después de estudiar con lupa todas las ofertas de los periódicos británicos, decidieron vender toda su historia al *Daily Express* por 10.000 libras. Una suma extraordinaria. En todo caso, el *Express* estaba impaciente por publicarla, así que envió a una pareja de periodistas de Los Ángeles, Ivor y Sally, para entrevistarlos.

Los Davis pasaron varios días con Maurice y Maralyn, atrincherados en su suite del hotel. Ivor habló con Maurice e intentó, en ocasiones con dificultad, extraer una historia más íntima y personal. Sally, mientras tanto, se llevó a Maralyn a otra habitación, con la esperanza de que así se expresara con mayor libertad. El resultado fue una serie de artículos firmados por Maurice y Maralyn,

publicados en el *Express* a lo largo de varios días, que se presentaban como «la mayor historia de supervivencia de todos los tiempos». «Jamás ha dependido nunca tanto una persona de la otra», anunciaba el titular. «Cuando él flaqueaba, el valor de ella lo sostenía.» En la fotografía, una instantánea embarazosa, se ve a Maralyn inclinada sobre Maurice, despatarrado de lado sobre un colchón mientras le tratan la pierna.

Al principio, la escritura de Maralyn mantuvo la forma de notas de las entradas de su diario. Después del relato del hundimiento del *Auralyn*, volvió a decantarse por una especie de taquigrafía: «Ni un barco»; «Tormenta eléctrica»; «Hice dominó con fichas de papel y jugamos». Pero entonces, sonsacada por Sally, su tono devino más confesional. Describió las depresiones de Maurice y cómo él se autoinculpaba. «M sigue insistiendo en que es un fracaso total, pero yo sigo diciéndole una y otra vez que todavía estamos vivos y que hemos hecho miles de cosas juntos, suficientes para llenar tres vidas enteras», escribió.

Todos los matrimonios tienen sus conversaciones recurrentes. Ellos habían mantenido aquélla durante cuatro meses: la desesperación de él, la determinación de ella. Mientras detallaba los discursos motivadores que le soltaba, los planes para el nuevo barco y las cenas que organizarían a bordo, Maralyn llegó a una cruda conclusión: «Me doy cuenta de que, de los dos sexos, los hombres pueden ser físicamente más fuertes, pero mentalmente las mujeres son insuperables.»

La versión de los acontecimientos de Maurice se publicó un día después que la de Maralyn. Desde el principio, dejó clara su tónica general: todo el ímpetu del viaje había provenido de Maralyn y, una

vez que el barco se hundió, ella estuvo al mando. «Vi que ella era más fuerte y más capaz que yo, así que me quedé de brazos cruzados y me preparé para dejar que ella tomara el relevo. Y lo hizo.»

En consecuencia, su matrimonio era ahora más igualitario, concluyó. Su esposa no sólo era más competente, sino más disciplinada. Podía coger una lata de comida y comérsela despacio, cucharada a cucharada, aunque estuviera muriéndose de hambre. «Si hubiera estado yo solo, me la habría zampado en un segundo.» Ella había pasado a ser la adulta, en cierto modo, y él, el niño. «Puede que en su fuero interno se alegrara de que fuera yo quien flaqueaba y ella quien asumía el mando», añadió, casi de pasada.

Puede que Maurice nunca hubiera visto como un don su enfermiza falta de autoestima, pero eso había empoderado a Maralyn.

En Honolulu, todos se los rifaban. La asociación de Hijas del Imperio Británico los invitó a una gala en su honor, que Maurice rechazó con sumo gusto. Un grupo que creía ser la rama hawaiana de la familia Bailey también reivindicó su parentesco. Maurice no les hizo ningún caso. La mujer del cónsul se erigió en cicerone de Maurice y Maralyn.

Asistieron a almuerzos, cenas, cócteles y pícnics en Diamond Head, con vistas al océano. Fueron a un espectáculo de hula-hula y los llevaron a visitar una plantación de piñas, los bufaderos de la costa y Pearl Harbor. Maralyn registraba cortésmente en su diario cada acontecimiento, la «preciosa casa» de una pareja, «el bufet delicioso» de una fiesta. Sus entradas eran breves frases sueltas,

como si le faltara la energía para evocar los detalles. En una de las cenas escribió: «A duras penas aguantamos despiertos.»

En un encuentro con estudiantes de medicina en el paraninfo universitario, los invitaron a subir al escenario para hablar de la proeza física de su supervivencia, y dejaron al público atónito al revelar que habían pasado semanas y semanas comiendo peces ballesta, que siempre se habían considerado venenosos.

Un día de viento y mucho sol, los fotografiaron sentados en un muro en lo alto del Punchbowl, un gigantesco cráter volcánico formado por la lava que había salido despedida a través de antiguos arrecifes de coral y que ahora albergaba un enorme cementerio de veteranos de guerra estadounidenses, donde cada tumba estaba marcada por una lápida plana de granito. Vistas desde arriba, se asemejaban a las alargadas líneas discontinuas de las marcas viales en el asfalto.

Cada vez posaban mejor para las fotos. Sus sonrisas parecían genuinas, sus músculos faciales un poco más relajados. Parecían las típicas fotos de vacaciones, salvo porque aquello no eran unas vacaciones. Era difícil saber exactamente qué era o, si me apuras, quiénes eran ellos ahora. Daba la impresión de que eran algo a medio camino entre turistas y famosos; les mostraban cosas y, al mismo tiempo, también los mostraban a ellos, como una atracción más, como cualquier otra cosa que vieran.

La Compañía Coreana de Fomento de la Industria Marítima les comunicó su nueva decisión. El estado de salud de Maurice y Maralyn era demasiado precario para otra larga travesía por mar.

Suh y su tripulación, quienes sin visado debían esperar en el *Wolmi* y sólo podían pisar tierra si iban escoltados, tendrían que zarpar y regresar a casa, a Corea del Sur, sin ellos.

«Nos llevamos una gran desilusión. Anhelábamos volver a bordo y participar de nuevo en la vida de aquel barco», escribió Maurice. Los seguirían en cuanto pudieran, les prometió. El Gobierno surcoreano se mostró entusiasmado por recibirlos. Su rescate ya había alcanzado fama internacional. Como anfitriones de Maurice y Maralyn, podrían mostrarle al mundo con orgullo su país, Corea del Sur.

Un funcionario les hizo una visita en el hotel para comunicarles que un periódico coreano, el *Donga Ilbo*, la embajada coreana y Korean Air se habían aliado para organizar el viaje. Todo estaba planeado.

Todo estupendo, pero lo que Maurice quería era regresar al *Wolmi*. Echaba de menos sus rituales, su horario inflexible y limitado repetido una y otra vez. La tierra firme, por el momento, los había abrumado con su diversidad y sus exigencias. Demasiada gente, demasiada atención. En el mar, estarían solos de nuevo. Pero daba la impresión de que a partir de ahora ya no podrían permitirse decidir cómo se desarrollarían sus vidas. No era sólo porque carecieran de vivienda o de ingresos, aparte del cheque inverosímil del *Daily Express*. Su futuro estaba en blanco, salvo por la promesa de un barco todavía por construir.

Mientras el *Wolmi* zarpaba del puerto, encogiéndose hasta no ser más que una mancha en el horizonte, Maurice y Maralyn se despidieron diciéndole adiós con la mano y gritando en coreano. ¡Adiós y buena suerte!

Toda la tripulación estaba en sus puestos. Suh en el puente de mando, Jun en la cocina, Pok en la radio. Todo como siempre había sido, excepto por la ausencia de una pareja inglesa que, poco a poco, regresaba a la vida.

5

El 1 de agosto, Maurice y Maralyn embarcaron en un avión con destino a Seúl y sobrevolaron la gran llanura azul del océano Pacífico en un solo día.

La muchedumbre que los aguardaba a su llegada en el aeropuerto de Gimpo no era tan devota como la que unas semanas antes había dado la bienvenida a Billy Graham. El evangelista estadounidense había predicado el Evangelio ante más de un millón de personas en la explanada de un kilómetro y medio de la isla de Yeouido, en el río Han, y había concluido su sermón ante la multitud allí congregada con una orden: «Si estáis dispuestos a renunciar a todos los demás dioses, levantaos.» Uno a uno, fueron poniéndose de pie antes de que Graham se subiera al helicóptero que lo esperaba y se fuera volando.

Maurice, que hacía mucho que había renunciado a todos los dioses, fue el primero en desembarcar del avión, vestido con una camisa marrón y unos pantalones bien ceñidos con una correa, ambas prendas muy holgadas sobre su todavía delgada figura. Llevaba un bolso de piel y se agarraba a la barandilla sonriendo a las cámaras de oreja a oreja. Maralyn iba detrás, con una llamativa camisa floreada, pantalones blancos y sandalias blancas. Se miraba los pies, como si le preocupara poder caerse. «Estamos muy muy

contentos», declaró Maurice a los periodistas, por si acaso sus sonrisas no fueran lo bastante convincentes.

Al salir del aeropuerto a la cálida noche de la ciudad, los periodistas y fotógrafos se apiñaron a su alrededor. Unos doscientos, según el *Donga Ilbo*. Los guardias de seguridad tuvieron que abrirles paso a empujones entre la turba hasta la limusina negra que los esperaba. Una escolta policial los precedía y, a toda velocidad, los periodistas los persiguieron hasta su hotel, el Sejong, en el centro de Seúl. El plan era perderlos por el camino para que no descubrieran el alojamiento de Maurice y Maralyn. Aunque todo aquello no parecía tener mucho sentido, pensó Maurice, ya que al llegar al hotel se toparon con una enorme pancarta colgada sobre la entrada donde se leía: ¡BIENVENIDOS A COREA, SEÑOR Y SEÑORA BAILEY!

Hacía sólo unos años que habían inaugurado el Sejong, llamado así en homenaje al cuarto monarca de la dinastía Joseon. Su nombre resplandecía en los carteles luminosos que había encima de la fila de ventanas más alta. Frente a él se erigía la arbolada montaña de Namsan, desde donde se elevaba hacia el cielo la recién construida torre de telecomunicaciones.

En esta ocasión, su suite estaba decorada al estilo tradicional coreano. A Maurice le gustaba. Así es como se había imaginado Corea del Sur, no como la Seúl que había visto por las ventanillas de la limusina en el trayecto desde el aeropuerto. Se había esperado casas tradicionales de madera con tejados recubiertos de tejas y puntas respingonas. En vez de eso, habían pasado junto a rascacielos, autopistas sobreelevadas y supermercados excesivamente iluminados. Bajo el liderazgo autoritario de Park Chung-hee, Corea del Sur experimentaba su primera fiebre de

expansión industrial, reconstruyéndose sobre las ruinas de la Guerra de Corea. Maurice se llevó una desilusión. Se parecía más a una ciudad de Estados Unidos que a la Corea que él había imaginado.

Una vez más, les llovieron las invitaciones. No les quedaba otra. Maurice y Maralyn, recién nombrados mascotas del país, estaban en Corea del Sur para que los fotografiaran haciendo todo cuanto se les pidiera. Las cámaras los rodearon cuando el alcalde de Seúl, Yang Taek-Sik, les hizo entrega de la llave de oro de la ciudad y un certificado de nacionalidad como ciudadanos honorarios. Hubo almuerzos con el embajador británico y cenas con los directores de las cadenas de televisión.

Cuando sus fotografías aparecían en la prensa, a menudo confundían sus nombres en los pies de foto: Maurice en vez de Maralyn, Maralyn en vez de Maurice.

A Maurice, a veces, le costaba saber cómo comportarse. En una cena con veinte empresarios, las encargadas de servirles eran *gisaeng*, antiguas cortesanas cuyo cometido era agasajar a hombres de las clases superiores, y que ahora representaban ese papel para los visitantes. Ataviadas con trajes tradicionales coreanos y el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza, se movían con sigilo por la sala e iban colocando una botella de whisky junto a cada invitado. Maurice y Maralyn la rechazaron, así que todos los demás tampoco bebieron. Deduciendo que había arruinado la velada, Maurice no veía la hora de marcharse, pero la cena parecía no terminar nunca. Horas después de que acabara la comida, nadie se iba. Se preguntaba cómo podrían escapar de allí. Por fin, uno de los

hombres se puso de pie y todos huyeron. No supieron hasta más tarde que todos habían estado esperando a que Maurice, el invitado de honor, se marchara primero. Aun así, Maralyn anotó en su diario que habían visto unos estupendos bailes tradicionales.

Para iniciar su visita oficial, un tren rápido los trasladó hacia el este a través de los campos coreanos para mostrarles los logros más destacados del país. En los nuevos astilleros de Hyundai, en la costa oriental cerca de Ulsan, Maurice quedó impresionado, tal como se esperaba de él, al contemplar aquellos gigantescos barcos, construidos a una velocidad que ninguna empresa europea podía aspirar a emular.

Recorrieron el país de norte a sur, de este a oeste, haciendo parada en un monasterio budista en las montañas de las provincias meridionales. Los monjes quisieron fotografiarse con ellos. En Panmunjeom, donde se había firmado el armisticio que en 1953 puso fin a la guerra, recibieron el saludo de un guardia de honor, como si fueran jefes de Estado en misión diplomática y no un matrimonio que había pasado cuatro meses en una balsa salvavidas. Mientras les enseñaban la zona y los llevaban hasta la alambrada de púas que marcaba la frontera con Corea del Norte, a Maurice le prohibieron saludar con la mano, no fuera a ser que aquel gesto inocente se malinterpretara como una acción bélica.

Finalmente, arribó el *Wolmi*. El 4 de agosto, Maurice y Maralyn cogieron el tren rápido hasta Busan. Tras subir a bordo del buque oxidado, por fin en casa, Maurice y Maralyn saludaron a sus rescatadores. A Suh lo obsequiaron con una guirnalda de flores

alrededor del cuello, y los tres posaron juntos para las cámaras. Maurice y Suh se abrazaron como hermanos. Maralyn se quedó de pie justo detrás. Suh los notó transformados. Carne en los huesos, ojos brillantes, cuerpos capaces de sostenerse. Así es como en realidad eran.

Llegó la hora de irse. Ivor y Sally Davis, los periodistas que los habían entrevistado en Honolulu, los invitaron a su casa de Malibú, en California. Durante los días que habían pasado escuchando su historia, los Davis se habían encariñado de ellos. Se ofrecieron a enseñarles Los Ángeles, a cuidar de ellos. ¿Por qué no? Así postergaban su regreso a Inglaterra.

Tras despedirse de otra multitud en el aeropuerto de Gimpo, Maurice y Maralyn subieron al avión. Los seguiría por barco un contenedor que habían encargado construir exprofeso para los numerosos regalos que les habían hecho. Una travesía oceánica más hasta aterrizar en el aeropuerto de LA. Un funcionario miró por encima sus pasaportes y les estampó un sello a cada uno: «Departamento de inmigración de EE. UU.: No es necesario visado.» Maurice estaba encantado. La fama tenía sus ventajas.

Y otra vez en marcha, como juguetes de cuerda. Una recepción especial en el consulado británico, visitas a Disneyland y a los estudios de Universal, una excursión en coche para subir al Coral Canyon y bajar a Sunset Boulevard. Entremedias, «se comieron todo lo que teníamos en casa y más. Comer, comer y nada más que comer», rememoró Ivor.

Mientras volvían de un concierto de la Orquesta Sinfónica de Boston en el Hollywood Bowl, un coche se empotró contra la parte trasera del Volvo de Ivor, causando graves daños en el vehículo. Todos salieron ilesos, pero Ivor entró en pánico. He aquí una pareja que había sobrevivido en mar abierto y va él y casi los mata en la autopista.

Una tarde, Maurice decidió saltarse una salida y se fue solo a la playa. Llevaban casi dos meses de gira con su espectáculo, poniendo en escena su baile de agradecimiento una y otra vez. Ser un invitado puede resultar agotador.

Se sentó a contemplar el océano, con la luz rebotando en las olas bajas. Costaba creer que fuera el mismo océano en el que habían pescado, luchado, vivido. Ahora su terrible experiencia tenía un halo inocente. No habían sido conscientes de lo que significaba, ni de lo que acabaría siendo.

Le pareció maravilloso tomar cierta distancia, por un instante. Se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que se sentaba tranquilo en una playa. «He desembarcado en ellas, caminado por ellas, nadado desde ellas, hasta he picoteado algo en ellas», escribió, pero nunca se había limitado a sentarse sin hacer nada. Hasta ahora, tomar el sol había sido uno de los muchos comportamientos humanos que le resultaban desconcertantes. La relajación, para Maurice, se aproximaba a la degradación moral. Sin embargo, aquí, ahora, a solas por primera vez en meses, se quedó sentado y ya está. No tenía que hacer comentarios amables a lo que veía. No tenía que posar para ninguna fotografía. No tenía que intentar hacerse entender.

Todavía estaba muy cansado; el cansancio daba la sensación de haber arraigado en algún lugar profundo e incurable de su cuerpo. Sentado en la arena, a solas, podía descansar. La soledad, cuando se elige, puede ser un gran regalo.

6

El *jet* blanco de la Pan Am inició su descenso hacia Londres entre densas nubes. Para entonces ya eran pasajeros con mucha experiencia que atravesaban océanos como si nada. Ivor les había comprado los billetes, el bueno de Ivor, y luego les había comprado otros en un vuelo distinto en cuanto se enteraron de que su itinerario se había filtrado a la prensa. Tras el asalto en Honolulu y Seúl, no eran capaces de enfrentarse a otra horda de periodistas en una terminal de llegadas.

Poco antes de aterrizar, Maurice avanzó tambaleándose por el pasillo para asearse en uno de los minúsculos cubículos, y una turbulenta sacudida lanzó despedida el agua caliente del lavabo y le empapó los pantalones.

¿Por qué volar a Inglaterra puede resultar una experiencia tan deprimente? No era sólo que pareciera que se había orinado encima, sino que debajo había un paisaje que creían que nunca más volverían a ver. Hileras de jardines traseros separados por vallas; casas de ventanas oscuras y campos a escuadra y cartabón; finas filas de coches desfilando por carreteras grises. Las vistas de Inglaterra desde arriba parecen prometer una vida segura y ordenada, lo cual podría haber sido un consuelo para Maurice y

Maralyn, de no ser porque aquélla era precisamente la vida de la que se habían propuesto escapar.

Era en Inglaterra donde habían empezado, y donde tendrían que empezar de nuevo. Erroll Bruce, el ex comandante de la Marina que dirigía la Nautical Publishing Company en Lymington, Hampshire, quería publicar su relato lo antes posible, mientras la historia todavía estuviera fresca en la mente del público. Maurice sabía que un libro les ayudaría a costear su siguiente travesía. Su futuro dependía del dinero que pudieran sacarle a su pasado.

Y el futuro, en realidad, era en lo único que Maralyn quería pensar. El nuevo barco. El próximo viaje. Según sus amigos, era algo compulsivo: mirar sólo hacia delante.

Pero no en Inglaterra. Llevaban ya semanas en constante movimiento. Después de Hawái, Corea del Sur y California, era como si los estuvieran bajando de las nubes para meterlos en una trampa. ¿Y, exactamente, a qué volvían? No tenían un hogar propiamente dicho, y el país parecía estar desmoronándose. Según la prensa, Inglaterra no sólo atravesaba una recesión temporal debida a la crisis del petróleo, la inflación y las huelgas, sino que se encontraba en una situación de decadencia extrema. Acechaba la amenaza de bombas por parte del IRA. En cuestión de meses, Ted Heath, el primer ministro, pronunciaría el discurso en el que anunciaría la semana de tres horas y advertiría a la población de que las navidades serían terribles. El país estaba agotado, saltaba a la vista que se estaba pudriendo, que se había echado a perder.

Un coche, enviado por Erroll Bruce, los trasladó del aeropuerto a la ciudad a través de un tráfico congestionado. Húmedo tras las

lluvias de agosto, Londres presentaba su típico aspecto sucio y gastado de finales de verano.

El automóvil se detuvo en la entrada del Royal Lancaster, un hotel con vistas a Hyde Park. El establecimiento, un austero bloque de habitaciones, se había inaugurado hacía pocos años, en 1967. Desde la planta más alta se veían el Round Pond y una extensión de plátanos de sombra.

En la puerta los esperaba un equipo de reporteros de la BBC. Maralyn, harta de tanta atención, pasó corriendo por su lado y entró en el vestíbulo negándose a hacer declaraciones.

Maurice, consciente de sus obligaciones con la prensa, tuvo que convencerla para que volviera y se dejara entrevistar, prometiéndole que en cuanto acabaran con aquélla, los dejarían en paz, lo cual era poco probable, dado que la ITN ya estaba esperándolos dentro.

Una vez en su habitación, Maralyn llamó a June, la contramaestre. No habían hablado desde su rescate, del que Colin y June se habían enterado por casualidad por la radio mientras estaban de vacaciones en Gales. Tenían que ir a cenar con ellos, venid y quedaos en el hotel, dijo Maralyn. Los Foskett cogieron el coche y se plantaron en Londres.

Aquella noche, en el restaurante del hotel, los cuatro hablaron tanto rato que la comida se les enfrió, el salón se vació y el jefe de comedor tuvo que pedirles que se marcharan. Colin y June querían saberlo todo, la historia completa, cómo se habían hundido y cómo habían sobrevivido, pero Maurice y Maralyn no paraban de cambiar de tema, como si no tuvieran ningún interés en volver otra vez sobre lo mismo. De lo único que querían hablar era de su próximo viaje.

Entonces llegó la oferta. En cuanto tuvieran construido su nuevo barco, ¿querrían Colin y June acompañarlos a la Patagonia?

Tal vez fuera por el entusiasmo del momento, el sentimentalismo de la reunión, la sensación de una aventura a la que habían sobrevivido de milagro y de otras a la vista, pero sin apenas hablarlo entre ellos los Foskett dijeron que sí. Colin no fue consciente hasta más tarde de a lo que había accedido, de la escala y el riesgo del viaje, del trastorno que aquello causaría en sus vidas. Tendrían que renunciar a sus trabajos. Implicaría pasar meses en el mar. Colin llamó a su hermano para contarle lo que había hecho. «Estás loco de remate», respondió su hermano.

A la mañana siguiente, un chófer los llevó hasta Lymington, donde se alojarían en la mansión de verjas blancas de Erroll Bruce, cuyos jardines daban paso a prados y cuyo sendero desembocaba en el mar. Les hicieron una fotografía paseando tranquilamente entre la hierba de la mano, los dos con camisa de cuadros, Maurice con sandalias y calcetines, Maralyn con pantalones de campana.

Lymington, cerca de donde habían comenzado, no había cambiado un ápice. Era una localidad próspera y orgullosa, con mercado y una bonita calle mayor cuyas bocacalles adoquinadas conducían hasta un muelle lleno de veleros. Los vecinos del pueblo podían salir de excursión a lo largo del litoral navegando directamente desde sus dos puertos deportivos hasta el estrecho de Solent. Marineros aficionados, travesías cortas; nada que se asemejara a lo que ellos habían hecho. «Maralyn y yo podíamos percibir el extraño enigma de haber vivido en dos mundos distintos», reflexionaba Maurice.

Inglaterra se le antojaba aún peor de como la recordaba. Todas las antiguas estructuras seguían en pie, como si importaran. Un sistema político corrupto, caótico. La adulación que se prodigaba a futbolistas y estrellas del pop: George Best, David Bowie, hombres guapos con peinados sorprendentes a los que se veneraba como a dioses. Una población obsesionada, de entre todas las cosas posibles, con la monarquía.

La princesa Ana y Mark Phillips acababan de anunciar recientemente su compromiso sobre el césped del Palacio de Buckingham. Ella, con traje rosa y pañuelo de seda, había presumido de su anillo en televisión: un zafiro flanqueado de diamantes. El país se moría de curiosidad.

Maurice se sentía como un veterano de guerra que vuelve a su país después de una guerra larga y remota para encontrarse con que la gente estaba preocupada por las minucias insignificantes de su propia vida y la boda de una princesa. ¿Cómo sería el vestido de la novia? Él había probado lo que era vivir al borde de la muerte.

Maralyn, mientras tanto, seguía obcecada con sus planes. Nadie parecía comprender que ambos desearan regresar al mar, y la gente a menudo les preguntaba por qué no se compraban una casa en vez de un barco. «Si se te quemara la casa, te construirías otra», contestaba Maralyn. «Pero lo que antes era mi hogar se ha hundido, así que voy a construirme otro.»

Todo el constante interés mediático «la inundaba de una sensación de fastidio absoluto», escribió Maurice. Aun así, tenían que seguirles el juego, sobre todo a quienes tal vez pudieran ayudarlos a equiparse para su siguiente viaje. La empresa de plásticos Allied Polymers, que había fabricado el material de la balsa

salvavidas, los llevó a visitar sus instalaciones en helicóptero. En Portsmouth dieron el pistoletazo de salida a la regata Whitbread, que daría la vuelta al globo. La empresa de gomas Avon, constructores del bote inflable y la balsa salvavidas, los invitó a inaugurar su nueva fábrica en Llanelli, en el sur de Gales. Maurice lució un traje, Maralyn su abrigo de cuadros. Sonriendo de oreja a oreja, posaron delante de un mapa del océano Pacífico que mostraba su ruta, cuya línea pasaba de ser continua a punteada después del hundimiento de su barco. Y luego otra vez, sosteniendo una bandera galesa junto a una placa recién descubierta:

> *Esta fábrica fue inaugurada por Maurice y Maralyn Bailey en conmemoración de sus 117 días a la deriva en el océano Pacífico, en 1973, a bordo de un bote inflable y una balsa salvavidas Avon.*

Hasta el concesionario donde habían comprado su primer coche les pidió un poco de publicidad. La mayoría de las veces aceptaban. La fama haría que el libro se vendiera, y necesitaban el dinero, un montón de dinero, para sufragar la travesía. Las 10.000 libras del *Express* cubrirían gran parte de los costes iniciales de construcción del barco, pero no el viaje entero y todas sus provisiones. Comparados con sus coetáneos, se encontraban en una situación económicamente precaria. Mientras ellos habían estado mar adentro, empobreciéndose, sus amigos habían encontrado trabajos mejores, comprado casas más grandes.

Aun así, Maurice se negaba a quejarse, al menos en voz alta. Debían pensar en lo que ellos habían ganado. «Nos conocíamos

mejor a nosotros mismos, éramos más autónomos y habíamos demostrado ser emocionalmente independientes.» Como si no necesitar a nadie fuera un logro.

No tardaron en verse obligados a poner los pies en la tierra. Maurice no se encontraba bien. En el hospital general de Southampton, le detectaron una cavidad en un pulmón. El coágulo que había expulsado al toser en la balsa le había dejado un agujero.

Desde la mansión de los Bruce, se mudaron varias veces, incluida una temporadita con Colin y June que no duró mucho. La verja del jardín chirriaba. Colin se topaba a todas horas con Maurice allí afuera, engrasándola. Finalmente, se mudaron a un piso alquilado encima del supermercado Tesco de la calle mayor de Lymington. No había verja que chirriara. Con eso bastaba.

Bruce quería publicar el libro la primavera siguiente. Maurice no trabajaba bien bajo presión: le gustaba escribir despacio y con esmero, comprobando y volviendo a comprobar sus fuentes para asegurarse de que eran exactas. ¿Y cómo escribes sobre una experiencia como aquélla? ¿Cómo la reduces a oraciones? Contaba con el cuaderno de bitácora, sus cartas de navegación, los registros de observaciones y velocidad del viento, el diario de Maralyn, pero nada de aquello captaba la sensación de que el tiempo se ralentizaba casi hasta la vacuidad, las horas de vacío, el espacio en blanco del océano.

Maurice sólo podía confiar en lo que sabía con certeza, una letanía de datos. Avanzaba cronológicamente, sin temerle a la jerga. «Enganché la orza a la cuerda salvavidas del puerto mientras

Maralyn amarraba la escota a estribor.» Hacía pocas concesiones a los lectores no familiarizados con la terminología náutica.

Y, aun así, al mismo tiempo, escribir el libro le permitía reflexionar un poco acerca de cómo habían sobrevivido. Todo era Maralyn: su optimismo, su fe. «En ella el don del liderazgo era innato y, mediante su ejemplo, mostraba la fuerza de voluntad que es necesaria para que la vida siga adelante», escribió. Tampoco temía revelar su desesperación. ¿Para qué negarla?, si al fin y al cabo era cierta.

Maralyn, mientras tanto, redactó su propia versión, más breve que la de Maurice. Tiró de su diario y ofreció sobre todo comentarios basados en hechos, salpicados con algún que otro arrebato de frustración. Muchas veces, se limitaba a explicar alguna de sus innovaciones, como la baraja de cartas, que medían aproximadamente unos cinco centímetros por siete y medio, o sus anzuelos hechos con imperdibles, gracias a los que pudieron «lanzarse de nuevo al negocio de la pesca». Ni siquiera a estas alturas podía evitar sonar como una motivada.

Sus pasajes se alternaban, cada uno impreso bajo el nombre de su autor. Algunos iban precedidos de un subtítulo: «La decimoquinta tortuga»; «Maurice enciende una fogata»; «Hablamos de la muerte». A veces, el tono era tan pragmático que se leía como el doble relato de unas vacaciones normales y corrientes que acababan dando un giro poco convencional.

Para rellenar, incluyeron mapas, las instantáneas del barco hundiéndose de Maralyn y algunas fotografías granuladas de su diario. Parecía una recopilación de pruebas de una escena del crimen, como para demostrar que todo aquello había ocurrido de

verdad. Una serie de ilustraciones representaba todas las aves y peces que habían visto, y algunas de sus aventuras en la balsa.

Uno de los dibujos de mayor tamaño era el de la ola gigante. Se ve a Maurice cayéndose del bote de espaldas, con el trasero en el océano. Maralyn lo contempla desde arriba, desde la abertura de la balsa, con un brazo estirado con delicadeza sobre el borde, como si, asomada a la ventana de la planta de arriba, lo llamara para que subiese a merendar.

El libro, *117 días a la deriva*, se publicó en abril de 1974. La cubierta de la primera edición era una fotografía en color de Maurice en el bote, inclinándose para agarrar el cabo lanzado desde el *Wolmi*. La balsa salvavidas aparece a la izquierda, y unas olas coronadas de blanco entre ambas embarcaciones. A Maralyn no se la ve por ninguna parte.

En las primeras páginas se incluía una nota del editor, cuya minuciosidad recuerda muchísimo al estilo de Maurice, en la que a lo largo de cinco párrafos se explicaba que el título del libro era inexacto y que en realidad habían sobrevivido en la balsa 118 días y un tercio. Habían querido mantener el error en el título porque «así es como se dio a conocer la aventura en los primeros artículos de prensa». No hay que renunciar al tirón de una buena marca.

La fiesta de lanzamiento tuvo lugar en Londres, y luego hubo otra en París. Para decepción de Maurice, fueron tantos los invitados que los acapararon en estas celebraciones que ni siquiera tuvieron oportunidad de probar la comida.

El día después de la celebración londinense, se pasearon por los estudios de televisión acompañados de la balsa salvavidas. En una entrevista, a Maurice, que iba trajeado, lo obligaron a ponerse el jersey de lana de un cámara, para así encajar más con la idea de un marinero que todo el mundo tiene en mente. En Harrods, inflaron la balsa para una exhibición, luego la desinflaron y la volvieron a inflar de nuevo en Selfridges. Después, una gira: Southampton, Portsmouth, Bristol, Cardiff, Birmingham, Derby, Nottingham, Norwich, Sheffield, Mánchester, Edimburgo, Glasgow. Entrevistas, charlas y sesiones de fotos allá adonde fueran. «¿Algún día podremos comer o dormir?», escribió en su diario Maralyn. Para el *Observer*, les pidieron subirse y bajarse de un salto de la balsa y el bote, pese a que Maurice se moría de dolor por una costilla que la noche antes se había fracturado al resbalar en el baño.

En la Exposición Náutica de Southampton, ambos fueron nombrados Regatistas del Año. Maralyn asistió a un acto en el hotel Savoy para recibir un galardón como Mujer del Año. Mientras los demás invitados se bajaban de Jaguars y Daimlers, Maurice y June la acercaron en un Mini Traveller. Durante la comida, Maralyn estuvo sentada frente a Margaret Thatcher, por entonces ministra de Educación, mientras Maurice y June comían en un Wimpy cerca de Trafalgar Square.

En la Exposición Náutica de Londres, en Earls' Court, justo cuando los fotografiaban remando a bordo de un bote inflable, con el chaleco salvavidas encima del elegante traje de Maurice y del abrigo de cuadros de Maralyn, los avisaron de una amenaza de bomba por parte del IRA. El artefacto, que era pequeño, estalló pocos minutos

después de que abandonaran el recinto, y acabaron cubiertos de polvo.

Casi cualquier clase de fama es extraña e inestable, pero la suya, fruto de un accidente, resultaba especialmente precaria. Implicaba recrearlo todo una y otra vez, como si la gente sólo fuera capaz de creerse lo que le había ocurrido si veía una simulación con sus propios ojos: Maurice y Maralyn haciendo muecas para las cámaras y sonriendo de oreja a oreja desde un bote cualquiera. La balsa, que acarreaban de acá para allá entre platós de televisión y sesiones de fotos, era su prueba.

Mientras hacían el circuito de cadenas de televisión, acabaron conociendo a otra gente famosa. No tenían más remedio; una vez que ese ecosistema te atrapa, están por todas partes. Después de un programa de la BBC en Aberdeen, los invitó a cenar Patricia Neal, la actriz de Hollywood casada con Roald Dahl. El naturalista sir Peter Scott les dio un paseo en coche por su reserva natural de Slimbridge, en Gloucestershire, un honor que hasta entonces sólo se había concedido a la reina y el príncipe Philip. Maurice estaba encantado.

Luego vino la gira estadounidense. Nueva York, Cleveland, Filadelfia, Baltimore, Cincinnati, Boston. Sus jornadas empezaban a las 6.30 h de la mañana, hora a la que un coche los recogía en el hotel y los llevaba directamente a un plató.

Maralyn apareció en un popular concurso televisivo, *To Tell The Truth*. Un jurado, de hombres trajeados y mujeres con vestidos de gala y perlas, tenía que escoger entre tres aspirantes, que afirmaban

ser los protagonistas de una historia verídica que se contaba al principio. El hombre más fuerte del mundo; un ilustre coleccionista filatélico, y una mujer que había sobrevivido 118 días y un tercio a bordo de una balsa salvavidas.

Maralyn era la participante ideal: un rostro no lo bastante famoso como para estropear la premisa, pero con una historia que proporcionaba un material con mucho gancho para la introducción del presentador. Cada aspirante daba un paso al frente para declarar su identidad: me llamo Maralyn Bailey, me llamo Maralyn Bailey, me llamo Maralyn Bailey. El jurado los interrogaba para tratar de averiguar cuál era la auténtica. ¿Quién podía afirmar haber comido tortugas de forma más convincente? ¿Quién tenía más pinta de haber estado a punto de morir de hambre en una balsa salvavidas?

La línea entre la promoción y la humillación puede ser muy fina. Durante la grabación de un programa en el Sea World de Florida, debían fingir estar disfrutando de los delfines y las orcas a los que obligaban a actuar dando saltos. Cualquiera podía ver claramente que las pobres criaturas daban pena, atrapadas en un juego para las cámaras, en lugar de vivir en libertad, en el mar, donde estaba su hogar.

En Nueva York, se puso en contacto con ellos un editor: ¿les gustaría escribir la segunda parte de *117 días a la deriva*, el relato de su siguiente viaje, a la Patagonia? Era perfecto. Un nuevo libro supondría un acicate y un objetivo para su travesía, y también más dinero. Contrataron los servicios de George Greenfield, un excelente

agente literario de Londres, que representaba a los aventureros Ranulph Fiennes y Stirling Moss.

Greenfield, que contaba el chascarrillo de haberle mostrado sin querer sus partes íntimas a Margaret Thatcher porque se le había bajado la cremallera del pantalón mientras la ayudaba a firmar los contratos de edición japoneses de sus memorias, fue franco con ellos. No estaba seguro de que una travesía hasta la Patagonia fuera lo bastante emocionante a la hora de vender. Necesitaban, añadió Greenfield, un objetivo claro para el viaje con el fin de conseguir el apoyo de los patrocinadores comerciales y la cobertura de la prensa.

Maurice y Maralyn no se desanimaron. La idea del viaje se les había ocurrido a la deriva en medio del océano: los había mantenido con vida. La Patagonia era uno de los últimos territorios vírgenes que quedaban en la Tierra. ¡Seguirían a Darwin! Aquello era sin duda un tema digno de un libro.

Maurice no acababa de comprender que lo que había convertido su último libro en una idea comercial atractiva no había sido el viaje en sí, sino su fracaso. Nadie les habría sugerido escribir un libro sobre sus viajes si hubieran llegado sanos y salvos a Nueva Zelanda. Nadie quiere leer la historia de una aventura que sale bien.

Los editores querían el manuscrito para antes de julio de 1976. Tardarían al menos nueve meses en completar la ruta. Para entregar a tiempo, Maurice y Maralyn calculaban que tendrían que zarpar de Inglaterra en julio de 1975. Para poder comprobarlo todo y ponerlo a prueba, el velero debía estar listo en abril.

Lo estaban construyendo en unos astilleros de Teignmouth, en Devon. Desde el momento en que empezaron a dibujarlo en la balsa salvavidas, habían tenido claro lo que querían: una embarcación de catorce metros de eslora, con aparejo de queche, un buen bao, una quilla larga y recta, un calado de no más de dos metros y, por razones obvias, un casco resistente.

Los costes eran enormes y ascendían a causa de la inflación. Sólo los remaches y las sujeciones ya salían por 2.500 libras. El Gobierno, «de un modo malicioso e ilógico», escribió Maurice, había añadido un 25 % de IVA a las embarcaciones y el equipamiento marítimo, como si hubieran tenido justo en mente su proyecto.

Maralyn escribió a las empresas cuyos productos habían usado en su última travesía para pedirles cualquier cosa que pudieran donarles o venderles a un precio reducido, a cambio de publicidad. Greenfield les consiguió una oferta de alimentos y ropa de Marks & Spencer. Avon, que había fabricado su balsa salvavidas y su bote inflable, accedió a patrocinarlos y a sufragar algunos costes del barco.

No tardarían en recibir las regalías de *117 días a la deriva*. Pero, mientras tanto, tenían que vivir lo más austeramente posible. Erroll Bruce les sugirió las islas del Canal por sus beneficios a nivel fiscal. Un amigo suyo era el dueño de una diminuta casita de campo en la isla de Alderney y podían alquilársela. Maurice y Maralyn conocían la isla por haber navegado por el canal. Constituyeron una sociedad limitada en Jersey y abrieron una cuenta bancaria en Guernsey, como si fueran millonarios.

Con todo lo que poseían en el mundo metido en tres maletas, embarcaron en una minúscula avioneta y volaron a Alderney. Desde la ventanilla, podían ver la isla entera, una mitad flanqueada por

elevados acantilados, la otra por playas doradas y bahías. Su vivienda estaba a las afueras de la ciudad de St Anne, al final de una calle adoquinada: una diminuta casita encalada de dos plantas con dos habitaciones en cada una, muros de piedra de sesenta centímetros de espesor y una chimenea con sombreretes rojos. A Maurice le hacía gracia usar la dirección francesa de la vivienda: 15 Petite Rue, Île d'Aurigny, Îles des Normandes.

Salvo por algunas tentativas de entretenimiento organizado con la comunidad de residentes extranjeros de la isla, gente a la que Maurice desdeñaba por su esnobismo y su croquet, volvían a estar solos en Alderney. Era un lugar marcado por la ocupación alemana, con fortificaciones y búnkeres de cemento ocultos bajo las viviendas. Apartados del continente, como a Maurice le dio por decir, regresó una suerte de paz. Todos los días caminaban un pelín más lejos que la víspera, para fortalecerse.

Por las noches, cuando el viento ululaba, las tejas de pizarra de la casita se movían y la lluvia se filtraba hasta su dormitorio, donde dormían en camas individuales. Parecía que el agua siempre le caía a Maralyn, daba igual cómo colocaran las camas. Maurice se quedaba despierto oyéndola refunfuñar mientras ella empujaba su cama de acá para allá para evitar las goteras.

Cuando venció el contrato de arrendamiento, se mudaron a una casa de ladrillo de una planta sin amueblar, un lugar tan invadido por las zarzas que tuvieron que pedirle prestada al vecino una podadera para cortarlas y abrirse camino hasta la puerta de entrada. No había camas, ni electricidad, así que cocinaban en un hornillo Primus, se alumbraban con una lámpara de keroseno Tilley y dormían sobre el

suelo de cemento. La comodidad de lo incómodo. Era como estar en un barco.

La mañana del 4 de junio de 1975, su nuevo barco por fin estuvo listo para navegar. El *Auralyn II* apareció emperifollado como un poni de exhibición, con banderines ondeando de sus jarcias. Avon había enviado las invitaciones para la ceremonia a la prensa, los canales de televisión y los dignatarios de la zona. En primer lugar navegarían hasta Lymington, donde ultimarían los preparativos finales, luego por etapas hasta Llanelli y la fábrica de Avon. Desde allí iniciarían su primera singladura hasta la Patagonia.

A medida que subía la marea, una multitud empezó a congregarse. Maurice y Maralyn, como su barco, iban de punta en blanco para la ocasión, Maralyn con chaqueta y pantalones de pata de elefante, Maurice con un traje. La botella de champán quedó suspendida en el aire, esperando a hacerse añicos contra el costado del barco y ante las cámaras. Maralyn dio un paso al frente con sus elegantes zapatos negros. «¡Bautizo a este velero con el nombre de *Auralyn II*!», gritó soltando la botella, que describió una curva hacia la proa, erró el tiro, chocó contra el casco y no se rompió. Maralyn lo intentó de nuevo, y de nuevo falló. Después del tercer intento fallido, con el impulso inicial perdiendo fuelle, el diseñador del barco recuperó la botella e indicó a Maralyn que la aporreara contra la base del barbiquejo metálico. Dos veces lo intentó, y nada. Por fin, al sexto intento, se hizo añicos. Maralyn y Maurice reían, la muchedumbre vitoreaba, y giraron el chigre para tirar del cable a través de las poleas y así depositar el barco en el agua. Pero el

barco no se movía. De entre la multitud apareció un grupo de voluntarios que empezaron a empujar por la grada al *Auralyn*, como si fuera un armatoste encallado en el barro.

No era exactamente como Maurice y Maralyn habían imaginado la primera salida de su nuevo velero, con todos aquellos indecorosos empujones. Por fin consiguieron hacerlo avanzar por la grada hasta que el timón entró en el agua, momento en el que se detuvo y resbaló hacia un lado, para acabar doblando su basada metálica. Después de aquello, fue imposible moverla ni un centímetro, y la marea empezó a bajar. El constructor se echó a llorar, literalmente. «El día resultó ser, después de todo, un fiasco», escribió Maurice, como si el desastre acaecido confirmara una verdad más profunda.

Repararon la grada, arreglaron el barco. Pocos días más tarde, navegaron hasta Lymington y un presentador de la BBC, Cliff Michelmore, se personó para rodar con ellos un episodio de su programa sobre viajes, *Globetrotter*.

Michelmore, vestido para la ocasión con una camisa roja debajo de un jersey de ochos color crema, llegó en un día radiante y ventoso. Las aguas del estrecho de Solent se movían agitadas por el viento. Los entrevistó sentados en el tejado del camarote. Maralyn, con unos pantalones lilas, tenía las piernas dobladas debajo del tronco. Maurice balanceaba las suyas por el lateral, como un niño pequeño que preferiría estar jugando. El viento no paraba de levantarle el pelo ralo y ponérselo de punta.

Michelmore parecía más interesado en su anterior viaje que en el siguiente. Quería un relato detallado de aquella primera hora, desde

el momento en que supieron que su velero iba a hundirse. Maralyn habló primero, tenía ya tantas tablas contando la historia que sonreía con valentía al describir cómo achicaban el agua y tapaban con cojines el agujero.

Imaginaba que a Maurice lo angustiaba que Maralyn no supiera nadar, comentó Michelmore.

—Bueno, sí, siempre fue un motivo de preocupación —declaró Maurice, con su voz aguda y precisa, pronunciando cada palabra como para que el viento no se la llevara.

Ambos parecían encantados, como si ahora todo fuera un divertimento. Maralyn afirmó que, de haberse visto obligada, habría encontrado la manera.

¿Y las tortugas? ¿Cómo sabían qué partes eran comestibles? Una vez rajadas y abiertas, explicó Maralyn, eran como cualquier otro animal, era fácil localizar los riñones, el hígado, los intestinos y todo lo demás.

—No tardas mucho en familiarizarte.

¿Alguna vez intentaron comerse un ave? Michelmore, al parecer, no se había leído el libro. Armado de paciencia, Maurice le explicó que habían capturado ocho. Todo se había convertido casi en algo normal para ellos, lo habían contado tantas veces que Maurice había ideado una estructura: la primera fase, cuando remaron; la segunda, cuando el viento los llevó hacia el norte; y la tercera, cuando la corriente los empujó hacia el oeste, para adentrarse aún más en el océano.

—Fue en esa tercera fase cuando nuestra moral empezó a decaer —dijo Maurice, como si hasta entonces su moral hubiera permanecido perfectamente intacta.

El periodista prosiguió. ¿Cómo habían pasado todo aquel tiempo informe?

—Siempre veíamos la necesidad de planificar el futuro. Ese pensar en el futuro nos ayudó a mantener la cordura, estoy convencida —dijo Maralyn.

O como poco la mantuvo a ella lo bastante cuerda para conservar, más o menos, la cordura de Maurice.

Casi como si se le acabara de ocurrir, Michelmore les preguntó por el nuevo barco. ¿De verdad era igual al que habían proyectado mientras la corriente los arrastraba a la deriva? Maralyn sonrió.

—Se parece mucho, estoy segura.

Maurice también sonrió, con una especie de orgullo en tensión.

—Se ajusta exactamente a las ideas que formulamos en aquella balsa salvavidas.

Cuando Michelmore les preguntó qué diferencia había entre ese velero y el anterior, Maurice enumeró una serie de pequeñas modificaciones: mayor cantidad de víveres, más carbohidratos que proteínas, un cuchillo de acero inoxidable para filetear el pescado. Y un añadido clave: bengalas de cohete.

Navegaron rumbo a Llanelli, vía Falmouth, pasando junto a Lizard Point, donde la tierra cae hasta el mar en picado por escarpadas pendientes y las calas de arena bordean el agua cristalina. Mientras rodeaban la punta de la península, un tiburón peregrino pasó nadando junto a la embarcación, como si quisiera hacerles de guía.

En St Ives, con sus hileras de bonitas ventanas que daban al mar, desembarcaron. *Globetrotter* estaba a punto de emitirse y no

querían perdérselo. Corriendo por las antiguas callejuelas de la localidad, Maralyn encontró a un hombre que pintaba su casa subido a una escalera y le preguntó si podían pasar. Él les preparó un té y ellos se sentaron en su sofá para verse a sí mismos en televisión.

Globetrotter era un programa desenfadado, con su montaje inicial de lanchas, arañas y aviones acompañado por la música de fondo de una banda de swing.

—En julio de 1973, Maurice y Maralyn acapararon los titulares de todos nuestros diarios matutinos —arrancaba Michelmore en un modo de lo más dramático.

Allí estaban todos los diarios matutinos, desplegados en abanico para mostrar los titulares. «Ciudadanos británicos rescatados tras 117 días a la deriva»; «Pareja de náufragos capturaba tiburones con imperdibles»; «El ataque de una ballena furiosa dio inicio al calvario de 117 días de la pareja»; «117 días infernales».

Michelmore aparecía con chaqueta y corbata sentado en el borde de la balsa salvavidas. ¿Cuántas veces habían sacado ya a relucir aquella maltrecha embarcación? Harrods, Selfridges, sesiones de fotos, ahora aquí, en un estudio de la BBC. Con ayuda de un puntero plateado, el presentador mostró el lugar donde Maralyn había grabado con esmero el paso de los días; «MI CUMPLEAÑOS», se leía claramente. Luego, una imagen del cuaderno de bitácora de Maurice:

> *Agujero por debajo de la línea de flotación. Todos los esfuerzos por salvar el barco fracasaron. Barco abandonado. Traslado a la balsa salvavidas. Situación*

desesperada y desoladora. 7.269 millas desde Inglaterra, 256 días, 177 horas de motor.

Una crisis contenida mediante números en un cuaderno privado, ahora a la vista de todos en televisión. A continuación, imágenes de sus inventos: el anzuelo imperdible; el cazapeces de Maralyn; y, por fin, las estrellas en persona, en la cubierta del *Auralyn II*, surcando el mar con sus impermeables naranjas a juego.

—Me acerqué a Lymington para charlar con ellos sobre su próxima travesía y sobre la anterior —explicaba Michelmore, antes de una entrevista en la que prácticamente sólo les preguntaba por la anterior.

En la última toma, Maurice apretaba un nudo, y ahí acababa todo, fin de su historia, reducida a un bloque de unos diez minutos de duración.

La tripulación se reunió. Tony, un antiguo amigo del colegio de Maralyn, de Derby, se incorporó en Devon; Colin y June, en Llanelli. La mujer de Tony hacía poco que había muerto y Maralyn pensó que la distracción del viaje le sentaría bien. Todos habían renunciado a sus puestos de trabajo para subir a bordo y no recibirían ningún sueldo, pero habían estado de acuerdo, según Maurice, en que «la experiencia por sí sola los compensaría».

Maurice les asignó uno a uno sus obligaciones. Él seguiría siendo el patrón, el oficial de derrota y el «cronista». Maralyn sería la encargada de la cocina; June, la contramaestre, se ocuparía del

mantenimiento de las velas, el cordaje y los botes inflables; Colin sería el carpintero de ribera; Tony, el maquinista.

Se pusieron manos a la obra, reparando las goteras de la cubierta, poniendo a punto la instalación eléctrica, tensando las jarcias muertas y tratándolas con aceite de linaza. Con la ayuda de los empleados de la fábrica de Avon, supervisados por Maralyn, se aprovisionaron de casi dos mil latas, botes y paquetes de comida, casi toda regalada por Marks & Spencer. La empresa farmacéutica Boots les donó todo el material médico; suficiente, comentó Maurice, para realizar a bordo intervenciones de cirugía menor.

Todo era distinto, con una tripulación. Navegar entre las agrestes y escarpadas islas de la Patagonia sería arriesgado, las manos extra eran fundamentales, pero Maurice sabía que la presencia de otras personas hacía la expedición menos romántica que la anterior. «Era evidente que si pensábamos en los medios de comunicación (y la respuesta a nuestro reciente calvario nos había enseñado a pensar de ese modo) sabíamos que sería mejor que la travesía la lleváramos a cabo nosotros dos solos», escribió.

Ésa era la imagen que todos buscaban. La de los dos solos, diciendo adiós desde la cubierta, mientras navegaban hacia el encuentro con ballenas, tempestades y una posible muerte, todos los sucesos incognoscibles de una larga travesía. La fama le había enseñado a Maurice una de sus muchas lecciones discutibles: que en la vida se puede representar un papel con tal de obtener una buena fotografía.

Cuando faltaban pocos días para zarpar, las previsiones daban temporal. Se había organizado una ceremonia y la prensa ya estaba invitada. No podían cambiar la fecha. Las condiciones no podrían haber sido peores. Los capitanes de las embarcaciones de práctico que los guiarían para salir del puerto les sugirieron zarpar tal como estaba planeado y luego fondear durante la noche frente a la localidad de Burry Port, a cinco millas de distancia. Allí podían esperar hasta que el tiempo mejorara. Sería una salida falsa para las cámaras, pero no importaba. Se despedirían, se alejarían, y luego se esconderían para que no los vieran.

El 15 de julio amaneció gris y ventoso, con la lluvia amenazando tras un banco de nubes bajas. «Un día en el que un marinero sensato se quedaría en puerto», anotó Maurice. Los vecinos de Llanelli se congregaron para verlos partir. El alcalde acudió a despedirse. Un párroco de la zona les entregó un paquete de cantorales en lengua galesa para repartirlos entre la comunidad galesa de la Patagonia. «Todos dimos nuestro discurso», escribió Maurice.

El muelle estaba repleto de caras sonrientes y expectantes, de manos alzadas diciendo adiós. Al otro lado, los aguardaba el mar abierto, revuelto y blanco. Cuando las puertas del dique se abrieron, la multitud los vitoreó. Maurice largó amarras y salieron a motor hacia la tormenta. Fue una despedida gloriosa, puro teatro.

CUARTA PARTE

Una salida teatral ante una muchedumbre que les desea lo mejor seguida de una larga travesía en la que existe la posibilidad de que naufragues: si de metáforas se trata, no está nada mal para representar la relación entre una boda y un matrimonio.

Ya están las flores arregladas; los pañoles, llenos de provisiones. Hay un vestido nuevo; un barco nuevo. La pareja se besa delante del registro civil; saluda desde la cubierta.

Bajo la puesta en escena subyace una sensación de final. No es sólo la partida: los recién casados dentro de un coche que se aleja; el barco surcando las aguas hasta que desaparece de nuestra vista. Tiene lugar algo irrevocable, alentado por la esperanza.

En ese sentido, también es un principio. Un capítulo nuevo, como le gusta decir a la gente, dando crédito a la falsedad de que nuestras vidas se desarrollan como historias. Tanta es la confianza depositada en ese momento. Confianza en lo que ha de venir; confianza en lo bien que irá todo.

Y luego ¿qué? Después de la boda, después de la luna de miel... Bueno, luego sólo son días. Días normales. Los insoslayables quehaceres que se renuevan sin cesar. La basura, la colada, la procesión de comidas. Y resulta que ésos son los días de oro. Los tediosos y gozosos días que tanto se anhelan cuando las cosas van mal.

No es que no nos hubieran avisado. Los antiguos votos sabían muy bien lo que hacían: en las alegrías y en las penas; en la riqueza

y en la pobreza; en la salud y en la enfermedad. Las tormentas están justo ahí, en esas palabras.

Las desgracias pueden parecer abstractas en medio de las celebraciones. Al principio, nos imaginamos que el mal tiempo nos pasará de largo. Es natural, parte de ese complejo asunto de la supervivencia, porque sería imposible ir por la vida siendo plenamente conscientes de todo lo que nos sucederá.

En algún lugar, muy hondo, del que no se habla, debemos saber, y de hecho sabemos, que todos pasaremos un tiempo a la deriva. Porque ¿qué es en realidad un matrimonio, sino estar atrapados con alguien en una pequeña balsa, tratando de sobrevivir?

Años más tarde, Maralyn les contaba a los entrevistadores que su supervivencia había sido un esfuerzo de equipo. En la balsa, Maurice y ella habían trabajado codo con codo, apoyándose mutua e igualitariamente.

—Cuando uno flaqueaba, el otro le levantaba la moral en horas bajas —le explicó a un anonadado John Peel, a quien le costaba creer que, después de cuatro meses a la deriva en un océano, hubieran decidido hacerse de nuevo a la mar.

Maurice siempre se mostraba más franco. En su versión, todas las horas bajas habían sido suyas y la única que levantaba la moral era ella. De haber estado solo en el océano, él habría tirado la toalla. La muerte le habría llegado disfrazada de alivio. O, si hubiera tardado mucho en llegar, se habría alejado nadando de la balsa y se habría hundido.

Quizá fuera la modestia lo que impedía a Maralyn ser sincera respecto a cómo habían sido en realidad las cosas: hasta qué punto había tenido que sostener a Maurice o sortear sus estados de ánimo. O quizá fuera por puro instinto protector. Tal vez le habría parecido cruel describir una imagen real de la lucha interna de Maurice.

En una ocasión, un entrevistador le preguntó a Maralyn de qué modo Maurice la había ayudado a ella.

—Creo que fue el tener otra persona en la que pensar, en vez de pensar en mí misma todo el rato. Fue el pensar en él y ayudarlo —contestó.

La necesidad de él había sido la ocupación de ella. Sin ella, ¿qué habría sido de él?

QUINTA PARTE

1

Todos los domingos, alrededor de las nueve y media de la mañana, Maurice se sentaba a la mesa diecisiete de un rincón de la Lyndhurst Tea House. La cafetería tenía unos rótulos color verde oscuro y grandes ventanales, y estaba situada en una esquina de la calle mayor. A la hora de comer servía pasteles de carne y cerveza, y *scones* recién hechos con mermelada y nata espesa para merendar. En el mostrador, detrás de las vitrinas de cristal, había expuestas tartas caseras, con un espeso glaseado.

Hilary, la dueña, le tenía cariño a Maurice. El ritmo de la semana venía marcado por personas como él, clientes habituales que acudían a degustar su plato favorito, siempre el mismo día de la semana. Maurice era tan sistemático que ella habría sabido que algo iba mal si un domingo él no hubiera cruzado la puerta poco después de que ella la abriera.

—¿Cómo está usted hoy, señor Bailey? —le preguntaba siempre.

—No muy bien —contestaba Maurice.

Hilary le reservaba su mesa. Si no estaba libre, él ni siquiera entraría. Era la mesa diecisiete o ninguna. Pedía un bollito de pasas y fruta seca o un *scone* de queso, y café, que Hilary le llevaba en una cafetera de émbolo. Cuando se había hecho cargo del salón de té, no había ninguna cafetera como aquélla, pero Maurice le hizo

saber que así era como le gustaba el café, con un poco de nata aparte, así que ella había comprado una especialmente para él.

Luego Maurice leía su libro. Jean y Dave, los otros clientes habituales del domingo por la mañana, llegaban más o menos a esa hora. Jean se acercaba a la mesa de Maurice para saludarlo, aunque él no solía invitarla a sentarse. A ella no le importaba. Normalmente charlaban un rato, nunca más de cinco o diez minutos, y él a veces le contaba alguna historia de sus viajes. Luego retomaba la lectura.

Maurice había envejecido. Con el tiempo, la chepa había empeorado, y le ladeaba la cabeza, por lo que a menudo parecía que mirase las cosas con concentración. El poco pelo que le quedaba se había blanqueado por completo, y unos mechones bajos le crecían por encima de las orejas. Estaba totalmente sordo de un oído y a medias del otro. No obstante, siempre iba de punta en blanco, con pantalones de vestir y jersey o chaqueta, y una camisa que saltaba a la vista que estaba planchada.

Antes de marcharse del salón de té, se guardaba en el bolsillo una servilleta de papel color crema, que se llevaba a casa y almacenaba en un cajón junto a todas las demás servilletas de papel color crema que se había llevado los domingos anteriores.

Una vez, mientras pagaba la cuenta en la caja, Hilary le preguntó qué iba a hacer ese día.

—Ah, pues a lo mejor voy y me tiro delante de esos coches de ahí afuera —contestó él.

En realidad, lo esperaban sus campanas. Después de subirse de nuevo en el coche, Maurice conducía hasta donde fuera que hubiese campanas que tocar para los oficios de los domingos: ya fuera al final de la calle mayor, en la parroquia de san Miguel y Todos los

Ángeles, cuyos ángeles de madera alados se alojan en el tejado; o en la de Santa María, en Eling, con sus grandes tejos y sus lápidas inclinadas, de nombres casi borrados por la lluvia y el paso del tiempo; o en la de Todos los Santos, en Minstead, cuya iglesia se asemeja a una casita de cuento de hadas, oculta en lo más recóndito del bosque. A los pies del campanario hay una puerta blanca de madera. Resulta difícil no imaginar una escalera de caracol tras ella, con una muchacha prisionera en lo alto. Poco después de que Maralyn muriera, Maurice hizo un donativo destinado a la compra de una campana en su recuerdo.

Una vez tocadas las campanas, pronunciadas las homilías y bendecidos los parroquianos, Maurice regresaba a su casita de una planta en la calle Greenmead de Everton, un pueblecito a las afueras de Lymington. La casita se llamaba *Lynaura*, otro modo de unir sus nombres. Esta vez, primero el de ella.

En la parte de atrás había un jardín de unos sesenta metros cuadrados con dos cobertizos, un garaje y un invernadero, un huerto y un césped alargado. El viejo cortacésped de Maurice no estaba ya para esos trotes, así que su vecino Jamie solía pasarse para hacerlo por él. Cuando los días eran frescos, los vientos marinos soplaban y alborotaban las hojas de los dos abedules, unos cuantos manzanos y un sauce. Maurice no podía comerse las manzanas; padecía diverticulitis y le revolvían el estómago. En primavera los macizos de narcisos salpicaban el césped de amarillo. Un pequeño estanque albergaba una carpa koi, la variedad japonesa, de un naranja intenso y blanca.

Colin y June ya solían estar allí, esperándolo. Tenían su propia llave. En el horno, ya estaría cocinándose algún plato vegetariano

que June había preparado en casa y había llevado tapado sobre su regazo en el coche. Ni él ni Maralyn habían vuelto a comer carne desde todas aquellas tortugas en la balsa salvavidas, con la excepción de algunas latas de conserva en la travesía hasta la Patagonia.

Maurice tenía normas para lo que June cocinaba. Nada de setas ni de cebolla, no le gustaban. A June a veces le costaba pensar en platos vegetarianos que no llevaran setas ni cebolla, pero lo intentaba. Cuando él abría la puerta de casa, a la comida le quedaría un cuarto del tiempo de cocción: le gustaba que estuviera casi pero no del todo lista cuando llegaba a casa.

—¿Qué tal estás hoy? —le preguntaba June.

—Con ganas de morirme otra vez —contestaba él.

2

A veces, cuando el domingo se presentaba de nuevo, Colin le pedía a June que fuera a visitar a Maurice ella sola. Él no tenía ánimo. Trabajaba de carpintero en una constructora seis días a la semana y el domingo era su único día libre. Visitar a Maurice no siempre le daba la sensación de que fuera un día libre.

En cuanto Colin entraba por la puerta, Maurice le enumeraba la lista de cosas por hacer. Tareas domésticas, de jardinería, cualquier cosa que hubiera que reparar. Colin lo hacía lo mejor que sabía, pero intentaba evitar las más complicadas, las tareas que requerían taladrar u horas de trabajo manual. «No tengo aquí mis herramientas», decía. No decía «es domingo y mi único día libre». «En el cobertizo hay herramientas», respondía Maurice.

Una vez Maurice le pidió que reparara una ventana del invernadero. Era una tarea compleja: sustituir el cristal, hacer que encajara. Como todo el invernadero estaba hecho un desastre, Colin le propuso que comprara uno nuevo.

—Ah —repuso Maurice. Se quedó un rato callado y luego le dijo —: ¿Seguro que no quieres trabajar en ese invernadero?

Siguió insistiendo toda la tarde, igual que un niño, que, en cuanto se menciona la posibilidad de una galleta, no para de pedirla. Colin fue a echarle un vistazo.

Con June no hacía falta ni mediar palabra, Maurice le entregaba un jersey y ella se lo llevaba a casa para zurcirlo. A veces, aquellos domingos, volvía a casa agotada, después de que él la hostigara y la pinchara durante todo el día.

Lo mismo había ocurrido en el viaje a la Patagonia, aquellos catorce largos meses en el *Auralyn II*. June, resiliente por naturaleza, poco a poco había acabado reducida a pedazos por Maurice. Responsable del mantenimiento y el buen estado de las jarcias y las velas, se pasaba el día remendando, pero hiciera lo que hiciese, lo hiciera como lo hiciese, él siempre reparaba en errores; los señalaba y la criticaba, a sabiendas de que ella no podía, o no quería, defenderse. A menudo acababa llorando, y era Maralyn quien la consolaba.

Colin decía que era como ver a un ratón y a un gato, que jugueteaba entre las zarpas con su presa, no siempre para matarla, sino por diversión. Maurice fue un tirano en aquel viaje. Le dijo a su tripulación que en el barco él era Dios, lo cual tenía gracia, dado que nunca había sido creyente. Pero así era como lo decía, soy Dios. Un Dios benévolo, pero más griego que cristiano; administraba justicia, más que conceder el perdón.

Tal vez se hubiera vuelto un déspota por contar con una tripulación. La vez anterior, Maralyn y él lo habían hecho todo solos, y entre los dos habían establecido cómo había que hacer las cosas o, por lo menos, cómo les gustaba que se hicieran las cosas. Ahora había otras personas, con sus propias ideas y métodos distintos. Colin, June y Tony no tenían nada que hacer al respecto: les ponía el listón a una altura a la que era imposible llegar, puesto que era la altura que se imponía a sí mismo. Maurice rara vez se veía con

buenos ojos, por lo que era poco probable que en los demás viera algo más que la imperfección.

Para alivio de todos, Maralyn, el Espíritu Santo, salvaguardaba calladamente su autoridad en el barco. Por lo general, Maurice confiaba en su criterio para todos los asuntos del barco, salvo cuando no lo hacía. Si Maralyn, por ejemplo, quería pelar las patatas antes de cocinarlas, Maurice pensaba que pelarlas era una pérdida de tiempo absurda. Ninguno daba su brazo a torcer. Ping pong, ping pong. Una especie de discusión muda, en sordina, de esas cuya energía se intensifica cuanto más se intenta contener. Ninguno parecía dispuesto a gritarle al otro, ni tampoco a ceder. Tal vez fuera la razón por la que sus discusiones, aunque poco frecuentes, duraban tanto tiempo. Después de las patatas, pasaba un día, incluso dos, de silencio tenso, hasta que Maurice reculaba.

Todos los que iban en ese barco, excepto Maralyn, habían llevado dinero suficiente para comprar un vuelo de vuelta a casa desde el punto más lejano de la travesía. Un fondo de emergencia, en caso de que se sintieran indispuestos o simplemente no pudieran soportar un día más en el mar, de humedad y agotamiento y trabajo extenuante. Nadie había dicho: en caso de que no pudieran soportar un día más con Maurice. En una ocasión, en el golfo de México, Maurice se cayó cuando estaba en cubierta, y Colin y June se imaginaron de repente lanzándolo por la borda.

Después de un disgusto, June le imploró a Colin que se marcharan, se subieran a un avión y volvieran a casa. Pero Colin se había prometido a sí mismo llegar hasta el final y la convenció para quedarse.

Para Tony, el amigo de Maralyn, la situación era más difícil. Maurice, sabiendo que tendría que pasar gran parte del viaje encerrado en su camarote escribiendo el segundo libro, había nombrado a Tony segundo de a bordo. Aunque era él mismo quien había organizado así las cosas, a Maurice le resultaba casi insoportable. No paraba de subir del camarote para invalidar sus órdenes y hacerse con el mando, aunque no fuera su intención. Tony acabó amargado, harto de que lo desautorizaran e irritado por el modo en que Maurice les hablaba a él y también a Colin y June, como si fueran meros criados.

En medio del Atlántico, Colin percibió un cambio en el ambiente. La atmósfera de un barco pequeño debe leerse de la siguiente forma: los ánimos de la tripulación son tan cambiantes como el tiempo. Una noche, Tony se fue a dormir con un estado de ánimo resignado y desesperanzado, y amaneció con otro. Feliz de liberarse, tal vez, salvo porque su sensación era más de alivio que de felicidad. Había decidido abandonar el barco. En cuanto atracaron en Montevideo, en la costa sur de Uruguay, Tony ayudó a reparar y arreglar el velero, luego desembarcó y voló a casa.

«Poco a poco se fue haciendo evidente que no poseía esa arraigada capacidad para someterse a las numerosas penurias y fastidiosas obligaciones que define a un auténtico navegante», escribió Maurice más tarde. Hiscock todavía acechaba en la sombra. Tony carecía del arte de la navegación, el peor de los crímenes.

Ahora el problema, pensaba Colin, décadas después del viaje a la Patagonia, era que sin Maralyn no había nadie que templara a Maurice. Nadie que lo tradujera o suavizara sus aristas. Maurice era una tarea difícil. Le gustaba marearte, burlarse de ti, emplear

palabras que no entendieras. Era absurdamente quisquilloso en todo. Por mucha pena que te diera aquel hombre, tan claramente a la deriva en el mundo, aislado por la soledad, a veces resultaba difícil apreciarlo.

3

En la primavera de 2002, el tratamiento para el cáncer le había hinchado tanto la cara y el cuerpo que ya no parecía Maralyn. A finales de abril, Maurice y ella fueron de vacaciones al Distrito de los Lagos con su perro, *Beda*, un enorme crestado rodesiano, y celebraron el sesenta y un cumpleaños de Maralyn con una cena a la luz de las velas en la cabaña de madera donde se estaban alojando. Las acampadas en su tienda de campaña naranja se habían acabado. Una breve fila de tarjetas de felicitación y un jarrón de rosas rojas y blancas decoraban la mesa. Maralyn alzó la copa cuando Maurice le hizo una foto, aunque ni la hinchazón ni su estado de ánimo le permitieron sonreír.

Su último paseo, con un bastón en cada mano, lo dio un día tan gris que el paisaje parecía incoloro, desprovisto de luz. Despacio, se abrieron paso por el sendero llano que rodea Tarn Hows, un lago cristalino de aguas mansas rodeado de coníferas. Fue un paseo corto y suave, de sólo dos kilómetros y medio, factible para una persona tan enferma.

El 21 de mayo de 2002, menos de un mes después, murió mientras estaban otra vez fuera de casa, en una casita de campo de Withypool, en Somerset. Había querido hacer un último viaje.

Antes de regresar a casa, Maurice había ordenado cremar su cuerpo en Taunton. Hizo una foto del crematorio, un edificio moderno y achaparrado con setos de alheña en el exterior, y otra del ataúd de madera, con asas doradas a los lados, depositado sobre una losa de mármol oscuro. Más adelante, incluyó esas fotografías en un gran álbum azul que hizo para documentar la vida de Maralyn. Debajo de cada imagen, pegó unos pies de foto cuidadosamente escritos a máquina.

CREMATORIO DE TAUNTON

El ataúd justo antes de la cremación. 24 de mayo de 2002.

Una vez en casa, llevó sus cenizas al New Forest. En presencia de Colin, June, Pat, que era la hermanastra de Maralyn, y varios amigos, Maurice la esparció alrededor del Naked Man, los restos de un viejo roble que antaño había servido para ahorcar a bandoleros y contrabandistas. El árbol se yergue ahora nudoso y solitario, cercado por una valla sobre un llano de brezal abierto al borde del bosque. Los ponis pastan cerca. De la tierra brota aulaga amarilla.

Ese lugar siempre ha significado algo para la gente. Hay restos de una corona de flores apoyada en el tronco, de una rama cuelga un juguete. Maurice y Maralyn solían pasear por allí con *Beda*, por el largo sendero desde el aparcamiento, pasaban junto al árbol, lo rodeaban en círculo y atravesaban la llanura. En un día nublado, el brezal cenagoso se funde con el cielo, el horizonte se hace imperceptible. Es un poco como estar en el mar.

5 de junio de 2002

Queridos Marion y Denis:

Os escribo para agradeceros de todo corazón vuestras amables condolencias en este agónico momento. Vuestras palabras me sirven de consuelo para el hondo dolor permanente con el que cargo tras la muerte de Maralyn. Murió, como ella quiso, mientras estábamos fuera de casa durante lo que acabarían siendo nuestras últimas vacaciones juntos.

Maralyn y yo estábamos unidos para apoyarnos mutuamente y juntos tejimos un paño de amor para que envolviera la siniestra amenaza de su inminente fallecimiento. A lo largo de las últimas semanas, eso nos sostuvo y nos dio algo de fe en lo valioso de la vida. Maralyn contaba con una valentía que no era fácil de alcanzar, pero que siempre resistía. Su voluntad era como el empuje de la propia vida misma: inagotable y obstinada como la irrupción de la primavera.

Creo que lloraré su muerte mucho tiempo (qué infierno son las despedidas), pero tarde o temprano lucharé con todas mis fuerzas por ser la persona que Maralyn conoció. Ahora mismo, no obstante, me atenaza el miedo que me provoca la desesperanza de la soledad, la incertidumbre, la impotencia, el saber que cada matiz de sentimiento afectará de forma adversa a mi confianza a la hora de enfrentarme a cualquier cosa y a todas las cosas.

Aun así, atesoro en mi corazón todos los preciosos recuerdos de casi cuarenta años de vida con Maralyn. Nada

puede anular eso, que se convertirá en una gratificante base de felicidad futura.

Una vez más, mi más profundo agradecimiento.

Con mis mejores deseos.

Siempre vuestro,

Maurice

En cualquier universo razonable, él habría muerto primero.

Si sólo hubiera sido la pena, sólo la soledad, la situación podría haber sido manejable. Tras la pérdida de una pareja, cabe esperar los dos estados; ambos pueden afrontarse. Pero la mente de Maurice, sin Maralyn para mantenerla a raya, viró hacia otros derroteros.

En diciembre de 2003, año y medio después de la muerte de Maralyn, en una carta a B, una amiga, escribió:

Me estremezco cada vez que pienso en lo poco que hice por ella en esos meses, puesto que jamás creí, ni por un instante, que ella fuera a morirse, hasta que fue demasiado tarde. Ni siquiera ahora puedo hacer las paces con eso. Si lo analizo, pienso que seguramente estaba asustado, di demasiadas cosas por descontadas, no quise escuchar ninguna consideración que apuntase a un pronóstico alarmante. La culpa me atormenta... He tardado tiempo en comprender el alcance de mi negligencia y mi descuido. Mis remordimientos por esa inacción repercuten en todo, por lo que mis pensamientos desconsolados me angustian a todas horas.

Maurice sabía lo que su mente estaba haciendo. Había convertido la pena en castigo. No tenía ningún motivo para hostigarse a sí mismo, sobre todo ahora, pero la cuestión es que nunca había necesitado un motivo. La depresión tiende las trampas más ingeniosas. Los pensamientos de Maurice sonaban lógicos, uno parecía conducir al siguiente, aunque en realidad eran un bucle. Sentía que había fallado y no podía corregir su error, lo que agudizaba su sensación de fracaso. Dondequiera que mirara, se veía a sí mismo, señalando sus errores. Una y otra y otra vez.

> *Cuando tenía cerca a Maralyn, mis pensamientos eran una actividad mental sin turbulencias, más o menos uniforme, pero sin ella mi mente es una riada constante, y el cambio resulta tan abrumador que apenas me veo capaz de enfrentarme a las cosas del día a día. Fracasé por completo a la hora de apreciar lo valiosa que era la presencia de Maralyn en mi vida. Ahora mi mente ha generado profundas dudas sobre si alguna vez he querido hacer algo más que compensar mi falta de entendimiento, pero sé que ya es tarde. Ojalá pudiera cambiar las cosas.*

Durante cuarenta años, Maurice había contado con Maralyn para que lo desenredara. Ahora estaba atrapado. Hablaba con tanta frecuencia de suicidarse que su médica le programó una cita mensual. El suicidio nunca pasó de ser una mera idea, un pensamiento. Pero como con todos sus pensamientos, cuanto más pensaba en ellos, más fácil le resultaba pensar de nuevo en ellos. Era algo tan recurrente que acabó cavando un surco.

Su médica de cabecera era una mujer amable y paciente. A él le gustaba hablar con ella. Era despabilada y pragmática, alguien que parecía saber qué hacer y cómo hacer las cosas, igual que Maralyn. Casualmente era amiga de su vecino, Jamie, y en las conversaciones de un lado a otro de la valla, medio en broma, Maurice insinuaba su admiración por ella. Jamie le recordaba, también en broma, pero con cierto énfasis, que era una mujer casada y con dos hijos. Quítatelo de la cabeza, Maurice.

Aun así, Maurice descubrió dónde vivía y le dio por pasar con el coche delante de su casa de vez en cuando, aunque no para decir ni para hacer nada. Maurice era un hombre difícil de modales refinados que sufría un dolor considerable. No suponía ninguna amenaza. Lo único que quería era estar en su órbita, cerca de su fortaleza, como si hubiera percibido que ella era una persona sólida, capaz de sostenerlo.

4

Hay preguntas para los viudos. Por ejemplo, ¿y ahora qué? ¿Qué forma adoptará tu vida? ¿Cómo se reorganizará en torno al espacio desocupado? ¿Qué, o quién, llenará el vacío? ¿Eres capaz de vivir junto al vacío? ¿O ese vacío te tragará entero?

Para cualquiera que conociera a Maurice, era más que evidente que, sin Maralyn, no sabía cómo vivir. No se trataba de un cliché que resumiera su pena. Literalmente, no sabía cómo vivir. Ni para qué servían los días. Ella siempre lo había sabido por los dos.

Antes de morir, consciente de hasta qué punto Maurice sería incapaz de salir adelante, Maralyn había intentado organizar su futuro. Sólo Maralyn podría pensar que tenía el poder de planear la vida de otras personas más allá de los límites de su propia existencia. Pero Maurice necesitaba que lo cuidaran. Tenía a alguien en mente: su amiga, B, que vivía cerca.

Él no era reacio a la idea de B. Le caía bien, había sido alguien cercano a Maralyn, y a ella él no parecía disgustarle. Le pidió a Colin que redecorara el segundo dormitorio de la casa para ella. Colin pintó las paredes y reparó los armarios. Maurice compró ropa de cama y perchas nuevas.

Pero resultó que a B no le apetecía cuidar de Maurice. Se quedó donde estaba, luego se mudó a Gales. Eso no entraba en los planes

de Maralyn.

Durante un tiempo, siguió teniendo a *Beda*. Cuánto había querido Maralyn a aquel perro, hasta le organizaba fiestas de cumpleaños y le hacía tartas. Pero poco después de que ella muriera, *Beda* enfermó y hubo que sacrificarlo. Maurice, de luto otra vez, también esparció las cenizas del perro alrededor del Naked Man.

Unas dos semanas después de eso, Maurice salió al jardín y descubrió que, no se sabe cómo, la carpa koi había saltado del estanque para aterrizar en el suelo y morir. Se fue derecho a contárselo a Jamie, como si semejante desgracia deliberada, semejante prueba evidente de que el mundo obraba en su contra, fuera tan increíble que requiriera de un testigo.

Estaba el problema del tiempo y de qué hacer con él. Maurice trataba de aprovecharlo. En casa, mantenía ciertos estándares. No era uno de esos viudos que dejan de limpiar en ausencia de una esposa. En la planta baja casi siempre había montada una tabla de planchar para sus camisas.

La cocina era de pino y azulejos rojos, y de forma estrecha, como la de un barco. En la sala de estar, los libros forraban las paredes y yacían abiertos sobre una mesa de lectura junto a las notas manuscritas de Maurice. En las dos estufas de leña había una pila de troncos. Maralyn había preparado los fuegos poco antes de morir. Maurice, al creer que eran las últimas cosas de la casa que ella había tocado, decidió que nunca se encenderían.

Gran parte del tiempo lo pasaba en su estudio, un término grandilocuente para el cuartito que había entre los dos dormitorios,

donde él escribía cartas a máquina o en su viejo procesador de textos, un armatoste caprichoso que no paraba de fallarle. Finalmente, con el paciente asesoramiento de Jamie, lo sustituyó por un ordenador portátil.

No fue fácil. A Maurice no le gustaban las nuevas versiones de las cosas. Discrepaba de las fuentes tipográficas modernas, por ejemplo, afirmando, por su dilatada experiencia en talleres de imprenta, que el tamaño en puntos del ordenador estaba mal. Se resistía a pasar a las unidades del sistema métrico decimal y se negaba a usar los nuevos tornillos de estrella, por lo que en su cobertizo guardaba provisiones de viejos tornillos de una sola ranura.

Así era como había navegado: aferrándose a las antiguas usanzas, como si por el simple hecho de ser antiguas fueran implícitamente superiores. Cualquier cosa moderna implicaba decadencia, una prueba más de cómo iban las cosas, es decir, mal. Era una lógica extraña, como si al medir las cosas en millas y en onzas no sólo pudieras detener el paso del tiempo, sino también conservar una suerte de pureza moral. Con su actitud, lo único que Maurice parecía conseguir era erigir a su alrededor un muro que consideraba malo a todo cuanto estuviera al otro lado. La superioridad moral te aísla.

Intentaba ver a gente, intentaba hablar. Estaban los encuentros habituales. Los domingos por la mañana en el salón de té con Hilary, Dave y Jean. Los almuerzos de los domingos con Colin y June. Una comida quincenal con un amigo de Bournemouth, las citas médicas, las conversaciones junto a la valla con Jamie, las visitas de su

limpiadora, que se sentaba y charlaba más de lo que limpiaba, sin duda a sabiendas de que era un servicio más esencial. Pero eran las campanas, con todas sus prácticas y sus oficios, las que llenaban su semana.

No había habido ninguna epifanía espiritual. A Maurice simplemente le gustaba tocar las campanas, campanas de iglesia, campanillas, en realidad cualquier campana, igual que a su padre, y cogía autobuses a lo largo y ancho de Derbyshire para acudir a cualquier iglesia que lo necesitara. Había heredado la afición y, como solía hacer con sus aficiones, había optado por una inmersión total.

La campanología, pese a ser una actividad de interior y estática, guardaba cierta relación con la navegación. En ambas había cuerdas, lenguaje técnico y una grata combinación de habilidad y conocimiento. La precisión era esencial. Las campanas se tocaban en repiques o en una serie de secuencias basadas en combinaciones y permutaciones. Su dominio era posible mediante una minuciosa memorización, lo cual era perfecto para Maurice. Le gustaba hablar de las posibilidades matemáticas: con ocho campanas, podías hacer sonar 40.320 combinaciones distintas; con doce, más de 479 millones. Componía sus propios tañidos, que anotaba a mano y guardaba en una carpeta especial.

Los otros campaneros del New Forest eran algo parecido a amigos. O más bien colegas. Formaban un grupo variopinto, en su mayoría de jubilados, unido por este hobby exigente y altamente especializado. Maurice no hablaba mucho. Los demás daban por sentado que era tímido. Cuando hacía algún intento por socializar, parecía gravitar más en la órbita de las mujeres que en la de los hombres. Aun así, si después de una práctica todos iban a cenar

juntos, por lo general él rehusaba acompañarlos. Si lo convencían para que se apuntara, como le costaba oír la conversación, protestaba y se retiraba pronto.

5

Hablamos de los muertos para mantenerlos vivos. La conversación suele funcionar mejor con aquellos que también los conocieron. Para cualquier otra persona, los muertos son ficticios. Un nombre, una foto, una anécdota sobre algo que alguna vez hicieron o dijeron, pero nada parecido a la carne, el calor y el movimiento. Sumidos en nuestra pena, es difícil describir a la persona a la que echamos de menos. A veces ni siquiera logramos verla, o recordar el sonido de su voz. Si nos concentramos demasiado en un recuerdo, se disuelve.

Maurice quería hablar de ella todo el rato. Era lo único de lo que quería hablar, pero a la hora de la verdad, cuando estaba en compañía, apenas decía nada de ella. No era sólo la falta de personas con las que hablar. Por algún motivo, era incapaz de expresar lo que sentía, o no de un modo que pareciera tener sentido o la representara de forma adecuada. Le preocupaba aburrir a la gente.

¿Qué podía decirles? Atrapada dentro de una persona, la pena puede asemejarse a una marea creciente de agua, algo enorme y dramático que exige escapar. Pero una vez exteriorizada, suelen resultar ser las mismas cosas básicas, pequeñas, una y otra vez. La echaba de menos. Le costaba vivir sin ella. Ojalá siguiera allí con él.

Caía por su propio peso, la verdad. La haría existir mediante la escritura; la construiría con palabras.

Maurice había seguido escribiendo, hasta cuando nadie le pagaba ya por hacerlo. Su segundo libro juntos, *Second Chance: Voyage to Patagonia*, publicado en 1977, tal como había llegado se había ido, sin pena ni gloria. Greenfield, su agente literario, tenía razón. Un relato largo y granular de una travesía marítima que acaba bien no era igual de emocionante que un naufragio.

Después de aquél no hubo más libros, salvo por el *Galley Handbook* de Maralyn, publicado en 1978. El pequeño volumen contenía recetas para todo, desde remolacha cocida a bizcocho de manzana, y un capítulo dedicado a «las complejidades del aprovisionamiento». Seguramente no tuvo muchos lectores.

No obstante, Maurice siguió escribiendo. Una vez que adquieres el hábito, parar es difícil. Sobre la página, podía decir cosas que no parecía capaz de decir en voz alta. Era un lugar en calma, y bajo su control. En una ocasión le dijo a un amigo: «Escribo ensayos, y como nadie los lee, se los envío a la gente en forma de cartas.»

Se tomaba en serio el oficio. Redactaba y volvía a redactar los borradores, consultando el diccionario para emplear las palabras más rebuscadas que pudiera encontrar. El manuscrito final lo pasaba entero a máquina y lo firmaba a mano con tinta. «Siempre tuyo, Maurice.» Sus cartas eran larguísimas. Cada año, por su cumpleaños, June le llevaba un pequeño regalo y él le escribía para agradecérselo. Páginas y páginas. Muchas veces ella todavía estaba inmersa en la lectura de la anterior cuando llegaba la siguiente.

Le escribía cartas incluso a Jamie, que vivía en la casa de al lado y a quien veía casi todos los días. Lo entusiasmaba tanto la ceremonia

de la correspondencia que, en vez de entregar la carta él mismo, le ponía un sello y la echaba en el buzón que tuviera más cerca.

Un año después de que Maralyn muriera, Maurice le propuso a B una idea. Podría escribirle una serie de cartas contándole sus aventuras con Maralyn en el mar. Puede que B no quisiera vivir con él, pero pocas pegas podía poner a que él le escribiera. Ésa era la otra cosa buena de las cartas: nadie puede impedirte escribirlas. Nadie puede detenerte.

Maurice escribió su primera carta a B el 14 de mayo de 2003.

> *Ésta es la carta con la que desde hace un tiempecito amenazo con escribirte.*

¡Amenazo!

> *Pero ¿por qué escribir una carta, te oigo preguntar, cuando mantenemos un contacto tan frecuente y cordial? Pues bueno, porque, curiosamente, siento la necesidad de reunir algunos de mis recuerdos de Maralyn y plasmarlos sobre el papel antes de que se vuelvan borrosos y distorsionados...*
>
> *Es inevitable, dado el patetismo de mis recuerdos, que me extienda, y me disculpo de antemano.*

Es evidente que la avisó.

Escribir sobre Maralyn, no obstante, está resultando un tanto problemático. Esto se debe a que me es imposible escribir con objetividad, sin la intrusión de mis propios sentimientos y prejuicios. La voz de esta carta es inextricablemente la mía.

Cada vez que intento interceptar mis recuerdos y dejar constancia de algún aspecto de la vida de Maralyn, la objetividad sale volando por la ventana. En mi confuso universo de recuerdos e interpretaciones, mi mente titila como una luz que se filtra a través del agua, y, si el entendimiento prevalece, es gracias al poder de mi comprometida e imprecisa memoria.

Las palabras no le salían con facilidad —como si alguna vez lo hicieran —, pero aun así las iba apilando una encima de otra, como si, si empleaba las suficientes, todas juntas pudieran dar como resultado la verdad. Para una mente como la de Maurice, era difícil aceptar lo aproximativo del lenguaje. Creía que debía haber una versión definitiva, tan indiscutible como el orden de las campanas durante un tañido.

Todas las historias son el resultado de una serie de elecciones: qué incluir, qué omitir. Cada selección u omisión distorsiona el material. Maurice, molesto por semejante imprecisión, quería narrar sus vidas desde la perspectiva de una suerte de ojo divino que todo lo viera desde arriba, sin que su propia presencia lo corrompiera. No lograba entender por qué le resultaba tan difícil borrarse a sí mismo del relato de su vida en común.

Se estaba haciendo viejo, ya no podía confiar en su memoria. Las escenas y las imágenes subían y bajaban alejándose como las mareas. En algún lugar entre ellas estaba la verdad, pero era imposible decir exactamente dónde. Maralyn siempre había sido su testigo. Las parejas corroboran. Sin ella, no tenía a nadie que verificase su relato. Por lo tanto, lo que él escribía era, inherentemente, poco fiable. Qué extraño que alguna vez hubiera pensado que pudiera ser de otro modo.

Aun así, escribía. El Cresta, el piso sin cama en Shirley, largos pasajes sobre los orígenes de la vida y los argumentos defectuosos a favor de la existencia de Dios, sobre los paseos por el Distrito de los Lagos y su amor por las montañas, todo hasta llegar a la víspera del primer viaje del *Auralyn*.

Por decirlo de otro modo, la primera carta de Maurice a B contenía más de seis mil palabras y todavía ni siquiera se habían hecho a la mar.

Se despidió por todo lo alto.

> *Qué eufóricos nos sentíamos, embelesados por la visión de lo imposible hecho realidad y ardientes de curiosidad por el mundo en el que estábamos a punto de adentrarnos.*

Maurice no podía evitar escribir así. En su descripción, Maralyn y él eran una mezcla de aventureros del siglo XVII y románticos del siglo XIX. Dos almas extraordinarias, solitarias y valientes,

embriagadas por el asombro ante la naturaleza y por ellos mismos, por la mera proeza de lo que estaban a punto de hacer.

Veinticinco cartas siguieron a la primera. Veinticinco largas cartas, escritas cada pocas semanas entre los meses de mayo de 2003 y diciembre de 2004. A veces, cuando estaba en racha, escribía varias muy seguidas, con un par de semanas de distancia. Luego una pausa, como en el verano de 2004, cuando encadenó una serie de fuertes resfriados.

Miles y miles de palabras. Día tras día, en aquel cuartucho, tecleando. Se convirtió en su trabajo. Se dio cuenta de que estaba escribiendo su tercer libro. Cada carta sería un capítulo.

Su dos primeros libros los había escrito velozmente, bajo la presión de los plazos de entrega y casi enteramente sin reflexión. Ahora, podía tomarse su tiempo. No había ningún editor que esperara con impaciencia su manuscrito. No existía ninguna esperanza de un editor. Se dirigía a un público lector de una, quizá dos personas. Maurice escribía supuestamente para B, aunque en realidad escribía para sí mismo.

Salieron a relucir las cartas náuticas, el diario, los cuadernos de bitácora. Para narrar el transcurso de sus viajes tuvo que estudiarlos todos de nuevo. Pasó día tras día absorto en los acontecimientos de hacía treinta años, leyendo todas las palabras que Maralyn había escrito. Escribir sobre ella no era tanto una distracción de su pena como una inmersión en ella. Estaba con ella a todas horas, recreando cada día de sus aventuras. Así mantenía ocupada su pena. El problema surgía cuando, al llegar al final de un capítulo,

levantaba la cabeza de la página y se daba cuenta de que ella no estaba.

> *20 de agosto de 2003: Antes, siempre había algo por venir, pero ahora, de momento, lo único que llega y se queda es soledad y pensamientos tristes. ¿A ti también te ha pasado? No soy un explorador descubriendo qué significa estar solo. Otros antes que nosotros han descubierto la desolación de tocar tierra.*

La metáfora tenía sentido. Estar solo era como regresar a tierra. En una ciudad superpoblada de la costa sur de Inglaterra, Maurice se sentía más solo de lo que jamás se había sentido en una balsa salvavidas en medio del océano con su mujer.

Para gran decepción suya, Maurice escribió sus cartas contando su historia de principio a fin.

> *Pese a no haber podido evitar un relato cronológico, albergo la esperanza, querido lector, de que le resultarán entretenidas.*

Las vidas suelen empezar en un lugar y acabar en otro distinto. Una cosa detrás de otra. Pero tal vez a Maurice la cronología le resultara demasiado obvia, algo por debajo de sus aspiraciones literarias. O tal vez demasiado brutal, porque sólo puede acabar de

una forma. La última fase de una persona suele ser cruel. La de Maralyn lo fue.

Maurice empezó por el principio, o al menos su principio elegido, que fue el momento en que Mike Morton le pidió ocupar su lugar en aquella carrera de coches. La vida digna de ser recordada empezaba con Maralyn. Y la vida con Maralyn digna de ser recordada era su vida navegando juntos.

Su infancia, padres, hermanos y educación apenas se mencionan, como si nunca hubieran existido. El ejército lo despacha en una frase. A la «década desperdiciada» viviendo solo en Derby sólo se alude por su falta de significado. Maurice escogió la historia que quería contar, la única que le importaba, la historia de sus aventuras con Maralyn en el mar. En definitiva, unos cuatro años de cuarenta en total de matrimonio.

Los años posteriores a las largas travesías los pasó con la misma rapidez. Navegaron por el Mediterráneo, pusieron su velero en alquiler y trabajaron en él como tripulantes. Durante un breve periodo, vivieron en España y sopesaron la idea de mudarse allí para siempre.

Hacia el final de su penúltima carta, cuando escribe sobre el final de su época en España, Maurice relata cómo Maralyn enfermó de repente. Navegaron hasta Gibraltar, donde vio a un médico y descubrió, para asombro de ambos, que estaba embarazada. Hubo complicaciones. Maralyn tuvo que regresar a Inglaterra en el siguiente vuelo y June la llevó al hospital mientras Maurice navegaba de vuelta a casa en el barco.

«El resultado fue que el embarazo de Maralyn se interrumpió, el feto tenía malformaciones y murió», escribió Maurice. Y ya está. Una

única línea para el hijo que nunca tuvieron, o quisieron. Más adelante, cuando Maralyn estaba muriéndose, a menudo hablaba con Pat de ese niño. Se incorporaba en la cama a medianoche y se preguntaba cómo podría haber sido ese hijo, y si ahora habría cuidado de ella.

En la última página de su última carta, Maurice escribió sobre su decisión de vender el *Auralyn II*. Habían regresado a Lymington; Maralyn trabajaba en un vivero, después para una empresa que vendía estufas de leña. Maurice regentaba una tienda náutica en Lymington llamada Yot Grot, donde vendía cachivaches para barcos. El regreso a Inglaterra había sido definitivo: se habían encontrado con una abultada deuda tributaria y no podían permitirse quedarse con el barco.

> *Le tocó a Maralyn tomar la fatídica decisión final de deshacernos del* Auralyn.

Cómo no. Perder el barco, como la última vez, era la peor de las pérdidas. Siempre habían dicho que sus barcos eran su familia, sus hijos.

Una vez vendido, el *Auralyn II* zarpó de Inglaterra al cabo de pocas semanas. Tres años más tarde, se enteraron de que había completado una travesía de 60.000 millas para ir a parar ni más ni menos que a Nueva Zelanda.

Como imaginarás, todo aquello nos sumió en una gran tristeza. Después de haber decidido renunciar a nuestro vehículo de libertad, era duro pensar en una vida que ya no se regiría por los planes y las posibilidades de nuevas hazañas oceánicas.

Volvían a estar en tierra firme, igual que todo el mundo. Una casita, un perro, un jardín. La visión del futuro que Maurice había imaginado en la balsa, con el tiempo, se había hecho realidad.

Al final, Maurice publicó sus cartas por su cuenta en una editorial local. La primera edición salió en diciembre de 2005, la segunda en abril de 2007. Lo tituló *When The Water Becomes Still: Letters To A Friend*. El libro está dedicado a Maralyn, «por su amor, su compañía y su valentía». Para la cubierta, escogió una imagen de un mar vacío, en calma, de aguas blancas, iluminadas por el sol.

6

Todo estaba listo. Maurice había intercambiado numerosas cartas con su abogado y había repasado su testamento y el poder notarial preventivo. Había aislado su buhardilla y renovado los canalones. Había comprobado una y otra vez las cajas fuertes que guardaba en el desván y había confeccionado un inventario de todos los artículos que contenían, entre otros, unos enormes cuchillos que le habían regalado en Corea del Sur. Había decidido, de forma muy precisa, quién se quedaría con qué. Era como el protocolo que solían seguir antes de izar las velas: hacer y rehacer el equipaje, las listas infinitas. Maurice se preparaba para la muerte como si se preparase para una travesía oceánica.

La cuestión era que la muerte no parecía tener demasiada prisa. El médico le diagnosticó un cáncer de próstata, pero no lo bastante grave como para que su vida peligrara. Maurice le contó a su vecino Jamie, casi con desilusión, que era poco probable que la enfermedad acabara con él. Tendría que esperar a otra cosa.

Finalmente, se sintió indispuesto. Algo le pasaba a su riñón. Su médica lo derivó al Hospital General de Southampton, donde empeoró rápidamente. Lo trasladaron a una residencia para enfermos terminales, puesto que los médicos pensaban que sólo le quedaban días de vida, días que pasó tecleando en su portátil. No

murió. En la residencia le dijeron que no podía quedarse porque estaba ocupando un espacio destinado a personas que de verdad tenían que morir, así que lo trasladaron de nuevo, esta vez a un geriátrico.

A Maurice le había gustado la residencia: el personal era amable, el ambiente tranquilo. Daba la casualidad de que estaba enfrente de la antigua casa de Erroll Bruce, donde se habían alojado cuando regresaron a Inglaterra en 1973. Por detrás, un callejón conducía hasta las marismas y las lagunas, donde vivían ocas, avefrías y zarapitos, y luego hasta el mar. Al final del callejón, el cielo se abre y la luz cambia, se vuelve más clara y más brillante por el agua.

En el geriátrico, de vuelta en los confines del municipio, vivía rodeado de enfermos de demencia. Las dolencias de Maurice eran físicas, pero mentalmente estaba sano. Prefería quedarse en su habitación. En la planta de arriba, había una zona común decorada como una playa caribeña, con un cielo azul y un mar tropical. Él se negaba a entrar allí. Debía de parecer ridículo, y doloroso, cuando habías conocido aquello de verdad.

Mientras estuvo en la residencia, Jamie iba a visitarlo y lo sacaba de excursión por Lymington en silla de ruedas. A Maurice le resultaba incómodo dejarse ver en público en la silla de ruedas. Toda aquella gente refinada entrando en las tiendecitas, taconeando de acá para allá sobre los adoquines. También le preocupaba caerse si Jamie chocaba con un bordillo.

En otoño, antes de que el frío arreciara, Jamie lo llevó más lejos, hasta los acantilados que bordean la costa. Por el sendero pavimentado que recorre la cima, Jamie empujaba la silla de Maurice, arrebujado en una manta para abrigarse y protegerse de la

brisa marina. Desde el sendero, podían bajar la vista hacia la playa de guijarros y contemplar las aguas grises del estrecho de Solent hasta las Needles, una hilera de rocas alargadas y finas que sobresalen del mar junto a la isla de Wight.

Maurice había navegado por aquel tramo muchísimas veces con Maralyn. Estaba más acostumbrado a admirar la vista desde el agua, a toda velocidad, dejando atrás la quietud de la tierra mientras viajaba a otro lugar. Ahora el punto quieto, el que miraba desde tierra, era él.

Despacio, muy despacio, su cuerpo fue cediendo. Cada vez dormía más, hasta que empezó a pasar dormido casi todo el tiempo.

A mediados de diciembre, Jean y Dave, sus amigos del salón de té de Lyndhurst, fueron a verlo. No lo conocían mucho, pero con el tiempo le habían cogido cariño, y al darse cuenta de que había dejado de ir al salón de té se habían preguntado cómo estaría. Maurice les contó que estaba listo para marcharse. Parecía totalmente aliviado.

Murió al día siguiente, el 15 de diciembre de 2017. Todo había tardado un poco más de lo que él había esperado.

Las instrucciones que había dejado para Colin y June eran muy claras. Para empezar, nada de ceremonias. Sus cenizas debían esparcirse en el Naked Man. Concretaron una fecha y avisaron a unos cuantos conocidos de Maurice: Jamie, su limpiadora, los campaneros; pero se dieron cuenta de que a muchas de esas

personas nunca las habían visto. June se presentó en el aparcamiento del New Forest con un letrero escrito a mano con el nombre de Maurice.

En cuanto el pequeño grupo se hubo reunido, caminaron juntos por el sendero hasta el árbol. June pronunció unas palabras. Luego lo esparcieron, y sus cenizas cayeron sobre la tierra que había absorbido a su mujer y a su perro.

Mientras organizaban sus cosas, encontraron el cajón de las servilletas color crema del salón de té. No estaba claro por qué las había guardado. Maurice había dejado dicho que vaciaran la casita y se deshicieran de su contenido debidamente, que no lo dejaran en la calle para que cualquiera se lo llevara. También pidió que destruyeran sus discos duros; como si no quisiera dejar ningún rastro.

En el estudio, encontraron cajas de cartón llenas de ejemplares de su último libro. Colin y June se preguntaron si el museo municipal de Lymington los querría, por ser un testimonio de una vida local extraordinaria y a la vez ordinaria, como cualquier vida, pero que sin duda incluía algo más notable de lo habitual. Una historia digna de ser conservada.

El museo no los quiso. Al final, llevaron los libros a una tienda benéfica cuya dependienta les dijo que quizá convendría repartirlos entre unas cuantas tiendas más de la zona, puesto que era poco probable que pudieran vender múltiples ejemplares del mismo libro.

Existen muchas formas de tomarle las medidas a una vida. En la versión lineal, la vida de Maurice había tenido un principio duro, un

punto medio dramático, un final aislado. Un final de algún modo condensado en la imagen de las pilas de sus memorias sin leer amontonadas en los almacenes con olor a humedad de las tiendas benéficas de la costa sur de Inglaterra. Aunque considerarlo así no parece del todo justo. Al fin y al cabo, él escribió ese libro para recordar a Maralyn. Ésa era su única finalidad. No todo ha de ser visto.

En cualquier caso, estas líneas que trazamos para intentar comprender nuestras vidas, o las vidas de los demás, no siempre están bien.

En noviembre de 2003, Maurice atravesaba uno de sus largos resfriados. Llevaba tres semanas sin poder sentarse ante su ordenador, incapaz de concentrarse o escribir nada que tuviera sentido. El final del otoño se acercaba, los días se acortaban. Su visión parecía estrecharse en paralelo. Al cabo de unas semanas, se perdería en aquellas espirales de pensamientos autodestructivos, escribiendo sobre su fracaso a la hora de ayudar a Maralyn al final de su vida, su fracaso para hacerle justicia después de su muerte, los fracasos que se enredaban unos con otros hasta dejarlo amarrado y atado de pies y manos. Aun así, antes de que su mente se volviera contra sí misma, se dio cuenta de algo.

> *Aunque recelo de las verdades aceptadas, creo que en todos los seres humanos reside el deseo de amar y de ser amados, de experimentar la intensidad total de la emoción humana, y de convertirla en una medida del éxito de nuestra propia vida. Para mí, escribir sobre la vida de*

Maralyn es el método más fiable para no perder la fe en esa idea que se desvanece.

Ese tipo de lucidez era rara en él. Pero ahí exponía un método para evaluar la existencia. Medir su éxito calculando hasta qué punto has amado y has sido amado.

Con esa vara de medir, su vida había sido un triunfo.

Epílogo

MAURICE: ¿Te pagan por esto?

ÁLVARO: No, no me pagan, es para gente a quien le apasionan los naufragios. Les gusta ver naufragios.

MAURICE: Entiendo. Pues qué cosas, qué cosas. ¿Y qué haces si de pronto te das cuenta de que la cámara no funciona? ¿Tienes que empezar otra vez desde el principio?

Poco antes de morir, Maurice concedió una entrevista a un joven cineasta español llamado Álvaro Cerezo, coleccionista de historias de naufragios y explorador de islas desiertas. Para gran asombro de Maurice, Álvaro había viajado nada menos que desde España para poder hablar con él. Se dieron cita en un concurrido pub, entre el ruido de los clientes que charlaban y bebían. A Maurice le resultaba casi imposible oír lo que Álvaro decía.

ÁLVARO: Quiero preguntarle cómo pescaban.

MAURICE: ¿Pintaban?

ÁLVARO [más alto]: Pescaban. Al principio, cuando la balsa iba a la deriva, ustedes no podían pescar. ¿Por qué?

MAURICE: No, lo siento, ojalá oyera mejor...

Maralyn habría dado una entrevista mejor, le dijo a Álvaro. En realidad, en cuanto le subió el volumen a su audífono, Maurice se las apañó bien. Abarcó todos los temas: la ballena, la pesca, las tortugas, los pájaros bobos, los tiburones, las bengalas, el rescate. Rememoró momentos concretos vívidamente, como cuánto le gustaba a Maralyn taparles con el dedo la nariz a los tiburones cuando pasaban nadando.

Algunas de las historias las había contado infinidad de veces, en entrevistas de televisión, en artículos de prensa, en tres libros, en innumerables charlas en clubs náuticos. Pero las historias se olvidan.

ÁLVARO: Desapareció usted de los medios. Cambió de vida y no volvimos a verle el pelo.

MAURICE: Bueno, en fin, es cierto. Cuando Maralyn murió, simplemente lo dejé todo.

Maurice le contó a Álvaro cosas que nunca había mencionado en ninguno de sus libros. Cosas pequeñas, como cuando al llegar a Hawái les dio por tomar batidos a todas horas, y cosas grandes, como lo horrible que había sido su infancia.

MAURICE: Hasta que conocí a Maralyn no supe lo que era el cariño.

ÁLVARO: Estaba enamoradísimo de Maralyn.

MAURICE: Bueno, si así es como usted lo llama, sí. Tal vez suene un tanto cursi, pero sí.

En un momento dado, Álvaro le preguntó si le gustaría que aquello nunca hubiera ocurrido: el hundimiento, la balsa salvavidas, todo el jaleo.

Maurice se planteó la pregunta. Sí, una parte de él preferiría haberse ahorrado semejante calvario. Pero, sabiendo que alguien lo rescataría al cabo de cuatro meses, lo haría. Era lo más lejos que había estado de la civilización, que era lo único que él siempre había querido. Y, además, ¿cómo si no habría experimentado lo que era vivir en el océano, entre los peces y las aves, tan cerca de una ballena que podía mirar dentro de la oscuridad de su enorme ojo?

Al cabo de un rato, Álvaro pareció percibir algo en Maurice, una ausencia que lo envolvía, como un halo.

ÁLVARO: Así que no tiene familia, nada.

MAURICE: Soy bastante feliz.

ÁLVARO: ¿Se siente solo?

MAURICE: Uy, sí, llevo una vida solitaria, pero soy feliz estando solo, creo.

No tenía ningún sentido recrearse en su soledad. Lo había acompañado toda su vida. La forma que adoptaba ahora no era más que una consecuencia lógica de la pérdida de la persona que amaba.

Sin pausa alguna, sin venir al caso, Maurice volvió a la visión de la ballena:

No sé si puede realmente imaginar lo que es estar sentado en una balsa salvavidas y que una ballena se te acerque. Es un regalo enorme ver a aquella ballena dócil a tu lado, sin

hacer nada, sólo mirándonos fijamente. La ballena se quedó allí parada, y allí siguió mucho tiempo, veinte minutos, media hora. Llegué a conocerla muy bien, y entonces, de repente, se marchó, muy despacio, deslizándose, y luego se zambulló, sin salpicar ni una gota. Poder ver aquello fue maravilloso.

Poder ver aquello fue maravilloso.

Al recordar la ballena, algo ocurre en la cara de Maurice, como si la memoria actuara sobre ella, también el amor, y la reanimara. Sus ojos brillan por las lágrimas. Está con ella de nuevo, a su lado, el tiempo se disuelve. Después de tanto tiempo sin contarlo, el encuentro es real, vívido, como si ocurriera en el momento en que lo cuenta, su yo anterior y su yo actual de algún modo se abrazan, de forma que toda experiencia es presente y los muertos están vivos.

Nota de la autora

Me topé con la historia de Maurice y Maralyn mientras investigaba para un artículo sobre personas que eligen vivir en el agua. Fue durante la pandemia, en pleno confinamiento, cuando empecé a interesarme por gente que había decidido abandonar la vida convencional, en tierra firme, para vivir en barcazas o cruceros o receptáculos experimentales en el océano Pacífico. No buscaba específicamente historias de naufragios o de navegantes (nunca he navegado), pero la experiencia de los Bailey me impactó, no sólo por lo extremo, sino por la forma en que sobrevivieron. Deseaban escapar, solos y sin cargas, libres de hacer lo que les gustaba. Y, aun así, si lograron vivir, fue sólo gracias a la confianza mutua y la intervención de otros, mediante la interdependencia.

El relato de este libro bebe de múltiples fuentes, sobre todo de los libros de los Bailey: *117 días a la deriva*, *Second Chance: Voyage to Patagonia*, *The Galley Handbook* y *When The Water Becomes Still*. También del diario de Maralyn de 1973, que Maurice conservó y mostró a Álvaro Cerezo, que fotografió todas las páginas (está disponible y puede leerse en la página web de Álvaro: paradise.docastaway.com).

Otras fuentes son la entrevista grabada entre Álvaro y Maurice (un extracto puede verse en el canal de YouTube de Docastaway) y mis

propias entrevistas, en persona o por correo electrónico, a Colin Foskett, Terry Smith, Álvaro Cerezo, Bob Bailey, Pat Brewin, Ivor Davis, Sheila Skitt, Denis y Marion Baylis, Polly Osborne, Nita Dellamura, Hilary Brand, Jean y Dave Croucher y Jamie Pope.

También recopilé material de la amplia cobertura mediática de su rescate y sus giras internacionales en los archivos de prensa de la British Library, el British Newspaper Archive, la investigación en los archivos internacionales de radiotelevisión llevada a cabo por Gregor Murbach, las grabaciones, fotografías y DVD de entrevistas conservados por Maurice y entregados a Colin Foskett, y un archivo de la cobertura mediática coreana que recogía el relato en trece episodios del capitán Suh, publicado en el *Korea Times* y compilado por Matt VanVolkenburg en su blog, *Gusts of Popular Feeling*.

Gracias a todas estas personas e instituciones por su generosidad y su ayuda, en especial a Colin Foskett, que me hizo de chófer por el New Forest para visitar las diferentes casas de Maurice y Maralyn y paseó conmigo hasta el Naked Man, donde están esparcidas sus cenizas.

Agradecimientos

Gracias a mi agente, Chris Wellbelove: creyente pionero, lector minucioso, domador de ansiedades; y a mi editora, Becky Hardie, quien con tanta serenidad timoneó el barco a través del túnel.

En Chatto & Windus y en Vintage: gracias a Asia Choudhry por sus capas de talento, Rowena Skelton-Wallace, Susanne Hillen, Eugenie Woodhouse, Yeti Lambregts, Jessica Spivey, Katrina Northern y Bryan Angus. Y en Aitken Alexander: a Emily Fish, Lisa Baker, Anna Hall, Alex Bil-Watrobska, Vickie Dillon y Laura Otal.

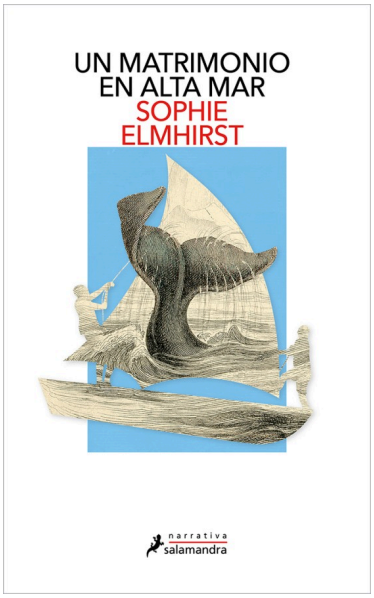
Por el amor, la amistad, la lectura, los ánimos, la cordura, la conversación, los conocimientos náuticos, en unos casos las oportunidades laborales y en otros la ayuda para criar a mis hijos, gracias a: Celia Elmhirst, Rechenda Fleming, Tom Elmhirst, Claudia Baughan y sus respectivas familias; Joanna Lamont, Matt Lamont, Susanna Hislop, Katie Waldegrave, Chris Clothier, Jot Davies, Laura Hamm, Isabel Powles, Rosie Tomkins, Felix Leworthy, Tara Wondraczek, Sam Hodges, Sophie Vickers, Tara Alhadeff, Iradj Bagherzade, Clemency Burton-Hill, Tom Basden, Megan Walsh, Claudia Renton, Sarah Jacobs, Flo Phillips, Mark Richards, Hannah Westland, Stuart McGurk, Nat Luurtsema, David Wolf, Sam Knight, Jonathan Beckman, Penny Martin, Helena Lee, Lily Harper, Opal

Harper, el colegio de primaria de Brookfield y el grupo de WhatsApp de emergencias pediátricas.

Gracias, y con todo mi amor, siempre, a Cleo Lamont y Daniel Lamont.

Y a Tom Lamont. Qué suerte viajar a la deriva contigo.

Una historia real de amor, obsesión y supervivencia en condiciones extremas. El fenómeno inesperado de la no ficción del año



Maurice y Maralyn forman una pareja enamorada de la libertad: cansados de su vida en un pequeño pueblo inglés, deciden vender su casa, construir un barco y abandonar Inglaterra. Durante casi un año sus sueños se hacen realidad, hasta que un día, en plena inmensidad del Pacífico, un cachalote emerge del agua, embiste el velero y rompe el casco en dos. Lo que sigue es una sobrecogedora lucha por sobrevivir en el océano y soportarse mutuamente, mientras su matrimonio se enfrenta a la prueba más difícil: han logrado huir del mundo, pero no de sí mismos.

Este libro cuenta la historia real de una joven pareja que naufragó en alta mar: un relato fascinante sobre la obsesión, la supervivencia

y una relación sometida a las condiciones más extremas.

«Una historia apasionante y conmovedora sobre la supervivencia y la resistencia del espíritu humano.» Bill Bryson

«Una hermosa reflexión sobre la resiliencia y el poder del amor. Un libro deslumbrante.» Patrick Radden Keefe

«Una obra de no ficción que se lee como una novela. La narración de Elmhirst es un triunfo, superado sólo por la hazaña de Maurice y Maralyn. Es imposible dejar de leer.» *USA Today*

«Increíble. [...] Me descubrí conteniendo la respiración, buscando a alguien a quien leerle pasajes en voz alta y dejando el libro boca abajo, impresionado por la carga emocional de algunos momentos.» *The New York Times*

«Un relato tan vívido y emotivo de una pareja aislada que cuesta creer que no sea ficción. ¿Cómo puede un escritor adentrarse tan profundamente en la mente de dos personas reales? Una narración brillante.» *Elle*

«Cautivador. [...] Una visión tierna de dos almas poco convencionales que desafiaron las normas de su época en busca de libertad.» *The Guardian*

«Una aventura de supervivencia extraordinaria. La reconstrucción que hace Elmhirst de esta experiencia estremecedora es fascinante y

está narrada con un gran nivel de detalle.» *The Sunday Times*

«Un libro apasionante sobre un naufragio, pero también un retrato íntimo y profundo del matrimonio en todas sus facetas.» *The Observer*

«Una historia increíble, [...] que recuerda lo difícil que puede ser encontrar el amor en este mundo.» *New Statesman*

Sophie Elmhirst es una galardonada periodista británica que colabora de forma regular con *The Guardian Long Read* y la revista *1843* de *The Economist*, y cuyos artículos también han aparecido en *The New York Times Magazine*, *The New Yorker* y *Harper's Bazaar*, entre otras publicaciones. Fue nombrada «Feature Writer of the Year» en los British Press Awards y ha sido finalista del Orwell Prize for Journalism. *Un matrimonio en alta mar*, su primer libro, que obtuvo el prestigioso Nero Gold Prize en 2024 y cuyos derechos de traducción se han vendido a una veintena de idiomas, fue elegido como uno de los diez mejores libros del año 2025 por *The New York Times* y ha consolidado a la autora como una de las voces más destacadas del panorama narrativo actual. Sophie Elmhirst reside en Londres.



Título original: *Maurice and Maralyn*

Primera edición: junio de 2026

© 2024, Sophie Elmhirst
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Irene Oliva Luque, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de Lauren Peters-Collaer
Imagen de la cubierta: Detalle del grabado de William Jardine, publicado originalmente en *The Naturalist's Library*, 1837 / Foto: Universal History Archive /UIG / Bridgeman Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-36-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Un matrimonio en alta mar

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Segunda parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Tercera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Cuarta parte
Quinta parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sophie Elmhirst
Créditos